

# Miía



*María Beatriz Muñoz Ruiz*

# Mía

## Autora: M<sup>a</sup> Beatriz Muñoz Ruiz

1<sup>a</sup> edición: Julio 2018

Autora: María Beatriz Muñoz

*“Me gustaría dedicar este libro a las dos razones de mi existir, mis hijos Paula y Guillermo, ellos me salvaron y a ellos va dirigida mi vida. También quiero dedicar este libro a la persona que motivó que ellos tuvieran que salvarme, mi abuelo, aquel que me entendía, mi amigo eterno, al que echo de*

*menos cada día”.*

.....

*Gracias a Mónica Cabeza Ocaña por ser portada de mi novela y hacerla tan espectacular, pero sobre todo, por regalarme su amistad incondicional y estar ahí cuando se la necesita. A Mónica le gustaría dedicar esta portada a su padre, y enviar al cielo un beso.*

## PRÓLOGO:

“La noche me trae tus recuerdos una y otra vez, el viento me sumerge en tu aroma. Cierro los ojos y te veo sentado a mi lado, bajo nuestro árbol, observada por esa manta de estrellas que nos vio abrazarnos, y querernos como jamás quise a nadie. No puedo creer que ya no estés, mi alma me duele tanto que no me deja gritar”. Pensaba Ana con sus ojos azules empañados en lágrimas.

Se quedó horas sentada bajo un viejo y robusto árbol de un pequeño parque de Nueva York en el que Oscar y ella pasaban innumerables momentos mirando las estrellas y haciendo planes para su futuro.

Ya era hora de irse, las calles a esas horas de la noche no eran seguras, y menos en el barrio en el que Ana vivía, un barrio marginal escogido por ella misma para estar cerca del pequeño colegio en el que daba clases a diario. Pero ahora mismo le daba igual todo, en aquellos momentos su vida no significaba nada, en su interior sentía que nada tenía sentido sin él. Habían pasado dos días desde que la avisaron de la muerte de Andrés, un trágico accidente de coche se lo había llevado. La madre de él la llamó para decírselo, y para comunicarle que el entierro se produciría en Brasil de donde era él. Ana decidió no ir, no podía ver el cuerpo de la persona a la que amaba sin vida. Necesitaba recordarlo tal y como era, necesitaba pensar que de un momento a otro aparecería por la puerta de su apartamento con comida china y algún peluche comprado en alguno de los aeropuertos por los que tenía que pasar a consecuencia de su trabajo.

Ana, secándose las lágrimas que empapaban sus mejillas, decidió ponerse en pie y volver a casa. Los pies conocían el camino de memoria, y la cabeza no dejaba de darle vueltas. Su larga melena rubia parecía haberse contagiado de su tristeza y lucía sin volumen ni brillo en una coleta descuidada.

Llevaba dos días sin arreglarse, su rostro estaba limpio, sin pintura, pero era hermoso a pesar del dolor que irradiaba. Era Agosto y hacía un calor insoportable, Ana llevaba unos bermudas cortitos y una camiseta que a pesar

de su holgura dejaba adivinar unos pechos perfectos. En sus manos llevaba únicamente las llaves de su apartamento, ya que desde que Andrés murió no sentía necesidad de llevar el móvil a todos lados, no deseaba hablar con nadie, no necesitaba explicar a nadie lo que sentía en aquel momento. Su madre, y sus amigas no hubieran entendido que en aquel instante lo único que quería era dormir eternamente para no tener que enfrentarse al dolor que la consumía como una llama.

Cuando llegó a su apartamento soltó las llaves al lado del teléfono y se dio cuenta de que el contestador estaba parpadeando, cosa que últimamente era habitual, al igual que era habitual también que siguiera parpadeando ante la mirada inexpresiva de Ana. El apartamento era pequeño pero coqueto, a pesar de estar situado en un barrio conflictivo tenía todos los lujos que una familia adinerada como la de Ana se podía permitir. El suelo era de parquet oscuro, los muebles eran de diseño, pero acogedores, nada que ver con las cosas tan extravagantes que algunas personas ponían en sus pisos para parecer más modernos y adecuarse a la moderna ciudad de Nueva York. Para los padres de Ana, ella era su hija descarriada, la única que teniendo magisterio y dominando varios idiomas había decidido marcharse de España a un país extranjero y demasiado retirado de ellos. Para sus dos hermanos era la pequeña rara, la que habiendo sido educada en una familia católica, estaba abierta a varios aspectos de otras religiones, que según ella complementaba la católica aportándole paz interior. Pero ahora mismo esa paz interior de la que siempre se había enorgullecido no la encontraba, y lo más grave es que no la buscaba, tan solo sentía dolor, rabia e injusticia. No comprendía cómo le podía estar pasando a ella todo aquello.

La cabeza le daba vueltas y no sabía exactamente si el dolor procedía solo de su cabeza o de todo su cuerpo, pero lo único que quería era dormir, dormir y olvidar. Ana se fue al mueble de las medicinas, tenía de todo, Andrés venía tan cansado algunas noches que tenía que tomar pastillas para dormir y relajarse. Eso era precisamente lo que necesitaba en aquel preciso instante, cogió varias cajas de pastillas y por si no le hacían mucho efecto se tomó dos pastillas de cada. Una vez tomadas comenzó a notar que le hacían efecto y sintiendo de pronto un intenso sueño se tumbó en el sofá más cercano. Sus parpados comenzaron a cerrarse y todo se volvió oscuro, se dejó llevar y se sintió feliz de poder descansar por fin.

A sus pies tenía cuatro cajas diferentes de ansiolíticos muy fuertes y su pulso dejaba poco a poco de existir. Su vida se apagaba y su respiración se ralentizaba más y más.

## CAPITULO I:

Ana comenzó a escuchar un ruido ajeno a ella, y sin abrir los ojos aún, sintió que se encontraba en un sitio distinto a su apartamento, en aquel momento, no sin esfuerzo, consiguió abrir los parpados lentamente y ver donde se hallaba.

Estaba en una habitación de hospital con demasiada luz para su gusto, no sabía cómo había llegado allí, pero todo lo ocurrido comenzó a invadir su mente como un torrente.

–¡Ana, por fin has despertado! ¿Cómo te encuentras? ¡pero cómo se te ha ocurrido hacer eso! ¡creí que eras más inteligente! – exclamaba preocupada Alexia, su mejor amiga, que se encontraba junto a ella sujetándola de la mano– menos mal que aún no te había devuelto las llaves de tu apartamento, sino... no quiero pensar lo que podría haberte pasado si... si yo... si yo no... – dijo Alexia rompiendo a llorar.

Ana intentó hablar, pero la garganta le ardía y cuando por fin consiguió articular palabra, parecía ser la voz de un hombre y no la suya la que estaba emitiendo. Entonces comprendió el estado de su ronquera, y supuso que le

habían hecho un lavado de estómago. Y aclarando sus ideas comenzó a darse cuenta de las pastillas que había tomado la noche anterior, no creyendo aún que fueran tan fuertes como para encontrarse en un hospital.

–No llores Alexia– dijo Ana con voz ronca y forzada– no pretendía suicidarme. El mundo no hubiera perdido demasiado, pero ni si quiera se me paso por la cabeza el hecho de suicidarme, tan solo quería dormir mucho tiempo y olvidarme de todo.

–No hables ahora, pero que sepas que no pienso dejarte ni un segundo sola, me mudo a tu casa. – dijo Alexia con determinación, haciendo que por primera vez en días se dibujara una sonrisa en el rostro de Ana. – ¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia?

–Que no sé qué es peor, si llorar hasta quedarme dormida o tenerte a ti por mi apartamento revolviéndome todo y quemándome la comida. – bromeó Ana tosiendo.

–Pues que sepas que no hay marcha atrás, la decisión está tomada. – objetó Alexia, encantada en el fondo de haber sacado una sonrisa a su amiga.

En ese momento tocaron a la puerta y un joven médico asomó su pelo oscuro y rizado a través de la puerta.

–¿Está visible la enferma?– preguntó éste con una familiaridad poco común y que extrañó a Alexia a la vez que la enamoró dejándola embobada.

–¡Berto!– exclamó Ana con alegría.

–El mismo que viste y calza– contestó el médico acercándose a la cama con una carpeta en la mano.

–¿Qué haces tú aquí?– pregunto Ana, que al intentar moverse se trastornó y volvió a recostarse en la cama.

–¿Qué hago yo aquí?, por si no te acuerdas yo soy médico, pero mi pregunta es... ¿Qué demonios estás haciendo tu aquí?– y poniendo el ceño fruncido se dispuso a lanzarle una reprimenda como si fuera una niña pequeña.

–Antes de que me riñas he de decir que no pretendía suicidarme a pesar de no desear vivir...– comenzó a decir Ana cuando un nudo se le hizo en el

estómago y llenándosele los ojos de lágrimas incontroladas no pudo seguir hablando.

Roberto, cuando llegó al hospital para realizar su turno de guardia, se enteró de lo sucedido e inmediatamente se hizo cargo de su expediente y se informó de los motivos que según Alexia habían causado el intento de suicidio de su amiga, por lo que ya conocía básicamente la historia. Se acercó más a ella y sentándose a su lado la abrazó mientras le acariciaba el pelo con ternura. Entre ellos no hacían falta palabras, eran amigos de la infancia, y se conocían mejor que si hubieran sido hermanos.

Alexia mientras tanto optó por quedarse fuera de escena, pensó en que lo mejor sería dejarles intimidad, por lo que con discreción salió de la habitación.

Veinte minutos más tarde, Roberto salió de la habitación con cara de preocupación, y sin darse cuenta casi tropieza con Alexia que aguardaba fuera.

–Perdone, no la he visto– se disculpó éste, absorto en sus pensamientos.

–Doctor...– preguntó Alexia algo tímida, al haberlo cogido del brazo para que se detuviera. – ¿Cómo está Ana? ¿Cuándo podrá salir de aquí?

–Físicamente no está mal por ahora, – comenzó a explicar él– de todas formas tenemos que ver en estos días su evolución. Después del lavado de estómago tendrá que seguir un régimen, ya que todo estará demasiado sensible. Y lo de salir... aún le quedan unos días, por lo menos tiene que estar aquí setenta y dos horas para ver su evolución, que espero que sea rápida. Lo que me preocupa ahora como amigo de ella es su estado anímico... me ha dicho que te has empeñado en trasladarte a su apartamento.

–Si...– ratificó Alexia tímidamente, bajando la mirada.

–No me malinterpretes, me parece una idea estupenda, en su estado lo último que necesita es estar sola. Confío en ti para que no la dejes ni un segundo que piense en nada. – dijo Roberto con una media sonrisa seductora.

–Me alegro que te parezca bien, hare todo lo que esté en mis manos `para sacarla de quicio y que no se acuerde de nada. – rio Alexia secundada por la risa de Roberto.

–Yo me alegro que en mi ausencia Ana se haya echado una amiga como tú. Encantado de conocerte Alexia, ya nos veremos por aquí, y antes de irte recuerda darme tu móvil por si necesito llamarte para preguntarte por Ana. – dijo Roberto sonrojándose un poco y haciendo que Alexia también se sonrojara, al reconocer ambos las intenciones del otro.

–Eso está hecho. – y despidiéndose rápidamente de aquel médico tan sexi que la había enamorado entró en la habitación de su amiga para acribillarla a preguntas sobre su guapo y atractivo amigo.

Ana pasó unos días en el hospital, en esos días parecía extrañamente feliz y tranquila, su amiga no sabía exactamente a qué se debía pero se lo achacó al excelente psicólogo que la había estado tratando en aquellos días.

Nada más llegar a su apartamento, dejó a Alexia en el salón recogiendo parte de la ropa que en estos tres días había ido dejando tirada por ahí, como bien había vaticinado Ana, y se metió directamente en la ducha.

A los quince minutos salió con el pelo mojado aún, se vistió rápidamente y se dispuso a salir.

–¿Dónde vas?– preguntó Alexia que en estos momentos se encontraba metida en la pequeña cocina incluida en el salón, y separada de éste por un largo y coqueto mostrador.

–Voy a la peluquería, necesito hacerme algo más cómodo. No te preocupes, ¿vale?, estoy mejor. – dijo Ana con una sonrisa comprensiva a su amiga.

Una vez en la calle, se dirigió a una peluquería a la que le gustaba ir y le pillaba cerca, la peluquera era discreta y a pesar de enterarse de todo no le gustaba cotillear.

Ana tenía en la cabeza nuevos planes de futuro que aún no había querido contar a nadie, ni siquiera a su mejor amiga. Pero en esos planes no se encontraba el tener que cuidar de su larga melena, necesitaba un peinado cómodo, y el cortarse el pelo por encima del cogote le pareció una gran idea, siempre le había gustado el peinado de Meg Ryan y así se lo comunicó a la peluquera que parecía más

apenada que ella a la hora de cortar la melena.

–Ana, ¿de verdad que quieres que te corte el pelo tanto?, si quieres te puedo cortar a capas un poco y lo seguirías teniendo largo y moderno.

– dijo Sara mirando el hermoso pelo de Ana.

Pero Ana lo quería muy corto, además cada vez que se miraba en el espejo recordaba lo mucho que a Andrés le gustaba tocar su pelo, y aquel recuerdo la torturaba día tras día.

Cuando llego al apartamento, casi a la hora de almorzar, iba cargada de bolsas de ropa y casi no podía atravesar la puerta del portal. La suerte fue que en aquel momento iba a entrar un repartidor de pizzas y al darse cuenta la esperó sujetándole la puerta. Ana le dio las gracias, y ambos subieron juntos a su apartamento, Alexia había intentado hacer la comida, pero como siempre, se le había quemado la carne y la verdura estaba aún cruda.

–¡Ana! ¡pero que te has hecho!– gritó su amiga saliendo a correr hacia ella e ignorando al repartidor de pizza que tuvo que carraspear para que se acordara de pagarle.

Una vez las dos solas, Alexia no dejaba de dar vueltas alrededor de su amiga tocándole el pelo y sin poder creer aun lo que había hecho Ana.

–Necesito un pelado cómodo y estaba cansada de tener que dedicarle tanto tiempo a una melena que ya solo me traía recuerdos demasiado dolorosos.– explicó Ana, sincerándose con su amiga en parte.

–Estás guapísima, lo que pasa es que no me lo esperaba y era tan bonito tu pelo...– dijo Alexia con una sonrisa– pero estás genial, y me alegro que estés haciendo algo con tu vida, aunque sea cambiar de peinado y comprarte ropa como una loca.– rio de repente al ver a su amiga cargada de bolsas.

–Bueno, ¿nos comemos las pizzas? – preguntó Ana soltando las bolsas en su dormitorio.

Ambas almorzaron en el pequeño mostrador de la cocina con el aire acondicionado a tope. Parecía que el tiempo no había pasado para ellas, pero los ojos tristes de Ana no eran los mismos que reían años atrás con Alexia.

–Por cierto, no me has enseñado lo que te has comprado. – comentó Alexia con un trozo de pizza en la boca.

–Ropa cómoda– contestó Ana sin dar demasiadas explicaciones.

–¿Es que piensas sembrar un huerto en la terraza?– bromeó su amiga riéndose e intentando que el peperoni de la pizza no se le callera de la cuña resbaladiza que tenía en sus manos.

–Hasta esta tarde no puedo decirte nada. Estoy esperando una llamada importante, pero hasta que no sea definitivo... ¿podrás esperar hasta esta tarde sin aplicarme el tercer grado?– dijo Ana entornando los ojos en broma.

Las siguientes horas pasaron interminables para Ana que no sabía dónde meterse para no tener a Alexia pegada a sus talones con mirada inquisitiva.

A las siete de la tarde sonó el móvil de Ana, ésta salió a correr hacia él al igual que su amiga.

–¿Sí?– contestó Ana nerviosa. – sí, claro, cuanto antes mejor. Me parece muy bien. Con quince días tendrán tiempo de buscar a alguien. Estaré encantada de trabajar con ustedes.

Y colgando el teléfono, quedó con una sonrisa de satisfacción delante de Alexia.

–¿Y? ¿Me vas a contar de una vez que está ocurriendo? ¿y qué tiene que ver con el trabajo? ¿me lo cuentas o te vas a quedar mirándome con cara de boba toda la tarde?– preguntó Alexia casi sin respirar.

Ana se dirigió a la ventana de su apartamento y haciendo un esfuerzo se giró hacia su amiga e intentó pronunciar en voz alta los planes que antes le hubieran parecido descabellados.

–Me voy a trabajar de profesora a un colegio de Panamá. – contestó Ana dejando a su amiga con la boca abierta. – Roberto, cuando estuvo hablando conmigo me comentó que seguiríamos en contacto, pero que si quería localizarlo lo llamara por teléfono ya que en breve se iría a Panamá a un hospital que acababan de abrir, y en el que le habían ofrecido un sueldo mejor del que podía aspirar en cualquier otro lugar. Me comentó que una vez mejorara su situación económica se vendría a estados unidos y montaría una clínica de cirugía estética que era lo que vendía en estos tiempos.

–¿Tú también te quieres hacer de dineros allí?– preguntó Alexia sin comprender aún la decisión de su amiga.

–No precisamente. He pedido ir a un colegio de la zona marginal de

Panamá. Alexia, no voy allí por dinero, voy para olvidar. Ahora mismo todo me recuerda a Andrés: las calles por donde camino, el colegio al que iba a recogerme después del trabajo con algún ramo de flores, la peluquería, mi apartamento, el parque, hasta mi ropa huele aún a él. – explicó Ana paseándose por el apartamento como si fuera un ratón enjaulado.

–Pero Ana...– comenzó Alexia comprensiva– la solución no es huir de los recuerdos, sino vivir con ellos y aceptar tu nueva situación.

–Eso es para los valientes, yo en estos momentos me siento cobarde e incapaz de superarlo. No me voy definitivamente, sólo hasta que me sienta con fuerzas de enfrentarme a todo. Sé que es una decisión cobarde pero es lo mejor que puedo hacer en estos momentos. – explicó Ana bajando la cabeza con lágrimas en los ojos.

–Si es lo que quieres... no estoy de acuerdo, pero siempre te he apoyado y seguiré haciéndolo. – terminó diciendo Alexia, y acercándose a su amiga la abrazó comprendiendo por lo que estaba pasando. – pero... ¿y tus padres, lo saben?

–Si, tuve que recurrir a ellos para que movieran alguno de sus contactos y me dieran la plaza. – explicó Ana.

–¿Y ha sido tu padre quien te ha conseguido la plaza? ¿A cambio de qué? Habrá tenido que ser a cambio de algo gordo, porque fue para verte aquí que te costó...– señaló Alexia.

–Tienes razón, no ha sido nada fácil, pero les he dicho que no puedo vivir aquí pensando en Andrés. Les he hecho llegar por medio de terceros el chivatazo de mi intento de suicidio, luego les he explicado que no fue tal intento, que solo fue un error por mi parte, pero que en verdad necesito cambiar de ambiente. – dijo Ana.

–¿Y?– preguntó Alexia sin creerse aún que los padres de Ana la hubieran dejado con ese argumento.

–Vaaaaaale... les he dicho que me iré al bloque de pisos más lujosos de panamá y les he dicho que me iría con Roberto a vivir. Él era uno de mis mejores amigos de la infancia y a mis padres siempre les ha caído bien. Se tiraron años intentando que saliéramos juntos como pareja, pero desistieron cuando comprendieron que él y yo siempre seríamos únicamente buenos amigos. – señaló Ana riéndose.

–Ya decía yo...– dijo Alexia– bueno, pues tendré que ir a visitarte a

Panamá si quiero ver al guapo de tu amigo– rio Alexia.

Los días pasaron muy rápido para Ana, tenía mucho que preparar, mucho papeleo que hacer y muchas cosas que resolver antes de irse. A parte de haber convencido a sus padres con los argumentos que le comentó a Alexia, también les aseguró que iría a verlos a España antes de irse.

## CAPITULO II:

–¿Lo llevas todo?– preguntó por enésima vez Alexia, mirando los monitores de los vuelos y sin poder evitar ponerse nerviosa.

–Lo llevo todo, no te preocupes, cuando llegue a Panamá te llamaré para que te quedes tranquila. – respondió Ana que se estaba empezando a contagiar de los nervios de su amiga. – Cuida mi apartamento, ¿vale? , y no celebres ninguna fiesta loca. – rio Ana dándole un fuerte abrazo a su amiga.

–Te voy a echar mucho de menos. – dijo Alexia con lágrimas en los ojos.

–Yo también te voy a echar de menos, loca. – y ambas se volvieron a abrazar, pero en aquel momento se escuchó el vuelo que debía coger

Ana, y despidiéndose se alejaron la una de la otra.

Ana sentía que escapaba de sus recuerdos. Estaba dispuesta a comenzar una nueva vida, a olvidar su dolor aunque ello significara empezar desde cero.

Una vez sentada en el avión sus ojos se inundaron en lágrimas silenciosas que resbalaban delicadamente por su tez pálida de muñeca de porcelana.

El avión despegó y Nueva York se hizo más y más pequeño, pero cuando tan solo veía cielo, el nudo de su estómago empezó a destensarse y poco a poco se fue relajando en su asiento de primera. Pasados unos minutos, decidió abrir su ordenador y seguir escribiendo su segundo libro de poesía infantil. El primero había sido todo un éxito, aun no estaba segura de sí su padre había tenido algo que ver en eso, pero estaba feliz con las ventas. En realidad lo que a ella le importaba era que aquellos libritos llegaran a los niños, según su teoría “los niños que leen poesía desde pequeños tienden a entender con mayor claridad cualquier problema de raciocinio”. Gracias al éxito de aquel primer libro se le abrieron muchas puertas en colegios importantes de Nueva York, pero Ana no quiso enseñar a los niños adinerados, según ella, “los niños pobres eran los que tendrían que luchar más duramente contra aquellos que tenían poder”.

Entre las poesías y una pequeña cabezadita que se echó, el vuelo se le hizo más corto de lo que pensaba, y después de unas cinco horas llegó a su destino.

Cuando salió del avión se encontró algo perdida, pero en seguida vio una cara amiga. Roberto estaba al fondo del pasillo haciéndole señas con las manos y con cara de felicidad.

Ana Salió a correr y como si no lo hubiera visto en años se lanzó a sus brazos.

—¡Qué alegría de tenerte aquí! — exclamó Roberto mientras la hacía subir por los aires. — Estos días se me han hecho muy largos esperándote.

—¡Ya será para menos! Seguro que tienes detrás de ti a todas las enfermeras, y seguro que cuando les digas que vamos a vivir juntos querrán arrancarme los pelos— bromeó Ana riéndose como hacía

tiempo no lo hacía.

Ambos cogieron las maletas de ella y salieron fuera donde los estaba esperando un chófer.

–¿Y esto? ¿tan pronto te has hecho de dineros?– preguntó Ana mientras se acercaban.

–No, querida. Tu amabilísimo padre te ha mandado una nota diciendo que como no tengas a Adolfo llevándote y trayéndote a todos lados, el contrato queda roto. – explicó Roberto.

–¡No puedo creer que me haya hecho esto! ¡solo le falta ponerme un GPS y llamarme cada cinco minutos! – protestó Ana furiosa.

–Verás... en circunstancias normales me habría indignado igual que tú, pero en este caso le doy la razón a tu padre. – Señaló su amigo. – Cuando veas a la zona que vas a tener que ir cada día a dar clases...

–¿Estás de acuerdo con mi padre?, no puedo creer lo que oigo, – dijo Ana mostrando una sonrisa al chófer que acababa de salir del coche para meter las maletas en el maletero.

Una vez sentados dentro, Roberto le indicó a Adolfo la dirección a la que debía llevarlos.

–Después de cinco horas de vuelo, tengo ganas de darme un buen baño y cambiarme de ropa. Más tarde llamaré a mi padre e intentaré dialogar con él. – dijo ella, mientras aprovechaba y llamaba a Alexia para decirle que todo había salido bien y que había llegado sana y salva.

Cuando Ana se percató del paisaje que veía a través de la ventanilla se extrañó un poco, la zona era la de un barrio marginal lleno de pobreza. Los bloques eran como mucho de cuatro plantas y la mayoría se hallaba destruida o deteriorada. Lo único que llamó la atención de Ana fue una pequeña iglesia pintada de azul claro que desentonaba con la extrema pobreza que sus ojos no podían dejar de mirar.

–Roberto... no es que yo sea elitista, ¿pero estas seguro que mi padre nos ha conseguido un apartamento por esta zona? Porque si es así comprendo lo del chofer y no pienso rechistarle. – dijo sin poder apartar la mirada de la ventanilla.

–No, esta es la zona a donde tendrás que dirigirte todos los días a dar

clase.– explicó Roberto– he preferido traerte antes aquí por si te arrepentías y escogías venir a trabajar a mi hospital, cosa que me dejaría más tranquilo.

–Puf, menos mal que es aquí donde está el colegio, y no es que yo sea snob, pero la verdad es que no creo haber estado preparada para vivir aquí ahora mismo.– dijo Ana sonriendo y dejando escapar el aire que había tenido retenido en sus pulmones sin darse cuenta.

–¿Cómo que ahora mismo? ¿no pensarás venirte más adelante aquí?– preguntó Roberto a punto de soltarle un sermón.

–Oye, ¿Que has querido decir con irme a trabajar contigo? ¿se te olvida que yo no estudié medicina sino magisterio?– preguntó Ana con mirada interrogativa.

Roberto se echó hacia atrás en el asiento y se relajó mientras comenzaba su explicación, e intentaba no darle demasiada importancia a algo que realmente deseaba. – En el hospital donde trabajo hay una planta de pediatría en la que algunos niños, por desgracia, llevan ahí demasiado tiempo, y necesitarían a alguien que les diera clases para que no perdieran demasiado aprendizaje. Se trataría de unas clases muy relajadas y amenas, clases a las que quisieran ir, ya que son voluntarias. Se habilitaría un aula para dichas clases, una para que los más pequeños jugaran y dibujaran y otra para los que son un poquitín más mayores.

Cuando Roberto terminó su explicación había conseguido captar toda la atención de Ana e hizo que ni siquiera se diera cuenta de que el coche había parado en la puerta de su futuro colegio.

–Me encantaría trabajar en ese proyecto, pero tendría que mirar a ver si puedo compaginar el colegio con las horas en el hospital. – señaló Ana pensativa.

–No tienes arreglo, si te he ofrecido el puesto es porque no quiero que vengas por este barrio, es peligroso y todo lo peor de la sociedad se encuentra aquí. – dijo Roberto entre desesperado por convencer a su amiga y decepcionado por no haberlo conseguido.

–Señorita, hemos llegado, – anunció el chófer.

Ana dando por zanjada la conversación salió del coche seguida rápidamente por Roberto, que miraba asustado de un lado a otro como

si los estuviera vigilando alguien. Ana no pudo contener su risa – no creo que nadie nos esté acechando para atracarnos o secuestrarnos, ¡relájate hombre!– y en aquel momento anduvo hacia las ventanas de un colegio que parecía estar en ruinas, pero que no desagradó del todo a Ana.

–Hay mucho que hacer, pero se puede mejorar, y con trabajo y esfuerzo lo conseguiremos. – dijo volviéndose hacia Roberto con una sonrisa. – me gusta.

Ana, giró sobre sus pasos y dejando allí a Roberto con la boca abierta y sus caros zapatos metidos en el barrizal, entró en el coche.

–No pienso hacer ningún comentario sobre lo sucedido, sé que es inútil convencerte de nada. – dijo él molesto. – Adolfo, llévanos a casa.

–¿Por fin voy a poder quitarme estos zapatos que Alexia me ha obligado a ponerme, o vas a seguir llevándome de visita?– preguntó Ana sarcástica.

–No, querida, ahora vas a ver dónde tu padre nos ha situado. Por cierto, recuérdame que lo visite y le dé las gracias personalmente.

–¿tanto te ha gustado? ¿más que nuestra casa del árbol? ¿más que nuestra guarida secreta? ¿más que... aquella chica de octavo a la que le escribías cartitas? – preguntó Ana intentando meterse con él.

–Mas, mucho, muchísimo más. Si tuviera ahora mismo a tu padre delante le daría un beso en todos los morros. – rio él olvidando su enfado.

Pasaron unos quince o veinte minutos y ya se podía ver la clara diferencia entre una zona y otra. En aquella parte de la ciudad todo era como más tropical, no había edificios sino mansiones rodeadas de vegetación. Al fondo se veía la playa, un mar azul e inmenso en el que daban ganas de sumergirse nada más verlo. El coche se detuvo frente a una gran cancela de hierro, los muros eran rojos y altos, pero dejaban ver los grandiosos árboles que asomaban para que el visitante se hiciera una idea aproximada del paraíso que tras esos muros le esperaba.

Ana no se atrevía a pronunciar palabra, de repente se había quedado muda al atravesar la cancela y ver la inmensidad de césped y vegetación que rodeaba la casa. Un camino de arena fina relativamente estrecho los llevaba hasta la puerta principal, y allí fue donde paró el coche.

–Yo tuve la misma reacción. – dijo Roberto, rompiendo el silencio e invitándola a salir del coche.

–No se... yo... no me puedo creer... ¡Como ha podido mi padre hacerme esto! ¿pero cómo pretende que de clases en un barrio marginal y que luego me venga a vivir como una reina? Pero... pero... ¿se le ha ido la cabeza?– dijo Ana nerviosa.

–Vale, ahora respira profundamente y disfruta de esto. A mí me encanta, ven que te la voy a enseñar– dijo Roberto cogiéndola de la mano y tirando de ella.

–No sé cómo lo haces pero consigues que mis cabreos se me esfumen. – rio Ana dejándose llevar por su amigo.

La casa era casi toda en planta baja, incluso la planta alta en la que había cinco dormitorios daba la sensación de estar cerca del jardín. La decoración era minimalista, y la mayoría de las paredes eran de cristal tintado, es decir, las paredes eran casi inexistentes en los dormitorios que hacían esquina. Por la parte de dentro se veía una gran piscina con un pequeño islote en el centro en el que se hallaba una elevada palmera. Había ocho hamacas distribuidas por distintos puntos estratégicos alrededor de la piscina y una especie de bar en un rincón. A lo lejos se podía ver la playa, que en aquel momento era todo un espectáculo, ya que se estaba escondiendo el sol y el rojizo atardecer la hacía más hermosa aún. Ana, sin apartar la mirada del mar sonrió– vale, me gusta, no es lo que yo había pensado pero me gusta.

–Puf, menos mal, – dijo Roberto riendo, – por cierto, aquella hamaca es mía, la que está cerca del bar.

Ambos rieron, y bromeando ayudó a Ana a deshacer su equipaje. De vez en cuando la miraba sin que ella se diera cuenta, y se sintió satisfecho de ver a su amiga más animada.

Los días que siguieron fueron muy ajetreados para Ana, estuvo hablando con la directora del colegio, y ésta le enseñó las escasas pero limpias instalaciones. También consiguió que le adelantaran el horario que iba a tener durante el curso siguiente, que en Panamá empezaba en febrero. Asimismo le dieron ya el horario de la profesora a la que iba a sustituir en el tercer trimestre que comenzaba en septiembre. En principio pensó que le darían alguna clase complementaria para ponerla a prueba, pero la idea

de ser tutora le pareció genial a la vez que le aterraba el hecho de empezar casi a final de curso. Por otro lado, sintió un poco de tristeza al suponer que no podría llevar a cabo el proyecto del hospital.

En esos días estuvo hablando con el responsable del hospital en el que trabajaba Roberto, y les propuso trabajar por la tarde en el aula de enseñanza cobrando un sueldo mínimo, eso, unido a que iba recomendada por su amigo, hizo que la balanza se inclinara hacia ella en la decisión del hospital.

Ana se sentía feliz, aún lloraba por las noches la pérdida de Andrés pero poco a poco estaba aprendiendo a controlar su dolor.

Era finales de agosto y Ana había comenzado ya su trabajo en el hospital.

Los primeros días llegaba deprimida a casa, cada vez que veía a esos pequeños tan débiles y enfermos sentía que no estaba haciendo lo suficiente. En esos momentos le hubiera gustado haber estudiado medicina en vez de magisterio, si fuera por ella los habría curado a todos. Pero a pesar de su malestar, gradualmente fue sintiendo que los ayudaba, ya que cada vez tenía a más de ellos en sus clases. Tenía a niños de entre tres a ocho años, por lo que cada día se debía preparar ejercicios y juegos para distintas edades.

–No sé cómo lo vas a hacer cuando empieces las clases en el colegio, – comentó Roberto al llegar de una guardia a las nueve de la mañana y encontrársela en el largo y ancho mostrador de la cocina tomándose un café y con todos los apuntes esparramados por la cocina. Ana estaba con la cabeza hundida en los apuntes, con una mano tomaba notas y con la otra sujetaba la taza, en la boca tenía un lápiz y al ir a tomarse el café y encontrarse la boca ocupada, se percató de la presencia de su amigo.

–¡Hola Berto!, ¿Cómo te ha ido la noche?, ¿le diste el dibujo a Daniela, y los ejercicios a Cristóbal? ¿sabes algo de la operación de Estela?– preguntó Ana sin respiración y mirando impaciente a su amigo.

Roberto se quitó la camisa y la dejó en uno de los taburetes de la cocina, cogió una taza y mientras se echaba un café contestó a Ana. – En primer

lugar, me ha ido bien, cansado pero bien; he tenido dos operaciones de corazón, una de pulmón y tres de vesícula, pero aún me han sobrado unos minutos para llevarle el dibujo a Daniela, los ejercicios a Cristóbal y enterarme de que la operación de Estela ha sido un éxito.

–Eres un cielo, comprendo perfectamente que la mitad de las enfermeras quiera saber si estamos juntos y la otra mitad me quieran arrancar los pelos. – dijo Ana riéndose, – claro que si te vieran sin camisa se te lanzarían directamente sin preguntar.

–Muy graciosa, – contestó Roberto entornando los ojos con una sonrisa. – ¿tu es que no te has mirado últimamente al espejo?, no, claro que no, porque si lo hubieras hecho te habrías dado cuenta que con ese pelado tan moderno y desenfadado y ese tipazo que intentas esconder en los vaqueros, has enamorado a todo el personal del hospital. No había visto a tantos médicos por la planta de pediatría desde que llegué.

Ambos rieron y bromearon con el tema, y así pasaron los días hasta que Ana tuvo que enfrentarse al estrés de compaginar por la mañana sus clases en el colegio y por la tarde las clases en el hospital.

Se pasaba el día corriendo de un lado a otro, y el rato que estaba en la casa era para preparar las clases del día siguiente. Por las noches estaba tan agotada que se quedaba casi al instante dormida, pero algunas noches se despertaba con pesadillas y llorando desconsoladamente. Roberto estaba acostumbrado a ellas y cuando le sucedían acudía inmediatamente a su cuarto e intentaba tranquilizarla hasta que volvía a dormirse.

Una mañana, Roberto llegó a sugerirle discretamente que en el hospital había un psicólogo muy bueno, que le había hablado de su caso y estaría encantado de tratarla cuando ella quisiera. Pero Ana se resistía a la idea de volver a recordar un pasado que la hacía sufrir, por eso se aferraba al presente que no la dejaba pensar en nada que no fuera el día a día.

El trabajo en el colegio se le hacía muy agradable. Los niños, a pesar de encontrarse en un barrio marginal eran más educados que muchos a los que había tratado en toda su vida. Parecían esponjas, absorbían todo lo que les enseñaba y la querían tanto como Ana a ellos. La

directora era encantadora y sus compañeros la habían acogido como si llevara toda la vida entre ellos.

Ana siempre estaba poniendo en marcha su cabeza para hacer algo nuevo, por eso un día tal como asomó la idea a su mente entró en el despacho de la directora y le propuso hacer un concurso de grafitis entre los niños del barrio y elegir a los cuatro mejores para que pintaran el exterior del colegio con hermosas pinturas apropiadas al centro. A la directora le pareció una gran idea, ya que el exterior se encontraba deteriorado y pintado con grafitis inapropiados. Pero le hizo saber a Ana que lo más probable era que nadie participara en aquel proyecto ya que la mayoría de los adolescentes del barrio eran gamberros que solo sabían destruir lo que tocaban.

Ana no pensaba igual– Se les debe dar una oportunidad, y si no funciona yo misma pinto las paredes, además, voy a intentar que anuncien el concurso en la radio y que a los cuatro ganadores se les conceda algún tipo de subvención para estudiar pintura.

–Muchas cosas quieres conseguir Ana, pero si es lo que quieres... yo no seré un obstáculo, te apoyare en todo lo que hagas aunque piense que es una pérdida de tiempo. – señaló la directora.

Tal y como había prometido Ana, estuvo moviéndose por las radios de la zona e intento que alguna empresa que quisiera publicitarse, les obsequiara a los ganadores con una subvención para poder estudiar pintura. Casi cuando estaba a punto de darse por vencida, una escuela de arte de Nueva York en la que conocía un amigo, la llamó ofreciéndoles una beca anual para que el ganador se fuera a estudiar allí y trabajara para ellos los dos años siguientes.

Ana no podía creérselo, aquello era todo un éxito. Cuando lo anunció en el colegio todos saltaron de alegría y la abrazaron dándoles la enhorabuena una y otra vez.

A partir de ahí todo el barrio parecía estar en plena ebullición. El concurso abarcaba toda la zona marginal de Panamá, Ana no quería a ningún niño rico por allí, lo que pretendía era sacar de aquel ambiente a alguien con talento que se merecía una oportunidad de tener una nueva vida, y según iban las inscripciones lo iba a conseguir.

Mientras tanto, en otra parte de la ciudad, en el último piso del edificio más alto de Panamá, se hallaba desayunando el hombre más poderoso y rico de ésta y otras muchas ciudades. Víctor estaba ojeando el periódico de la mañana mientras su amigo y mano derecha Darío, le comentaba los detalles fundamentales de la reunión que había tenido con los inversores de Nueva York. Víctor poseía negocios de todo tipo, el más fructífero era la construcción o la destrucción, como algunos decían. Básicamente compraba para destruir y construir negocios que le produjeran altos ingresos, lo único con lo que según él perdía dinero era con sus muchas galerías de arte distribuidas por varios países. Pero a pesar de no obtener los beneficios deseados, el arte era su pasión y cada vez que adquiría un cuadro importante prefería ponerlo en alguna de sus galerías y conseguir algún tipo de beneficio de su debilidad. Los centros comerciales más caros le pertenecían y la mayoría de la gente a pesar de temerle, preferían formar parte de su propiedad y por lo tanto de su protección. En aquel instante llegó su asistenta para entregarle los informes que le había pedido por teléfono hacia diez minutos. El bloque entero le pertenecía y era allí donde tenía la sede de sus oficinas. Las tres últimas plantas eran su vivienda particular, la planta cincuenta y siete estaba exclusivamente reservada a su despacho y las demás iban asignadas de mayor a menor importancia. Su extravagancia a la hora de construir lo hacía único, ya que no se trataba de un rascacielos común, sino que al llegar a la planta en la que estaba situada su vivienda, ésta sobresalía asimétricamente dando la sensación desde abajo de un rascacielos con forma de T. La gente decía que era tan egocéntrico que debía dejar su marca allá donde iba, pero nadie se hubiera atrevido jamás a decírselo. Por otro lado, su exagerado atractivo hacía que las mujeres se quedaran sin habla ante él, eran pocas las que después de haberle visto podían mantener una conversación mínimamente interesante. Su físico imponía a cualquiera, pero su atractivo no radicaba únicamente en su pelo oscuro y sus ojos verdes, en su cuerpo perfecto de atleta o en su estatura, su atractivo radicaba en la confianza que desprendía cada vez que hacía cualquier cosa.

Antes de marcharse su secretaria, Víctor la hizo volver inmediatamente sobre sus pasos.

–¿Ocurre algo señor?– pregunto Alicia con un hilito de voz, al temer haberse equivocado en algo.

–Esto qué es y por qué no se me ha informado. – dijo señalando en el periódico la noticia del concurso de grafitis del colegio marginal de Ana.

Alicia se acercó a leer la noticia por encima del hombro de Víctor y tímidamente se alejó de él. – No creí que fuera importante para usted, se trata de un simple concurso para niños pobres.

–Un simple concurso para niños pobres en un colegio que tengo intención de destruir en cuanto le pague al dueño de esas tierras la cantidad que le he estado regateando tres meses. – argumentó Víctor furioso mirando en dirección a su amigo, que permanecía callado esperando a que le callera la tormenta. – ¡Se puede saber cuándo pensabais decírmelo! ¿Cuándo los niños pintaran en ese cuchitril y se hiciera tan popular el dichoso concurso que se concibiera como una aberración el destruir una obra de arte e imposible de derribar?– gritó Víctor mientras se levantaba de la mesa cogiendo el teléfono apresuradamente. – ¿Es que soy el único en este edificio que piensa?

–Sí señor, quiero decir... no señor... bueno yo...yo...– tartamudeó Alicia sin saber lo que decía su boca, ya que su mente se había quedado de pronto en blanco y su cuerpo no le respondía.

–¡Muévete! Quiero una reunión con el dueño de las tierras, la sala de reuniones grandes la quiero libre, y el contrato preparado. Que no pongan importe alguno, gracias a vuestra metedura de pata tendré que pagarle lo que me pidió en un principio, y eso si no se ha arrepentido y sube el precio.– voceó Víctor haciendo que todos salieran disparados y desaparecieran en dos segundos de su piso.

Aquella misma mañana Víctor se reunió con Arturo Dimón, propietario de las tierras y buen negociador. Tal como vaticinó Víctor, el asunto del concurso hizo que Arturo jugara con ventaja, ya que al no haber vivido desde los seis años en Panamá no le tenía ningún apego a aquellas tierras, pero alegando que no podía quitarles la oportunidad a aquellos niños de labrarse un futuro lejos de allí había decidido no vender.

Víctor había contado con esa posibilidad e hizo una oferta mejor de la que al principio Arturo había pedido. Le dio la oportunidad de pensárselo

hasta las dos de la tarde, después se plantearía el hacer en otro sitio el centro comercial que tenía previsto. Cuando el propietario de las tierras salió por la puerta, Víctor no se encontraba de buen humor.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció uno de sus mejores amigos con ropa desenfadada y una sonrisa en la cara. La secretaria corrió a disculparse por no poder evitar que entrara sin permiso.

–No pasa nada Alicia, Jonás no necesita presentación. – dijo él, haciendo que los dejaran a solas.

–Tienes cara de pocos amigos, ¿Qué te ha sucedido para que parezcas poseído por un tigre a punto de atacar?– dijo su amigo acercándose a la mesa de Víctor.

–Hoy no soy muy buena compañía, esta pandilla de inútiles me han hecho perder dineros. – se excusó, y quitándose la chaqueta se puso cómodo en su silla.

–¿No has cerrado el trato con el tipo ese que acaba de salir?– preguntó Jonás sentándose frente a él.

–Peor aún, aunque no esté cerrado sé que a las dos en punto va a llamar aceptando. Lo que me cabrea es que si esto lo hubiera hecho una semana antes el precio habría sido muchísimo inferior de lo que ahora tengo que pagar por unas tierras que no valen nada. – explicó él.

–Estamos hablando del centro comercial que querías construir, aún no sé porque, en aquel barrio, ¿verdad?– preguntó Jonás.

–Sí, ese mismo, y mi intención no es construir un simple centro comercial, quiero construir un complejo turístico impresionante que rodee el centro comercial. Un centro comercial exclusivamente para los ricos y para la gente que viva en el complejo. Un complejo de viviendas de lujo rodeado por unas medidas de seguridad impresionantes. – señaló Víctor levantándose y enseñándole a su amigo el proyecto sobre unos planos.

–¿Y qué vas a hacer con toda la gente que vive por allí?– preguntó Jonás algo preocupado.

–Comprarlos– contestó Víctor cerrando los planos y guardándolos en un archivador. – todo el mundo tiene un precio, con el dinero que les dé por sus casas se pueden comprar otras en un barrio mejor.

–Básicamente es despreciable, pero si me lo explicas de esa formas

hasta puedo pensar que les estás haciendo un favor. – rio su amigo levantándose de la silla. – Bueno, deja de trabajar y vente conmigo a cenar esta noche a un restaurante nuevo que ha abierto un amigo mío, un tal Víctor Adietrich.

Aquello hizo que Víctor dejara de arrugar el entrecejo y se relajara con su amigo por la broma.

–Vale, esta noche nos vemos en mi restaurante, pero no me lleves ninguna de tus citas a ciegas o te quedas sin comer. – advirtió señalándolo con el dedo.

–Palabra de amigo, – dijo Jonás levantando la mano como a punto de jurar sobre la biblia.

## *CAPITULO III:*

Ana esa noche estaba radiante, Roberto la había convencido para que lo acompañara a cenar a un restaurante de moda que se llamaba “El arrogante”. En principio se había negado, pero él siempre sabía cómo convencerla, así que sin saber que ponerse tuvo que dedicar su tarde libre a ir de compras.

La experiencia no fue tan mala como ella creía, Roberto le había dado la dirección exacta de un centro comercial en el que estaban las mejores

marcas, y como aún estaba algo enfadada con su padre por haberla manipulado con respecto a la vivienda y al chofer, pensó que era el momento de hacer uso de la maravillosa tarjeta que su padre le había dado hacia años y que ella jamás utilizaba. Se compró cinco vestidos carísimos y cinco pares de zapatos igual de caros, eso sin contar los complementos que conjuntaban a la perfección. Media hora antes de salir aún no sabía que vestido ponerse. Roberto comenzó a vocearla desde abajo, y poniéndose nerviosa optó por la forma más razonable, cerró los ojos dio tres vueltas y señaló uno de ellos.

–¡Guau!– exclamó Roberto cuando la vio bajar por las escaleras con un vestido que parecía un pañuelo desigual atado por un cinturón de raso negro. Uno de los hombros lo dejaba al aire y el otro estaba cubierto hasta el codo por uno de los picos de lo que para Roberto sin duda era un pañuelo. El vestido era de raso en blanco y negro, el cuerpo de Ana parecía haber nacido para llevarlo, sus largas piernas se veían más a consecuencia de la desigualdad entre un lado y otro.

–No digas nada, ya sé que es demasiado corto, pero te juro que en la tienda me lo vi más largo– decía ésta tirándose de él e intentando alargarlo un poco más.

–Estás espectacular, si no fueras mi mejor amiga en vez de ir a cenar iríamos a la cama directamente– dijo mirándola de arriba abajo y riéndose.

–¡Berto! – dijo Ana dándole un codazo y divertida por lo cómico de la situación. – bueno, ¿nos vamos o me vuelvo a ponerme uno de mis vaqueros debajo?

–Ni se te ocurra, esta noche voy a ser la envidia de Panamá, pienso pasearme contigo cogida de mi brazo por todos lados– comentó riéndose y mostrándose orgulloso de su amiga.

Cuando llegaron al restaurante uno de los camareros les indicó que lo siguieran, atravesaron un gran salón por uno de los laterales y los hicieron pasar a un hermoso jardín en el que había numerosa mesas, algunas con el cartel de reservado y otras ya ocupadas.

–Esto es precioso Berto, – señaló Ana mirando detenidamente aquellos pequeños detalles que hacían que incluso estando rodeados de gente

pareciera que estaban solos.

–Pues disfrútalo porque me ha costado un ojo de la cara, eso sin contar que he tenido que mover cielo y tierra para que me consiguieran mesa. Por lo visto se trata del restaurante más caro y nuevo de Panamá, además por lo que se, abajo está el pub, para que la gente rica no tengan que mover sus coches del aparcamiento y puedan desmelenarse a sus anchas. – explicó en voz baja Roberto.

–Si es que te tengo que querer– dijo Ana dándole un sonoro beso en la mejilla. – pero la próxima vez invítame a pizza, nos hubiéramos ahorrado tú el restaurante y yo los vestidos.

En aquel momento se acercó el camarero encargado de su mesa y les ofreció la carta, también les llevó la copa de champan que Roberto había pedido nada más llegar. Quería brindar por una nueva vida y que mejor que con el champan más caro para tener suerte. Pero lo que ocurrió después ninguno de los dos lo tenía previsto, en el momento que iba a servirle el camarero el champan a Ana, una de las otras camareras tropezó con tan mala suerte que le empujó en el brazo y parte del champan que iba destinado a la copa terminó en el vertido de Ana. En ese instante el joven camarero no sabía cómo compensar tamaña torpeza, Ana les repitió a él y al responsable que no había problema alguno, que no se preocuparan. De todas formas el champan corrió a cargo del restaurante y los invitaron a un vino carísimo para acompañar el pescado que ambos se habían pedido.

–Voy a ir al servicio a limpiarme un poco, aunque no se note la mancha, el champan me ha dejado algo pegajosa. – comentó Ana, llevándose la servilleta consigo y limpiándose por el camino.

Ana iba tan ensimismada en su objetivo de limpiarse que no se dio cuenta y tropezó de frente con alguien que entraba en aquel momento, y sin poder evitarlo sus carísimos tacones se doblaron haciéndola caer. Pero unas fuertes manos sujetaron su cintura y le evitaron un ridículo espantoso.

Cuando levantó su mirada hacia la persona que la estaba sujetando, se quedó paralizada, el tiempo se detuvo y tan solo podía ver sus ojos verdes de jade y sus labios sensuales que parecían exigirle un beso.

–Debería tener cuidado y mirar por dónde anda, no siempre voy a estar ahí para ayudarla.– bromeó aquel hombre sin dejar de sujetarla con sus

fuertes manos, haciendo que Ana siguiera suspendida en los brazos de él que parecían ceñirse más a su cintura. Pero a pesar de quedar hipnotizada por su seductora voz, ésta la hizo reaccionar e intentar ponerse en pie deshaciéndose de las manos del desconocido.

–Si no hubiera sido por usted tampoco habría tropezado– objetó Ana con una sonrisa recuperando la compostura.

–Yo no era quien iba mirando hacia abajo. – repuso Víctor intentando ganar en la discusión como hacía siempre con todo el mundo.

–Usted también podría haberme esquivado. De todas formas gracias por sujetarme y siento lo del tropiezo, ahora si me permite...– Ana se disculpó y fue directa al baño, una vez allí se encerró en uno de los baños. Su corazón latía acelerado, y su respiración era irregular, no podía creer que el simple contacto con un desconocido pudiera excitarla de esa forma. Se sentía culpable de haber sentido lo que había sentido por alguien que no era Andrés. “Aquello no podía haber sido real, sencillamente había malinterpretado una reacción que podría haber sido ocasionada por la poca vida sexual que había tenido después de lo de su novio”– pensó Ana intentando relajarse– “seguro que si me acostara con él no sentiría nada”.

Poco a poco comenzó a relajarse, salió del servicio una vez se hubo limpiado el vestido y se dirigió a su mesa borrando de su mente la situación que se había dado hace un instante.

Cuando Ana apareció en el jardín y se sentó frente a Roberto, Víctor no pudo apartar la mirada de ella. No había evitado tropezar con ella porque en el momento en que la vio aparecer con su esbelta figura, su rubio y corto pelo y su desenfadada forma de andar, se había preguntado de donde había salido. En realidad creía sinceramente haberse interpuesto en su camino adrede, pero había cometido un error gravísimo, en cuanto sujetó su cintura a través del raso de su vestido, sintió que su cuerpo reaccionaba ante aquel contacto, y ahora no podía quitársela de la cabeza.

–Oye, ¿se puede saber qué te pasa?, desde que has llegado no dejas de mirar en aquella dirección.– preguntó su amigo algo molesto, aprovechando que ellas habían ido a retocarse al baño.– Tenemos a dos chicas preciosas y dispuestas a hacer lo que queramos y no les has prestado ninguna atención en lo que llevamos de noche.

–Perdona, pero en primer lugar te dije que no quería que trajeras a nadie, y en segundo lugar... ¿sabes quién es esa chica?– preguntó intentando no darle demasiada importancia.

–No lo sé ni me importa, está con su guapísimo novio y nosotros estamos en muy buena compañía, no tendrías que buscar fuera lo que tienes aquí mismo. – le aconsejó su amigo, mostrando su mejor sonrisa a las chicas que se estaban acercando ya a ellos.

Ana, a pesar del pequeño incidente del tropiezo, se lo estaba pasando muy bien. Le encantaba hablar con su amigo de cualquier tema ya fuera absurdo o inteligente.

–Estoy llena, no puedo ni moverme, y el champan ese tan caro creo que se me ha subido a la cabeza. – comentó Ana, echándose hacia atrás en la silla.

–Pues entonces es el momento de bajar la comida con un buen baile– sugirió Roberto levantándose y dándole la mano la obligó a levantarse.

–Rob, no creo poder ni moverme, mucho menos bailar– rio Ana, levantándose y dejándose abrazar por su amigo.

Al final Roberto la convenció y la hizo bajar al pub del restaurante. La música era estridente, todo estaba oscuro y las luces blancas relampagueaban rápidamente, después un haz de luz azul recorría el grandísimo local en forma de círculo. Ana no comprendía cómo la gente podía ver donde estaba el largo mostrador de las copas, pero a los dos minutos de haberse introducido en aquella marea humana se dio cuenta de que tú no andabas sino que te dejabas llevar por los empujones. Roberto vino con dos copas levantadas para que llegaran a su destino.

–¡Esto es enorme, lo que ocurre es que se llena de gente a partir de las doce! ¡Hay dos entradas, desde el restaurante y por la calle!– gritaba Roberto mientras bailaban. Para Ana, el champan, el vino y la copa que se acababa de tomar habían sido demasiado, y gracias a las luces blancas que la cegaban cada vez más se sentía bastante mareada, entonces se le ocurrió cerrar los ojos mientras bailaba. A lo lejos escuchó a Roberto decirle que iba a saludar a un amigo y que en seguida volvía con otra copa. A ella no le dio tiempo a decirle que no

estaba en condiciones de beber más, así que cuando intentó torpemente reaccionar se encontró sola en la pista rodeada de gente que no conocía. Decidió ir a los servicios a echarse agua a ver si dejaba de darle vueltas todo, el problema era que para llegar a los servicios de abajo tendrían que atravesar medio local, por lo que le pareció mejor idea subir a la planta de arriba que estaba menos colapsada.

Agarrándose a la barandilla comenzó a subir despacio, cuando estaba casi al lado sintió curiosidad por mirar la amplitud del local desde arriba. Las cabezas de la gente saltaban al ritmo de la música y desde donde ella estaba no se veía ni un solo metro cuadrado libre, en aquel momento sintió que no pertenecía a ese lugar, pero a la vez que ese pensamiento cruzó su mente, una imagen que había borrado reapareció en su campo de visión. El atractivo desconocido que la había sujetado se dirigía hacia ella escaleras arriba, Ana no podía apartar su mirada de la de él, sus pies no se movían, y en su cabeza se repetía una y otra vez que huyera de aquel hombre. Víctor se estaba acercando lentamente hacia ella, la chaqueta la llevaba abierta y su mirada era la de un gato que había visto a su presa y no la dejaría escapar. Víctor arrastró su mano por la barandilla mientras se acercaba a ella. Ana prácticamente no respiraba, cuando él estuvo a escasos centímetros de su cuerpo comenzó a sonar Romeo Santos a lo lejos, pero una versión mix para que el ritmo de la gente no parara. Ana podía sentir muy cerca de su boca la respiración de él, Víctor la cogió de la cintura y la atrajo hacia él en un gesto posesivo, e inclinándose hacia ella, acercó sus labios y los presionó contra los de Ana sintiendo como se derretía en sus brazos y se dejaba invadir por él. Los labios de él parecían tomar algo que ya era suyo, y su lengua se abrió paso desesperadamente dentro de la boca de ella, “aquella diosa altiva que lo había cautivado ahora era suya y no la iba a dejar escapar”– pensó mientras la acorralaba contra una de las paredes de arriba. Con una de sus manos comenzó a subirle el vestido, su lengua lamía el champan que se había derramado anteriormente por su hombro haciendo que Ana gimiera de placer.

Ana había perdido la noción del tiempo, con los ojos cerrados creyó que aquello era solo un sueño, cada vez que aquel hombre lamía una parte de su cuerpo, la piel le ardía, y sin saber cómo lo había hecho sintió que no tenía braguitas, él la miró para que supiera lo que iba a

hacer en ese instante. Ana sintió en su mirada que no le estaba pidiendo permiso, simplemente se lo estaba comunicando, y sin hacerse esperar, Víctor cogió lo que creía le pertenecía. Su primera investida fue agresiva para lentamente seguir el ritmo que ambos ansiaban. Ana sintió un fuego que recorría su cuerpo sin dejarla descansar, un fuego que amenazaba con abrasarla, de su boca salían gemidos que Víctor hacía silenciar con sus besos, su pulso comenzó a acelerarse más y más hasta que ya no podía más, Ana le cogió la cabeza con ambas manos y lo besó como nunca había besado a nadie, de una forma salvaje pidiéndole más y rogándole que la hiciera suya de una vez, Víctor estaba llegando al límite y ambos estallaron alcanzando al clímax juntos, jadeantes y algo confusos. El cuerpo de Ana quedó flácido en los brazos de Víctor que la sujetaba entre la pared y su cuerpo. Su chaqueta era amplia y el rincón donde la había llevado era demasiado oscuro para que nadie los viera pero aun así Víctor la cogió en peso y la apretó aún más escondida que antes. Ana respiraba entrecortada en el cuello de él y se agarraba fuertemente a su chaqueta para no perder el equilibrio. Lo que no sabía era que él jamás la hubiera dejado caer, es más, nunca la dejaría marchar, nadie había conseguido hacerle sentir de aquella forma.

- Ahora voy a bajarte lentamente, ¿te encuentras bien?— preguntó él delicadamente dejando que Ana pusiera los pies en el suelo.

Ana se sentía como un pájaro al que disparan y cuidan con mimo pero que es encerrado en una jaula para el deleite de su cazador. Entonces todo el raciocinio volvió estrepitosamente a su cabeza al ver sus braguitas tiradas a sus pies, y una ola de pánico la inundó al darse cuenta de lo que había hecho. Rápidamente y sin saber muy bien lo que hacía, cogió sus braguitas y dándole un empujón a Víctor salió a correr escaleras abajo. No le hacía falta mirar atrás para saber que intentaba seguir sus pasos, pero a esas horas de la noche la pista de baile estaba aún más colapsada y Ana pudo perderse entre la multitud y huir de allí. Una vez en la calle llamó al chofer inmediatamente y le ordenó que diera una vuelta a la manzana mientras llamaba a Roberto para decirle que se iba a casa.

Después de la llamada, su amigo salió a la puerta y fue recogido inmediatamente por ellos.

–¿Dónde te has metido la mitad de la noche? ¿te ha pasado algo? Tienes mala cara. – preguntó preocupado.

–Me encontré con un amigo de Nueva York y estuve hablando un rato con él, pero no me encuentro bien, debe haber sido tanta gente. – contestó Ana evitando mirarlo.

–A ti te ha pasado algo, te conozco demasiado bien, pero si no quieres contármelo no me lo cuentes no pasa nada. Eso sí, la próxima vez te llevo a un Burger. – bromeó Roberto.

Aquel problema no era nada para lo que le vino encima a la semana siguiente en el trabajo.

La directora los congregó a todos en una reunión extraordinaria y urgente, nadie sabía a qué se debía tanto secretismo y tanta prisa, y todos estaban desconcertados incluida Ana.

Cuando llegó la directora, su rostro denotaba preocupación y tristeza, por lo que todos fueron conscientes de que existía algo grave que anunciarles.

–Os he reunido a todos porque ha surgido en estos días algo muy grave que he intentado solucionar y que me ha sido imposible. Hace cuatro días me anunciaron que el colegio será derribado en breve. – explicó la directora con el rostro compungido.

Nadie podía creer lo que les decía y todos comenzaron a hablar a la vez sin entender nada.

–No pueden derribar el colegio, y menos sin haber terminado si quiera el curso escolar– objetó Ana, haciéndose eco de lo que decían los demás.

–Los niños serán divididos entre los colegios más cercanos, y los profesores seremos despedidos o con suerte tenidos en cuenta si hiciera falta en alguno de los otros colegios personal. – siguió explicando apesadumbrada.

–¿Y el concurso? ¿y han pensado como van a desplazarse a los demás colegios?– preguntó otro profesor.

–El actual dueño de las tierras se ha ofrecido a ponerles un autobús gratuito para que puedan trasladarse, y con respecto al concurso les va a dar la oportunidad de que tal concurso se lleve a cabo en una de sus

galerías de arte que habilitará para el evento.– siguió la directora.

–No puedo creer que sea tan fácil para un rico asqueroso derribar un colegio por capricho, y no puedo creer que no penséis en luchar. – dijo furiosa Ana.

–En lugar del colegio se va a construir un centro comercial de lujo exclusivo para la gente rica que también se vendrán a vivir a las casas que pretende construir alrededor de él. – señaló la directora.

–Esto no puede quedar así, deberíamos ir a hablar con él y convencerlo de que no cometa esa barbaridad. – opinó otra profesora.

–No ha servido de nada intentar persuadirlo, le he llamado, le he escrito cartas, he intentado concertar una cita con él y no lo he conseguido. No quiere dialogar ni escucharnos, nadie lo va a hacer cambiar de idea. – dijo la directora.

–¡Pues yo no me pienso quedar de brazos cruzados, y si me tengo que atar a una columna del colegio lo pienso hacer! – exclamó Ana cabreada y dispuesta a todo por tal de salvar el que ahora se había convertido en su colegio.

Después del comentario revolucionario de Ana, la mayoría de profesores estaban dispuestos a seguirla en sus locuras, al fin y al cabo no tenían nada que perder.

Esa noche, tumbada en una de las hamacas del jardín, comenzó a pensar en todas las posibles soluciones, pero antes de mover ficha decidió intentar convencerlo o declararle la guerra abiertamente.

–¿En qué piensas? Bueno, no sé si quiero saberlo, me he enterado de la noticia, ¿Cómo estás?– pregunto Roberto que acababa de llegar del hospital, y sentándose junto a ella esperó que su amiga se desahogara.

–Cabreada, muy, pero que muy cabreada. – señaló Ana pensativa– ¿se te ocurre alguna idea para meterme en el despacho de ese ricachón sin que nadie me vea?

–Que pretendes ¿no estarás pensando en robarle algún documento para hacerle chantaje?– preguntó su amigo sarcástico.

–Ummmmmm– dijo Ana absorta en sus propios pensamientos. Todo el mundo tiene un talón de Aquiles, tiene que tener algún trapo sucio que no quiera que aireemos.

–No tendría que haber hablado, a veces pienso que estaría más guapo calladito, por lo menos no te metería en problemas. Ah, por cierto, no

hagas demasiadas tonterías, Víctor Adietrich es tu jefe, es el dueño del hospital en el que trabajas. – advirtió Roberto entornando los ojos. – Me voy a la cama, mañana me espera un día ajetreado. Buenas noches Mata Hari.

En cuanto Roberto desapareció por la puerta Ana cogió el teléfono.

–Alex, necesito tu ayuda y la de dos más. También quiero que hables con tu primo, el mata ratas, y consigas que te deje algunos trajes. – ordenó Ana a través del teléfono.

A la mañana siguiente todo su plan estaba puesto en marcha. Aquella mañana se había puesto un pantalón negro clásico y una camisa blanca sin escote pero que dejaba casi toda la espalda al aire, ya que tan solo llevaba dos botones que salían desde un poco más abajo del cuello. Para lo que tenía pensado hacer, no podía llevar tacones, por lo que optó por unas sabrinas negras con un poquitín de cuña. A las diez de la mañana estaban tres profesores y ella metidos en una furgoneta de exterminación de ratas.

–No me puedo creer lo que estamos haciendo– dijo Mónica con risita nerviosa mientras se ponía el mono naranja.

–Necesito hablar con él e intentar convencerlo por las buenas, si no es así lo amenazaré y acabaré con él. – aseguró Ana decidida a seguir. – Chicos, si no queréis llegar tan lejos lo comprenderé.

–No tenemos nada que perder, estamos contigo – dijeron todos al unísono.

–Pues vamos allá, suerte, ah, sí mientras estáis haciendo como que matáis ratas veis algo con lo que podamos chantajearlo cogedlo. En la guerra vale todo, y si no lo hace por las buenas lo hará por las malas. ¿de acuerdo?– tras decir aquello, se pusieron las máscaras y entraron en el edificio, se acercaron a la secretaria que había tras la recepción de un largo y lujoso mostrador. Alex se quitó la máscara naranja y le anunció a la recepcionista que ya habían llegado.

–De que me está hablando, yo no tengo aquí ningún aviso para desratizar nada. – indicó la chica mirando en el ordenador.

–Yo, lo que ustedes quieran, pero su jefe ha llamado urgentemente a mi empresa. Como nos vayamos no tendremos citas hasta dentro de un mes. – amenazó Alex.

–Tendría que llamar al jefe...– dudó la chica.

–Pues suerte, según me han dicho no está de muy buen humor por las mañanas, y menos si se le molesta por el tema de las ratas– susurro en voz baja.– por cierto, la gente nos está mirando, si quieren mantener esto en secreto no es conveniente tenernos esperando demasiado.

–Está bien, está bien, pasen rápido y terminen pronto. – dijo al fin la recepcionista nerviosa.

Cuando entraron en el ascensor, Ana dijo en voz baja– no olvidéis que estamos rodeados por cámaras, por lo que siempre que estéis en alguna habitación debéis comportaros como unos verdaderos raticidas. Dentro de quince minutos os vais, no me esperéis, yo me las apaño.

Los demás se quedaron en la planta cincuenta y seis y Ana subió a la cincuenta y siete, donde estaba el despacho de Víctor, nada más salir del ascensor bajó la cabeza y echó una especie de humo inofensivo que salía del aparato que llevaba colgado. El recibidor quedó cubierto de inmediato por una cortina de humo, y la secretaria de Víctor, empezó a toser intentando apartar el humo.

–¿Se puede saber quién es usted y que piensa que está haciendo?– tosió Alicia intentando con las manos quitarse aquel humo de encima.

–Lo siento, pensé que ya le habían informado de la des ratificación. Salga inmediatamente de aquí si no quiere intoxicarse. – dijo Ana con cara de gravedad.

–Pero... mi jefe... tengo que avisarle– dijo Alicia.

–No se preocupe, yo se lo digo, vallase antes de intoxicarse.

Alicia se metió rápidamente en el ascensor tapándose la nariz y la boca con la mano, y en cuanto Ana la perdió de vista inundó la cámara de humo y se quitó el mono naranja apresuradamente. Metió el mono dentro de una bolsa que llevaba colgada y la dejó a un lado de la puerta del despacho de Víctor. Respiró profundamente y se sintió satisfecha de su aspecto. Tocó dos veces a la puerta y pasó sin esperar que la invitaran, se quedó cerca de la puerta y miró a su alrededor, pero no había indicios de que estuviera el rico despiadado por ningún lado.

–¿Señor Adietrich? – preguntó tímidamente Ana.

–Alicia, la reunión de las doce retrásamela hasta las una, ya que tendré que...– dijo Víctor saliendo de una de las partes del gran despacho, pero se quedó estupefacto al encontrarse con Ana en la puerta, quieta y

pálida como si fuera una estatua de mármol. Los dos se quedaron sin habla, mirándose el uno al otro sin poder reaccionar, el único gesto que hizo Ana fue el de abrir la boca para intentar emitir algún tipo de sonido, pero de sus cuerdas vocales no salía nada. Víctor miró sus labios y sin pensarlo se acercó a ella precipitadamente y se apoderó de ellos como hizo anteriormente, sin pedir permiso y sin dar ningún tipo de explicación. Ana quería reaccionar, pero lo único que existía en su mente era la boca de aquel hombre que tanto la perturbaba y la tomaba sin piedad. Conforme se iba haciendo el beso más profundo Ana sentía menos fuerza en sus piernas, pero eso no era problema, Víctor la sujetaba casi en el aire arrastrándola a su mesa de despacho. Ana quería detenerlo pero su cuerpo no opinaba igual que ella, Víctor la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás para lamer cada centímetro de su cuello, con destreza desabrochó los dos únicos botones que sostenían su blanca y recatada camisa, dejándola con el sujetador más sencillo y sensual que él había visto en su vida. Sus pechos subían y bajaban intentando coger aire, pero Víctor no le dio ni un segundo de tregua comenzó a apoderarse de ellos aumentando su excitación con cada gemido de ella. El cuerpo de Ana parecía estar en un infierno tentador del que no quería salir, sin embargo su mente le decía que parase, que aquel hombre era su enemigo. Pero su mente no tenía demasiadas oportunidades con aquel hombre, ya que en el instante que la razón comenzaba a luchar, Víctor la empujó sobre la mesa dejándola a su merced, sin dejar de besarla, sus manos tiraron de los pantalones que llevaba dejándola completamente en ropa interior. Víctor sabía que no podía demorarse y dejar que su presa escapara, pero la imagen de aquella mujer tumbada sobre su mesa en ropa interior de encaje blanco combinando con el dorado de su piel recientemente tostada por el sol, era mejor que ver un hermoso amanecer. Ana se sentía turbada, y cuando él le quitó la falda se decidió a hablar pero al segundo comenzó a besarla por todos lados y se subió encima de ella en la mesa la agarró por los brazos y se los inmovilizó a la altura de la cabeza y sin hacerse esperar la tomó con una brusquedad apasionada y llena de deseo, que al contrario de asustarla, intensificó su placer llevándola a una ansiedad dolorosa. Él se movía dentro de ella como si el cuerpo de Ana hubiera sido suyo

toda la vida, sus ojos verdes la miraban con posesión y odio por provocar en él aquellos instintos tan primarios, pero ninguno de los dos podía detenerse. Ana se retorció y arqueaba su espalda para acoplarse más a él, ambos gimieron hasta alcanzar el éxtasis juntos. Entonces él cayó pesadamente sobre ella intentando regularizar su respiración. Ana escuchaba a Víctor respirar fuertemente en su oído, pero hasta ese simple detalle hizo que su interior se volviera a encender de nuevo.

“Tengo que controlarme, tengo que controlar lo que me está pasando, es mi enemigo, tengo que irme, no, antes tengo que decirle lo que he venido a decir, ¿Qué he venido a decir?, dios mío, no tengo ni fuerzas para pensar, solo deseo volver a besar sus labios, y volver a sentirlo dentro de mi... ¡pero que estoy diciendo!– pensó Ana mientras intentaba recuperar el aire.

–¿Cómo me has encontrado?, pensé que todo había sido un sueño y que tu no eras real– comenzó diciendo Víctor a la vez que la besaba en el cuello. – Te he buscado por todos lados.

El pulso de Ana comenzaba a acelerarse y un leve gemido escapo de nuevo de su boca, Víctor se percató de ello e intensificó sus besos, sintiéndose de nuevo excitado.

Pero ella no podía permitir que aquello volviera a suceder, por mucho que deseara que sucediera, no debía, tenía que alejarse de él para recobrar la cordura. “Pero sus labios sabían tan bien... su aroma era tan masculino y envolvente...”– pensó mientras él la volvía a besar.

–No... no puedo... no debo... yo no te he encontrado...– dijo entre jadeo y jadeo intentando inútilmente impedir que él la volviera a besar. – soy profesora del colegio que intentas derribar.

Aquello fue como soltar una bomba, Víctor dejó de besarla y la miró entornando los ojos.

–Explícate, – ordenó bruscamente.

–Yo... yo... no sabía que eras tú, venía a intentar convencer a Víctor Adietrich del error que iba a cometer. – Explicó Ana aún con él encima.

Tomás pegó un salto y se bajó de la mesa ágilmente, y tras unos segundos de silencio comenzó a reírse a carcajadas.

–¿Y de verdad creías que acostándote conmigo me ibas a convencer?– soltó Víctor, vistiéndose.

Ana comenzó a sentir tanta furia dentro de ella que ni se acordó que estaba desnuda y saltó de la mesa con igual agilidad que él. – ¡Tú lo que eres es un gilipollas arrogante, que se cree el centro del mundo! ¡Jamás hubiera venido a buscarte si hubiera tenido la mínima idea de que eras tú! ¡Y pensar lo que he liado para llegar hasta tu despacho! ¡Seguro que te piensas que todo el mundo es comprable! Pues te equivocas. – gritó muy furiosa paseándose de un extremo a otro y haciendo aspavientos con las manos. – Me voy, pero que sepas que estamos en guerra, pienso mover todo lo necesario para que mi colegio siga en pie. – y muy orgullosa se dirigió a la puerta.  
–En la calle hace calor, ¿pero estas segura de que quieres salir desnuda? – preguntó sarcástico.

Ana se dio cuenta de que todo este tiempo había estado paseándose desnuda por la habitación, y con una vergüenza repentina recogió su ropa y se vistió apresuradamente.

–Me ha gustado tu visita, si decides abandonar las armas estoy dispuesto a hacerte un hueco en mi trinchera. – dijo Víctor mientras comenzaba a recorrer el cuello de ella con su dedo. Ana dio un manotazo a su mano– antes prefiero morir en el campo de batalla. – y diciendo esto se fue con la cabeza alta y desapareció por la puerta del despacho de Víctor dejando su aroma en él.

Al día siguiente Víctor ya había averiguado todo sobre la vida de Ana, estaba decidido a que aquella mujer fuera suya, pero no pensaba ni por un segundo hacer lo que ella decía.

Ana llegó tan indignada a casa que se puso el bañador y estuvo nadando en la piscina hasta que ya no le quedaban fuerzas. No quiso comentarle nada a Roberto, se sentía avergonzada de lo que había hecho y lo último que quería era que su amigo la mirara como si hubiera perdido la cabeza. Cuando al día siguiente se reunieron en la sala de profesores, Ana se vio obligada a contarles que Víctor no tenía ninguna intención de retractarse, pero también les dijo que no pensaba rendirse.

–Le he declarado abiertamente la guerra, y si cree que voy a

conformarme con las migajas que él quiera echarnos, está muy equivocado. – comentó Ana levantándose de su asiento y paseándose furiosa por toda la sala.

–A veces das miedo ¿lo sabes?– rio Mónica con ganas, siendo secundada por los demás.

–Vale, ahora os voy a contar nuestro siguiente paso, ¿Qué es lo que temen más los ricos empresarios?, – preguntó a todos sin esperar respuesta– temen a una mala publicidad de su nombre, ya que eso equivaldría a una mala publicidad de sus empresas. Ellos se mueven por dinero, y nosotros tenemos de nuestra parte el lado sentimentalista de la gente. ¡Vamos a darle donde más le duele!

–¿en sus partes?– preguntó tímidamente Sonia, causando las risas de todos.

–Aún peor, vamos a darle un fuerte golpe en su ego. Vamos a manipular a los medios de comunicación y volverlos en su contra. – señaló Ana. – Para el miércoles necesitamos conseguir cadenas y voluntarios con caritas inocentes.

Aquella tarde en el hospital no podía borrar la sonrisa de su cara, nada más pensar en lo que se le había ocurrido hacer se sentía victoriosa. Roberto le aconsejó que no se metiera en más líos, según él las cosas ya estaban movidas como para echar más leña al fuego, pero como era costumbre en Ana, no pretendía escucharlo.

Esa tarde, Ana no tenía niños mayores en el aula del hospital, la mayoría tenían unos cinco años, y decidió jugar con ellos a “adivina que he dibujado”, consistía en que Ana cerraba los ojos mientras uno de los niños dibujaba algo en la pizarra, y una vez había terminado, ella debía averiguar de qué se trataba, preguntaba y los niños respondían sí, no, o tal vez. En ese momento Ana intentaba averiguar que había pintado Lucas, – ¿es una persona? – preguntó ella.

–No, – contestaron todos al unísono.

–Es... ¿una cosa?– preguntó de nuevo.

–Sí, es una cosa– dijo una voz grave y melosa desde la puerta.

Ana perdió el color de su rostro al darse cuenta de que Víctor estaba apuntocado en la puerta y la miraba provocándola. Tan sólo con aquella mirada, le comenzaron a temblar las piernas, pero su cabreo

con respecto a él se intensificó al recordar lo prepotente y lo humillante que fue la otra mañana.

–¿Desea algo señor Adietrich? ¿o quizás no tenía nada que destruir hoy y se aburría en su despacho?– consiguió decir Ana mostrando su mejor sonrisa.

–La mesa de mi despacho me traía demasiados recuerdos y me era imposible concentrarme. Además tenía que tratar un tema con usted y me pareció conveniente hablarlo hoy, – comentó Víctor, inmune a los ataques de ella.

Los niños estaban en silencio mirando a los dos adultos hablar, y Ana incomoda, les dijo que iba a salir un momento a tratar un tema y en dos minutos volvía. Víctor al escucharla se dejó caer fuera del aula quedando apantocado de espaldas en la pared. Los médicos estaban nerviosos por su presencia por lo que no sabían qué hacer, si desaparecer de su vista o hacerse notar para que viera que trabajaban duro. Ana cerró la puerta tras ella– Vale, que quieres tratar– atajó intentando ser lo más cortante posible.

–Son negocios, y yo los negocios los trato cenando. Esta noche a las diez, en el restaurante del champan. – ordenó Víctor, dándole la espalda para marcharse.

–De eso nada, no pienso cenar contigo, y si te crees que voy a hacer lo que todos estás muy equivocado. – retó Ana.

–Si quieres seguir dando clases a esos niños será mejor que estés donde te he dicho. – y girándose de nuevo, la dejó plantada en la puerta.

Ana se sintió aún más furiosa si cabía estarlo, pero si quería conservar su trabajo tendría que seguirle el juego. También pensó un instante en despedirse, pero inmediatamente desechó la idea, aquellos niños enfermos la necesitaban y ella los necesitaba a ellos.

Ana tenía cuatro de los cinco vestidos que se había comprado para la cena con Roberto, y como siempre estaba indecisa. Cuando Roberto entró en la habitación de Ana, se la encontró de pie frente a su cama mirando los vestidos esparramados sobre ella.

–Aún me parece una locura que vayas a cenar con el propietario de la ciudad de Panamá. – dijo su amigo, parándose donde ella estaba y pensando cuál de los cuatro vestidos le sentaría mejor.

Ana lo miró con los ojos entornados – no exageres, ese tío es un imbécil egocéntrico que cree que puede comprar a cualquiera, pero conmigo va listo si pretende que lo adore como la mayoría de las personas.

–No hace falta que me sueltes ningún mitin, me he dado cuenta de cómo te mira, y también de cómo lo miras. Entre vosotros han saltado chispas, no sé exactamente que es, pero soy un tío y lo sé. – aclaró su amigo.

–Bobi, es mi enemigo, no puedo permitir que se salga con la suya. – explicó Ana.

–No es que no apoye tu causa, pero... ¿no crees que ese colegio estaba ya muy viejo? Los colegios a los que van a ser trasladados están en mejores condiciones. Y otra cosa... ¿Por qué me llamas cada vez de una forma distinta?– preguntó Roberto riéndose.

–No lo sé... me sale así– rio Ana–. Y con respecto a lo del colegio... creo que se ha convertido en algo personal, necesito ganarle.

–Vale, oye... creo que el vestido negro es chulísimo– sugirió Roberto.

Víctor comenzaba a impacientarse, tan solo había esperado en la mesa quince minutos, pero se le hicieron eternos, y comenzaba a tener dudas de si aparecería. Menos mal que en ese momento la vio aparecer a lo lejos, claro que ya no sabía si lo inquietaba más el estar esperando o el verla con ese vestido negro ceñido perfectamente a su cuerpo. El vestido de Ana era una especie de palabra de honor que tan solo se sujetaba al cuello por una finísima cinta que caía suelta por su espalda, esta vez había escogido un vestido que parecía ser largo, pero que en realidad mostraba incluso más piernas que el que anteriormente había llevado en ese mismo restaurante días antes. Desde muy por encima de las rodillas, el vestido se volvía de gasa transparente negra adornada con brillantes que al andar parecía estar flotando en un halo de luz, y la espalda, según pudo comprobar Víctor al verla volverse hacia el camarero, la mostraba sensualmente desnuda hasta muy por debajo de lo que Víctor hubiera permitido si fuera su mujer.

“¡Qué diablos, es mía no voy a permitir que la próxima vez muestre a los demás lo que solo me tendría que enseñar a mí!”– pensó furioso en la mesa mientras la veía venir.

–No es necesario que vengas semidesnuda para evitar que te despida. – dijo Víctor malicioso.

–No tengo porqué aguantar esto, quédate con el trabajo, yo me voy– y levantándose decidió marcharse de allí. Pero en aquel momento, Víctor se levantó y cogiéndola de la mano con dulzura hizo que volviera a sentarse– lo siento, – dijo por primera vez en muchos años.

–Vale, pero no vuelvas a hacer eso, yo no soy una esas chicas que suelen acompañarte. – amenazó Ana cogiendo la carta y mirando para pedir.

–Vaya, vaya, creo que no soy el único que ha hecho sus deberes. No queda bien en una señorita de tu clase fisgonear en la vida de los demás. – dijo él riéndose y sintiéndose orgulloso de haber sido investigado por ella.

–Tengo clase pero no soy estúpida, ya me pillaste desprevenida una vez y no volverá a suceder. – anotó Ana mirándolo por encima de la carta.

Ana pidió pescado como la anterior vez, y de postre se pidió una copa gigante de helado con caramelo, sirope de fresa y de chocolate, y virutas de plátano y fresa por encima.

– Con lo mujer que eres en la cama y lo niña que pareces con ese helado. – observó él, sintiendo de nuevo la tentación de untarle el helado por todo el cuerpo y lamerlo hasta que no quedara ni una gota.

– En primer lugar, tú no puedes saber cómo soy en la cama, y en segundo lugar...– se interrumpió Ana al sentir el dedo de él limpiarle la comisura del labio. El deseo comenzó a quemarla por dentro, e instintivamente rozó con su lengua el dedo de él, produciendo en Víctor tal descarga que se movió inquieto en su sitio. Ambos se quedaron sin habla, Ana no se acordaba de lo que momentos antes estaban diciendo, – Bueno... ¿de qué me querías hablar?– preguntó Ana con la intención de acabar cuanto antes con aquella noche.

– Sí, claro, te quería hablar... he visto tu sueldo, y comparado al resto de los sueldos es insignificante, ¿Cómo es posible eso?– preguntó Víctor

recuperándose del momento tan embarazoso.

– Eso se debe a que quería ese puesto por encima de todo, y dado que no soy de aquí y mi currículum tampoco puede competir con las mejores, me he bajado el sueldo yo misma. – contestó Ana agradeciendo la conversación.

– Pero... ¿Por qué?, sé que no necesitas el dinero, tus padres son ricos, ¿por qué estás trabajando en dos sitios mañana y tarde?– preguntó de nuevo Víctor sin entender los motivos.

– En Nueva York perdí a mi novio en un accidente de tráfico, – explicó Ana suspirando y tomando aire para tener valor y hablar de ese tema–. El caso es que me he venido a Panamá huyendo de mi anterior vida y de mis recuerdos, y necesito mantenerme ocupada. El hospital y el colegio me parecen un buen lugar para mantener mi mente entretenida.

– En este momento pegaría que te dijera lo siento, pero no lo voy a hacer porque gracias a todas esas circunstancias estás ahora aquí cenando conmigo. – dijo él terminando de tomarse el postre.

– No esperaba menos de ti– dijo Ana divertida en el fondo por la sinceridad de su respuesta.

Ambos terminaron de cenar y se pusieron en pie para marcharse. Víctor la cogió posesivamente de la cintura, Ana pensó en protestar, pero desistió al pensar que sería inútil, y una pérdida de tiempo.

Antes de salir Ana cogió el móvil para llamar a su chófer– ¿Qué haces?– preguntó él.

–Llamar a mi chófer, no lo iba a tener en la puerta muerto de hambre mientras yo me atiborraba de comida–aclaró ella, viéndolo evidente.

–Yo te llevo– dijo él cerrándole el móvil. – Ah, por cierto, no te he dicho que estás preciosa, – y justo delante de la gran puerta de cristaleras de la entrada la detuvo haciéndola girar y la besó profunda y apasionadamente. Ana no se esperaba aquel beso y al pillarla desprevenida no consiguió negarse a los labios de aquel hombre que la volvía loca. Ana se dejó caer en sus brazos e ignoró el mundo exterior, tan solo sentía los labios de Víctor presionados con los suyos, y su lengua explorando minuciosamente el interior de su boca.

Víctor no tenía previsto que el beso fuera tan sensual ni tan ardiente como había resultado, pero al igual que ella, se dejó llevar por el deseo insatisfecho de toda la noche. Si no hubiera sido por los flashes no habría recordado cual había sido su objetivo al besarla. Ana sintió que él alejaba sus labios y emitió un gemido de protesta, pero cuando se percató de la lluvia de luces que los estaba bañando se sintió perdida, desconcertada y sin poder reaccionar. Víctor reaccionó por ella, y cogiéndola de la cintura la cubrió con su chaqueta para evitar las fotos de los periodistas, que llegaban por todos lados. Una vez en el coche, Ana no pronunciaba palabra alguna.

–Lo siento, soy un personaje público y mi vida es de interés social. – explicó Víctor.

–Tú lo sabías, ¿verdad? ¡Cómo has podido jugar tan sucio!– gritó Ana con lágrimas en los ojos y sintiéndose traicionada.

A Víctor, por primera vez en su vida le remordió la conciencia haber hecho aquello, pero era su forma de zanjar el tema del colegio y atarla a él. El problema era que ahora la sentía alejarse de él tan rápido como se había acercado.

–Tú eras la que pensabas encadenarte al colegio y manipular a los medios de comunicación en contra mía. – dijo él, intentando defenderse.

–Siento haberte subestimado, ¿a quién has comprado de mis compañeros para que te dieran esa información?– preguntó Ana muy furiosa.

–A una tal Mónica– respondió él.

–Va a ser verdad que puedes comprar a quien quieras, – dijo Ana resentida. – menos a mí, yo jamás estaré en venta.

–A ti no tengo que comprarte, me perteneces desde el mismo instante que decidí que serías mía. – aseguró Víctor, cogiéndola por la cintura bruscamente y besándola a pesar de los intentos por parte de ella de impedirlo. Ana lo odiaba con todas sus fuerzas, pero a la vez lo deseaba como jamás había deseado a ningún hombre, y cediendo a su deseo dejó que él la tumbara bruscamente en el asiento de atrás de la limusina y comenzara a lamerle el cuello a la vez que le levantaba el vestido,

“No puedo permitirlo, tengo que detenerlo, esto tiene que parar, pero

no puedo, lo deseo, deseo tenerlo dentro de mí, necesito sentirlo dentro”, – pensaba confusa odiándose así misma por ser tan débil.

Ana comenzó a gemir y sin poder pensar más, se dejó llevar. Víctor la tomó como quien toma algo que efectivamente es suyo, sin detenerse, acelerado por la intensidad que Ana experimentaba, y excitado al saber lo mucho que ella lo odiaba en aquel momento y lo mucho que lo deseaba, hasta el punto de dejar su cuerpo en sus manos. Ambos llegaron al máximo placer y como siempre, se desplomaron jadeantes, intentando recuperar su respiración.

–Me ha sorprendido gratamente que no lleves nada debajo del vestido– susurró Víctor al oído de ella.

–¡Te odio! – grito ella empujándolo y saliendo de la limusina que ya llevaba rato parada delante de su casa. En ese momento la sorprendió una lluvia repentina. Los periodistas los habían seguido, y ahora Ana tenía que atravesar por medio de todos ellos para llegar a su casa.

Una vez estuvo dentro y empapada, cerró la puerta con llave y echó las persianas. Roberto salió corriendo hacia ella. – ¿Ana, que ha sido todo eso? ¡La casa está llena de periodistas!– pero Ana no tenía en ese momento palabras y lo único que necesitaba era a su amigo. Con lágrimas en los ojos se abrazó a Roberto y llora largo rato. Una vez se hubo calmado explicó todo lo sucedido desde el principio, Roberto no dijo nada, solo escuchó e intentó consolarla quitándole importancia al asunto.

A la mañana siguiente los periódicos de Panamá y las revistas del corazón se hacían eco de la noticia, “La soltería de Víctor Adietrich puede llegar a su fin”, “poderoso empresario descubierto en un apasionado beso con la mujer que ha conquistado su corazón” “¿Quién es la hermosa mujer que ha sacado a Víctor Adietrich del mercado?”, y los más indagadores decían... “Ana Martos, escritora de poesía infantil y profesora del colegio que su novio piensa derribar” “¿habrá sido una infiltrada en el colegio que su novio va a derribar?”.

–¿Hoy no vas al colegio?– Preguntó Roberto preocupado, viéndola tirada en la cama sin ganas de levantarse.

–No, no me encuentro bien, además, no puedo mirar a esa gente a la cara después de haber salido en toda la prensa de Panamá dándome un

beso apasionado con la persona que he estado hablando de destruir.–  
explicó Ana avergonzada.– además la puerta está llena de periodistas.  
–Respeto tu decisión, pero a veces es bueno enfrentarte a las cosas y  
no esconderte o huir cuando no salen como tu esperabas.– reprendió  
Roberto, segundos antes de coger el teléfono que no paraba de sonar.  
Se acercó con el teléfono en la mano y el auricular tapado– es para ti.  
–No quiero hablar con ningún periodista– cortó ella.  
–No se trata de ningún periodista, es Víctor y tiene algo importante  
que decirte.  
–No quiero hablar con él. – contestó Ana.  
–¡Habla de una vez con él e intentad solucionar esto como sea!–  
ordenó su amigo cansado de esta situación.

Ana, al verlo tan enfadado, aceptó el teléfono a regañadientes, – tienes un  
minuto, habla.

–Vale, déjame arreglarlo todo, prometo arreglar el tema del colegio si  
tú confías en mí y me abres la cancela cuando llame dentro de cinco  
minutos. – prometió Víctor.  
–Si es otro de tus trucos te pego un tiro con la escopeta de mi padre–  
amenazó ella muy seria.  
–¿Tienes escopeta? Recuérdame que te la confisque. – y diciendo esto  
colgó.  
A los cinco minutos llamo y Ana le abrió la cancela desde dentro de la  
casa, antes de que llegara abrió la puerta sin el menor interés y la dejó  
abierta para que entrara cuando llegara hasta allí.  
–¿Esas son formas de recibir a las visitas?– bromeó entrando al interior  
del salón. Ana se había vuelto a tumbar en el sofá, no se encontraba  
bien y tenía frío. Roberto se había ido antes de que Víctor llegara.  
–Que mal aspecto tienes, ¿te encuentras bien?– preguntó preocupado  
sentándose junto a ella y tocándole la frente. – estás ardiendo, debería  
verte un médico. ¿Y tu amigo, no es médico? – dijo buscándolo con la  
mirada.  
–Se ha ido al trabajo, ¿Qué quieres? – preguntó Ana impaciente por  
que soltara lo que iba a decirle y se fuera. En ese momento sonó el  
teléfono de Víctor, y al segundo colgó.  
–Pon la tele en el canal cinco. – dijo cogiendo él el mando que se

encontraba en el otro sofá y cambiando él mismo.

–¿Qué diablos haces tú hablando con los periodistas en la puerta de mi casa?– preguntó Ana cabreada.

–Calla y escucha– dijo él, subiéndole el volumen.

Ana escuchó con la boca abierta las palabras de Víctor a la prensa. En primer lugar afirmaba que mantenían una relación, que aún era pronto para hablar de boda pero que estaban juntos. Y en segundo lugar, explicó a la prensa que su intención desde que su querida novia le había hecho abrir los ojos con respecto a esos niños, era construir un colegio nuevo a los niños que por su culpa se iban a quedar sin él. Por lo que entre Ana y él no existía ningún tipo de guerra ni de conspiración como habían dicho algunos titulares de la prensa. Y terminaba diciendo que por favor dejaran de acosarlos, que su novia no estaba acostumbrada aún a todo esto y estaba un poco agobiada. En esas últimas palabras prácticamente les había ordenado que les dieran espacio, había zanjado el tema del colegio y había hablado sobre su relación con Ana.

–¡cómo les has podido decir que somos novios!– exclamó Ana tosiendo.

–¿Solo te has quedado con esa parte? Pensé que no eras tan cortita de miras– atacó Víctor, molesto por no ser gratificado al hacer la única buena acción de toda su vida. Claro, que en realidad no lo había hecho por los niños, lo había hecho por ella.

–Gracias, Víctor. Sé que no lo has hecho por los niños, sino para que me sienta mejor, pero de todas formas, gracias por ayudar a esos niños. – dijo Ana.

–Me esperaba algo más que un gracias, – susurro él acercándose a escasos centímetros de sus labios.

Ana se acercó a esos labios carnosos que tanto le gustaba besar y los presionó con los suyos hasta comenzar a sentir el cosquilleo al que ya estaba acostumbrada.

–Ana, estas ardiendo, voy a llamar a un médico ahora mismo. – dijo él, intentando soltarse de los brazos de ella para llamar por teléfono.

–No, estoy bien, solo cansada, – y tras decir esto se sintió tan débil que se dejó caer de nuevo en el sofá.

Víctor nunca había experimentado la intranquilidad de cuidar a alguien

enfermo, y el hecho de ver a Ana sin fuerzas en el sofá lo ponía muy nervioso. A los quince minutos apareció el médico, y tras reconocerla le diagnosticó un fuerte resfriado. Le mandó medicación y descanso. Víctor cogiéndola en brazos la subió a su dormitorio y la metió en la cama.

–¿Qué haces?– preguntó sorprendida de verlo aún con ella.

–Cuidarte, ¿no pretenderás que te deje en el estado que estás?– contestó él, quitándose la chaqueta y poniéndose a hacer llamadas.

–Vete, estoy bien– dijo Ana con un hilito de voz.

–Eso lo dice la persona que no puede moverse y a la que aún lo le ha bajado la fiebre. No voy a discutir contigo, he llamado a tu amigo y hoy no vuelve hasta la noche, aunque de todas formas me hubiera quedado. He pedido comida para mí, y para ti un poco de sopa. También he llamado a mi secretaria para que me traiga el trabajo aquí y anule mis citas. Así que como ves ya está todo hecho.

–Aún no te he perdonado del todo. – dijo Ana con una sonrisa.

–Lo sé, por eso pretendo expiar mi culpa cuidando de una pobre enferma, y si de camino tienes frío yo me meto contigo en la cama y te doy calor. – bromeó él.

Aquella noche, no podía quedarse Víctor con ella, ya que tenía una importante cena de negocios que le resultó imposible de aplazar. Se trataba de una inversión de unos americanos en un proyecto de gran envergadura que tenía previsto en Marruecos. Víctor pretendía hacer un hotel de lujo imitando un oasis en el desierto. Pero él nunca arriesgaba todo a una carta, se rodeaba de inversores que no tuvieran acceso a la mayoría de las acciones, pero que estuvieran dispuestos a invertir un cuantioso capital. Víctor se aseguraba de tener siempre el control de sus empresas, y por lo tanto, la mayoría de las acciones, pero para que todo saliera bien debía convencer a sus inversores de que sería todo un éxito.

Roberto relevó a Víctor en el cuidado de Ana, y estuvo toda la noche pendiente de ella, hasta tal punto que se quedó dormido junto a su amiga sin darse cuenta. A la mañana siguiente Víctor llamó a la puerta, y el servicio al reconocerlo por las portadas de las revistas como el novio de su señora lo dejaron pasar.

–La señora está dormida, ¿quiere que la avise?– preguntó la sirvienta.

–No, yo mismo la despertaré– y subiendo las escaleras de dos en dos se metió en la habitación de Ana, pero la imagen que vio no era la que esperaba ver.

En la cama de Ana estaba Roberto en pijama, durmiendo junto a ella. Víctor comenzó a encenderse de celos y a ponerse cada vez más furioso. Carraspeó bastante cabreado, Roberto que no se lo esperaba, se asustó y dando una vuelta rápida en la cama aterrizó en el suelo.

–¡Aaaaau!– dijo tocándose la cabeza, pero al ver que estaba allí el todo poderoso Víctor Adietrich se levantó rápidamente del suelo y se quedó sin saber muy bien que decir.

–¿Cómo ha pasado la noche?– preguntó Víctor con mala cara acercándose a ella, y como si fuera un perro queriendo marcar su territorio, soltó la chaqueta en una silla y se sentó en la cama cerca de Ana, que aún dormía.

–Se ha despertado varias veces pero luego ha dormido toda la noche. – explicó su amigo sintiéndose en medio. – Bueno, yo...voy a irme al trabajo. – y sin más explicaciones salió apresuradamente.

Víctor seguía cabreado por la escena que acababa de presenciar, pero el hecho de tener a Ana allí dormida hizo que se le olvidara por un instante sus celos. Con ternura acercó sus labios a los de ella y la besó dulcemente haciendo que poco a poco Ana se desmereciera y comenzara a abrir los ojos.

–¿Qué haces aquí?– preguntó nada más verlo. ¿Hemos pasado la noche juntos? ¿Dónde has dormido?

–Pues lamentablemente no hemos pasado la noche juntos, pero se ve que otros no te importa que la pasen contigo. – acusó él, levantándose de la cama y recuperando de nuevo el cabreo olvidado.

–¿De qué me estás hablando?– preguntó Ana sentándose en la cama y encontrándose milagrosamente mucho mejor que el día anterior.

–Estoy hablando de que cuando he llegado he descubierto a tu amigo contigo en la cama durmiendo. – dijo Víctor paseándose por el dormitorio.

–¿Y? – dijo Ana poniéndose furiosa al intuir por donde iban los derroteros.

–Pues que eres mía y no voy a compartirte con nadie. No quiero que

vivas con él, te doy una semana para venirte a mi apartamento. – y girándose se dispuso a desaparecer por la puerta.

–¡Quieto! – exclamó Ana haciendo que éste se detuviera en medio de la puerta. Se levantó de la cama con su camisón rosa pastel y se enfrentó a Víctor – En primer lugar: no soy tuya; en segundo lugar: no voy a irme a vivir contigo, y en tercer lugar... en tercer lugar... ¡no me acuerdo de que iba a decir en tercer lugar! Lo que sé es que me duele aún la cabeza, y creo que el dolor me lo provocas tú, así que ahora mismo no estoy para discutir. – dijo ella sentándose en los pies de la cama y tocándose la frente.

–Sí, decididamente estás mejor, ya tienes ganas de pelear. – dijo Víctor acercándose con su mirada sensual a ella– lo que no sabes es que conmigo es tontería pelear, yo siempre me salgo con la mía, así que no discutas y haz lo que te digo– dijo en tono condescendiente acercándose a sus labios y besándola con fuerza. Ana ya había desistido en su empeño por resistirse a Víctor, pero eso no quería decir que hiciera lo que él ordenaba.

–¡Yo no trabajo para ti!– gritó Ana cabreada viendo como él le daba la espalda y desaparecía por la puerta, ¡bueno... sí que trabajo, pero no directamente! ¡lo que quiero decir, lo que quiero decir es...bueno, no sé lo que quiero decir, pero no pienso hacer nada de lo que me ordenes!– gritó Ana frustrada asomándose a la escalera.

–¡Hasta luego amorcito!– se despidió Víctor desde el último peldaño de la escalera sin volverse si quiera a mirarla.

–¡Aaaaaaaa!, ¿no me escuchas? ¡no pienso hacer de tu novia!– pero Víctor ya estaba saliendo por la puerta. Si Ana hubiera podido verle el rostro, habría descubierto una sonrisa triunfadora.

## CAPITULO IV:

Ana pasó recuperándose en casa tres días más, y su cabreo no había disminuido en absoluto, cuando al cuarto día volvió al trabajo del hospital. Víctor no apareció por allí, por lo que el primer día de Ana, a pesar de pasarse la tarde entera mirando hacia la puerta, fue tranquilo. A la mañana siguiente, Ana decidió enfrentarse al problema e ir al colegio a dar las explicaciones pertinentes que se merecían. Una vez salió al medio día del colegio, se sintió feliz. Todos escucharon la versión de Ana, en la que por supuesto, omitió la parte en la que se tiraba al egocéntrico tirano del señor Adietrich. Todos estaban felices con la noticia del nuevo colegio, ya que seguirían siendo los mismos profesores pero en un centro nuevo. Pero lo mejor de todo fue que Ana seguiría dando clases hasta final de curso.

Cuando salió de allí se sintió feliz, pero le extrañó no ver a su chófer, normalmente estaba siempre en la misma puerta. Cogió el móvil para llamarlo, pero el sonido estridente de una moto llamó su atención y con el móvil en la mano observó embobada como un motorista con cazadora de cuero y vaqueros desgastados aparcaba una Harley Davidson delante de ella.

Aquel desconocido por el que se sintió atraída se quitó el casco— ¿vienes a dar una vuelta?— preguntó Víctor ofreciéndole un casco negro como el suyo que llevaba colgado en el brazo. Ana se quedó tan sorprendida que no supo que decir, así que cerrando la boca, movió la cabeza afirmativamente y se acercó a la moto.

—No sabía que tenías una moto— dijo antes de subirse.

—No sabes nada de mí, pero yo te enseñaré como soy. — y tras decir

esto arrancó fuertemente la moto haciendo que Ana tuviese que agarrarse forzosamente a su cintura.

A Ana le encantaba la sensación de libertad que experimentaba en las motos, pero especialmente, la sensación de seguridad que sentía cuando estaba con Víctor.

–¿Dónde me llevas?, porque por aquí no se va a mi casa. – preguntó ella sin sorprenderse ya de las decisiones de él.

–Voy a llevarte a almorzar a uno de mis restaurantes. – explicó Víctor.

–¿Tienes más de uno?– preguntó ella, haciendo que Víctor soltara una carcajada y no se molestara en contestarle.

Cuando la moto paró Ana sólo veía playa, – ¿Vamos a comer en la playa? no sabía que te habías vuelto tan romántico de repente.

–No, no me gusta la playa, – contestó Víctor, dejando sorprendida a Ana. – vamos a almorzar allí.

Víctor señaló lo que parecía un faro. En toda la playa no había nada a excepción de aquel faro, y Ana no podía dejar de preguntarse qué tipo de restaurante era aquel.

El faro estaba cerca de la playa, pero a pesar de tener que atravesar una considerable distancia desde la acera hasta el restaurante, no supuso problema para Víctor, ya que había un camino de madera limpio de arena que los llevaba directamente dentro.

Una vez en el interior, una persona los acompañó en el ascensor hasta arriba, donde los aguardaba un camarero para indicarles la mesa. Ana estaba encantada con las vistas, aquello parecía un auténtico faro, desde su mesa se podía ver el mar y el ambiente era acogedor y retirado de cualquier tipo de aglomeración.

–¿Te gusta?– preguntó Víctor, sintiendo por primera vez en su vida que deseaba agradecerla.

–Es precioso, me encanta. – contestó ella sin dejar de mirar el mar.

La cena fue relajada, por primera vez desde que se conocieron parecía que habían enterrado el hacha de guerra. Cuando terminaron y salieron a coger la moto a Ana se le antojó pasear por la playa.

–No me gusta la arena. – respondió Víctor sin moverse de la tarima de madera.

–¿Pero por qué? No me seas soso, el mar es precioso, vamos– y tirando de él consiguió convencerlo para que se quitara las zapatillas y anduviera descalzo por la arena.

–No entiendo como no te gusta la playa. – comentó Ana mirando a lo lejos y acercándose cada vez más al rompeolas.

–Es algo que no puedo controlar– explicó Víctor.

–A mí tampoco me puedes controlar y sin embargo has almorzado conmigo. – dijo Ana intentando convencerlo.

–En ti ya me he sumergido, y sí que te controlo. – contestó él, con sonrisa picarona. La cogió de la cintura y la pegó a él, con suma lentitud dio un suave mordisco en el lóbulo de la oreja de ella, bajando por su cuello. Ana se sintió pesada y se agarró al cuello de él con fuerza.

–¿Ves cómo te controlo?– aseguró triunfador.

–Solo si estás cerca. – contestó Ana con los ojos cerrados y ensimismada en las caricias de él.

–Vale, ya es hora de irnos. – dijo repentinamente cogiéndola de la mano y tirando de ella fuera.

Después de las consiguientes protestas por lo sucia que era la arena, se puso las zapatillas y ambos salieron en dirección a la ciudad.

Ana le pidió que la llevara directamente al hospital, antes de empezar las clases quería alargarse a ver a una de sus alumnas que la habían operado.

Cuando Ana bajó de la moto, se quitó el casco y se lo devolvió.

–Te quedan tres días para venirte a mi casa, espero que estés preparando tu equipaje, si no, me veré obligado a comprarte la ropa yo.

– Amenazó Víctor antes de salir a gran velocidad con su moto.

Ana no tuvo tiempo de decirle nada, ya se le había olvidado la estupidez de irse a vivir con él, pero sabía que tendría que volver a retomar la discusión y aclararle su decisión.

Al día siguiente no lo vio, y la verdad es que tampoco había tenido demasiadas ganas de discutir el tema por teléfono.

Aquella noche, Ana había sido invitada a una fiesta a la que asistiría el personal del hospital y a la que iban a gastos pagados por la amable cortesía del señor Adietrich. Esta vez eligió un vestido azul marino que hacían juego con sus ojos, era de corte clásico, una pala de honor que

se ajustaba a su cintura saliendo a partir de ahí una especie de tutú que le llegaba por encima de las rodillas. Antes de salir Roberto se burló de ella diciendo que parecía una bailarina, pero Ana sabía muy bien que era la última moda en Nueva York, y sin hacer caso a sus bromas se decidió por ese atrevido y nada común vestido. Aquella noche estaba tranquila, según le habían dicho el señor Adietrich jamás iba a esas fiestas. Le llamaban fiesta y no cena, porque es acontecimiento se desarrollaba en unos jardines con barras de bar por todos lados y música. Los camareros estaban continuamente sacando bandejas de canapés y bebidas, pero a excepción de unos pocos taburetes alrededor de cada barra, no había ningún otro asiento.

Ana se lo estaba pasando bien, había conocido a mucha gente que en el día a día no tenía tiempo de conocer, en aquel momento se encontraba hablando con uno de los cirujanos amigos de Roberto. Le estaba contando todo tipo de anécdotas divertidas, y Ana no podía dejar de reír, pero de pronto Adrián dejó de hablar y miró incomodo a la espalda de ella. Ana se percató del cambio e instintivamente se giró.

–Parece que os lo estabais pasando muy bien. – dijo Víctor con los ojos llenos de una furia contenida que ella conocía muy bien. La agarró posesivamente por la cintura y tiró de ella besándola delante de todos. Fue un beso corto y posesivo, Ana se sintió como si le hubiera puesto una cadena invisible al cuello y estuviera tirando de ella. Adrián se disculpó y se fue rápidamente desapareciendo del campo de visión de ambos.

–¿Se puede saber que ha sido eso?– susurró Ana más cabreada que nunca.

–Eso ha sido un simple beso, ¿es que querías algo con ese médico y yo te he fastidiado el plan?– preguntó el encendido de celos.

–No puedo seguir con esto. – dijo Ana huyendo de la fiesta. Ya estaba en la puerta cuando escuchó los pasos de él tan característicos.

“Nadie anda como él, tan seguro de sí mismo, tan poderoso que hasta el suelo parece dar eco a sus pisadas, pero yo no soy suya, yo soy libre de estar con quien quiera y donde quiera, él no es nadie para decirme lo que tengo que hacer, él no es nadie”. – pensó mientras aceleraba el paso por la calle para que él no la alcanzara. En aquel instante pasó un taxi y al no ver

a su chófer decidió correr a cogerlo y deshacerse de Víctor. Una vez en el taxi vio como Víctor corría hacia atrás, y pensó que por lo menos aquella noche no volvería a verlo.

Cuando ya estaba empezando a relajarse en el asiento trasero del taxi, escucho un sonido estridente como de moto que provenía de atrás. Se volvió y no pudo creer lo que veía, “aquel hombre estaba loco de remate, la estaba siguiendo en su Harley, sin casco y vestido de traje”.

Cada vez se acercaba más a ellos, y ya estaba tan harta de aquella situación que le dijo bruscamente al taxista que se detuviera, cuando el coche se detuvo, Ana salió de él encrespada, y se dirigió a donde él había detenido su moto unos metros más abajo.

–¿Pero es que te has vuelto loco?– gritó malhumorada y haciendo aspavientos con las manos. – ¡Se puede saber qué coño estás haciendo! ¡La próxima vez llamo a la policía! ¡no soy nada tuyo y nunca lo seré! ¿te enteras, o prefieres que te lo escriba con notario delante?

–Víctor bajó de la moto y sin decir ni una sola palabra se arrojó a por ella cogiéndole la cabeza con ambas manos y besándola con desesperación, hizo que la furia de ella se convirtiera en gelatina poco a poco. Ana se sujetó a las solapas de su chaqueta, ya que sus piernas comenzaron a flaquearle y su cuerpo empezó a arderle. La lengua de él profundizaba cada vez más en su boca y el resto del mundo dejó de existir para ella.

–Eres mía, solo y exclusivamente mía, no quiero que nadie que no sea yo te haga reír, no quiero que te toquen, o te miren. Yo soy quien te toca,– dijo Víctor sentándola en su moto y abriéndole las piernas para que lo rodeara con ellas.– yo soy quien te besa, y quien te posee, el único que puede decir tu nombre, el único que puede verte dormir y el único que te hace sentir de ésta forma.– volvió a besarla y dejándola en un estado de semi inconsciencia en la moto, se acercó rápidamente a la ventanilla del taxista y le tiró al interior un billete muy superior al trayecto que le iba a cobrar. Cuando a los dos segundos volvió, Ana aún no había tenido tiempo de reaccionar, por lo que besándola de nuevo, la sujetó por la cintura y la sentó delante de él en la moto. Mientras conducía a toda velocidad, le besaba el cuello y acariciaba su

cuerpo todo lo que la conducción le permitía. Ana, con los ojos cerrados y apontocada en él se retorció de placer como si la estuvieran torturando.

Víctor aparcó en una de las plantas de su edificio que era exclusivamente suya, ya que tenía gran variedad de coches. Una vez aparcó, la cogió en brazos y subió las sesenta plantas hasta su apartamento. Ana no sabía dónde iba ni donde se encontraba, solo sentía los labios de Víctor recorrer su cuerpo, sentía el sendero húmedo que dejaba la lengua de él al lamerla y sobre todo podía sentir la excitación que aumentaba conforme se acercaban a su apartamento.

–Malditas sesenta plantas...– protestó él, poniéndola contra la pared del ascensor a horcajadas.

Ana ciñó sus piernas en torno a él se dejó llevar. El ascensor paró en seco, y Víctor atropelladamente salió de él con ella aún a horcajadas, se fue directo al dormitorio y una vez allí la soltó acariciando sus piernas e intentando desabrochar aquel endemoniado vestido que cada vez lo excitaba más. La visión de los pechos de ella a punto de estallar por encima del vestido no hacían más que acrecentar la desesperación de él por liberarlos, y cuando por fin la cremallera cedió, dio un tirón rasgando parte del corsé, y tirándolo a un lado comenzó a arder en el fuego que ambos habían comenzado. Jadeantes y exhaustos, descansaron unos minutos, pero el simple sonido de la respiración agitada del otro, los excitaba y volvían a comenzar el camino hacia el clímax una y otra vez.

A la mañana siguiente, Ana despertó entre sábanas blancas de raso, desnuda y desorientada aún. Le dolía la cabeza, y lo único que recordaba era haber estado haciendo el amor toda la noche con Víctor. En aquel instante salió él de la ducha, llevaba el pelo mojado y una toalla alrededor de su cintura. Sin darse cuenta de que Ana estaba despierta y observándolo, se sacudió el pelo agitando la cabeza de un lado a otro.

–Le parece al perro de mis padres cuando lo bañamos– se burló Ana riéndose desde la cama.

Víctor que no se esperaba ese comentario, le pareció divertido, y con una sonrisa seductora se acercó a ella.

–¿Esto también lo hace el perro de tus padres?– susurró al oído de Ana poniéndose encima de ella a cuatro patas. Ana aguantó la respiración mientras él le mordía el cuello eróticamente, provocando de nuevo la excitación que la había acompañado toda la noche.

–A este ritmo no voy a poder moverme de la cama– dijo Ana metiendo sus dedos entre el pelo de él y tirando hacia ella para besarlo.

–Mejor, no tienes que hacer nada excepto quedarte en la cama y esperar que yo te tome una y otra vez. – dijo Víctor acallando las protestas de ella con un intenso beso. Después dejó caer su toalla a un lado y comenzó a recorrer su cuerpo con la lengua. Cuando bajó a sus muslos, Víctor vio la oportunidad de marcarla como suya y no la desaprovechó, por la parte interna del muslo, donde la piel es más sensible, succionó fuertemente haciendo que Ana se retorciera de placer. Ana sintió un intenso dolor que extrañamente le produjo una sensación inexplicable de goce que la hizo pedir a Víctor entre gemidos que la tomara ya. Víctor se sintió satisfecho al ver el resultado de aquella pequeña travesura posesiva, y sin demorarse más la tomó intensamente y la llevó hacia el mismo placer que habían experimentado ambos durante toda la noche.

Una vez recuperada, Ana se levantó de la cama y fue hacia el baño, – voy a ducharme, – anunció sintiéndose dolorida por todo el cuerpo. A los dos segundos de haber entrado, pego un gritito y salió rápidamente– ¿se puede saber que pretendías con esto?– acusó ella señalando el morado que le había salido en la parte interior del muslo.

–Que no te pongas esos vestidos tan cortos en una temporada, ¿crees que he logrado mi objetivo?– preguntó Víctor con una sonrisa burlona.

–¡Lo peor de todo es que lo reconoces!– dijo Ana exasperada entrando de nuevo en el baño.

–¿A las mujeres no os gusta la sinceridad?– preguntó Víctor desde fuera, obteniendo como respuesta un gruñido de Ana a través de la puerta, y provocando en él una sonrisa.

Cuando Ana salió del baño mojada y envuelta en una toalla, intentó ponerse su vestido, y tras varios intentos desistió, la cremallera estaba rota, y parte de abajo estaba rasgado. “Víctor se iba a enterar cuando lo

pillara, pero no iba a pasearse por su apartamento desnuda”. En una de las sillas había una camisa de él y decidió ponérsela para afrontar la batalla. Salió del dormitorio pero no vio ni rastro de Víctor, había dos dormitorios más, un gimnasio, una biblioteca y una sala de billar con un mini bar. Ana vio las escaleras y pensó que no debía seguir fisgoneando, que debía buscarlo, y pedirle ayuda con el vestido. Bajó hasta la mitad de las escaleras, pero una voz femenina la detuvo.

–Yo siempre estaré disponible para ti, – dijo una mujer con voz empalagosa– lo que no entiendo es que has visto en esa mujer insípida.

–Todo lo que no he visto en ti, Carmen – contestó Víctor sin ningunos escrúpulos.

–¿Hice algo mal? Siempre que me necesitabas estaba a tu lado, nunca te he pedido nada, y a cambio me das la espalda y me cierras la puerta para siempre. – argumentó ella desesperada.

–Carmen, yo nunca te prometí nada, tú estás casada y no nunca tuve intención de hacer cambiar tu estado, yo jamás he querido nada serio contigo. – aclaró él, – ahora si me permites, estoy ocupado.

–Cuando te canses de ella estaré esperándote.

En ese momento Ana decidió mostrarse, así que desnuda y con la camisa blanca de Víctor que no le tapaba demasiado, bajó las escaleras y ambos se quedaron en silencio por un momento mirándola. Ana no dijo ni una palabra, tampoco habría sabido que decir. Se sentía como una intrusa, pero por algún extraño motivo que no alcanzaba a comprender, quería que aquella mujer viera que había pasado la noche con él.

Víctor, con un pantalón de lino legro, se hallaba en aquel momento sujetando la puerta para que la mujer saliera, y viendo que Carmen se había quedado sorprendida al ver a Ana, carraspeó y le indicó que estaba impacientándose.

–Tengo cosas que hacer, si eres tan amable de salir...– dijo directamente él, haciendo que la mujer reaccionara y saliera precipitadamente del apartamento.

Una vez cerró la puerta, se fue directo a la cocina americana que tenía en una esquina del gran salón.

–¿Quién era esa mujer?– preguntó Ana.

–Nadie, – contestó Víctor sentándose a desayunar.

–Para no ser nadie, te ha hablado con mucha familiaridad. – contestó ella, molesta por la escueta respuesta de él.

–He pedido el desayuno, espero que te guste– contestó él. – Por cierto mi camisa te queda muy bien.

Ana se acordó de lo que tenía intención de decirle– pues si me la he puesto, fue porque alguien anoche me rompió el vestido, y ahora no tengo con que irme.

–Pues no te vayas– señaló él subiendo los hombros y comiéndose un croissant mientras se leía unos informes.

–Yo no sé si es que hablo para las paredes, o es que hablo otro idioma, te he repetido infinidad de veces que no me voy a quedar. Víctor, tengo mi vida organizada, pero desde que te has colado en ella todo se ha puesto patas arriba. No puedo reír con un compañero de trabajo sin que tú me montes un espectáculo, no puedo vivir con mi mejor amigo porque te pones celoso, y no puedo llevar vestidos cortos porque no quieres que nadie me mire. – dijo Ana, intentando aclarar de una vez por todas las cosas entre los dos.

–Ríete solo conmigo, vive conmigo, y desnúdate solo ante mí. – contestó él sin mirarla siquiera. Soy muy fácil de complacer, ¿no crees?

Ana comenzó a exasperarse, intentaba razonar con un hombre que compraba a la gente, y que estaba acostumbrado a que las mujeres le suplicaran.

–El problema es que yo no deseo complacerte, quizás deberías acudir a esa tal Carmen, seguro que si le pidieras que se tirara desde lo alto del rascacielos lo haría. – contestó ella con una pizca de celos de esa mujer. Según Ana había visto, se trataba de una mujer mayor que ella, pero muy hermosa. De pelo ondulado y moreno, y tan alta como Víctor, también era delgada y desprendía el glamour al que él seguro estaba acostumbrado.

–Víctor, no soy de tu propiedad, eres un hombre demasiado caprichoso como para que algo te dure más de una temporada. Yo no estoy dispuesta a ser tu temporada, no quiero que dejes mi vida destrozada. Me vine huyendo de Nueva York para comenzar una nueva etapa, y no

quiero tener que huir de aquí porque tú te hayas encaprichado de mí. – aclaró sinceramente Ana.

–Si como tú dices, eres un capricho pasajero, ¿Qué pierdes?– dijo él mirándola por primera vez desde que empezaron a desayunar.

–¿Mi libertad? ¿a mis amigos? ¿mi intimidad? ¿quieres que siga?– pregunto Ana retóricamente.

–Ganas un sexo increíble conmigo, seguridad, dinero, poder... ¿quieres que siga?– contestó él, dejando la misma pregunta de ella en el aire.

Ana se levantó repentinamente– estoy cansada de este juego, me voy.

– El lunes quiero que tus cosas estén aquí, te quedan dos días y aún no he visto que prepares nada. – dijo desde el mostrador.

– ¿Es que no escuchas? ¡No pienso venirme a vivir contigo!– dijo Ana desesperada.

– La que no escuchas eres tú– y levantándose de un salto, se puso a la misma altura que ella y a escasos centímetros de su boca. – Si el lunes no estás aquí despediré a tu amigo el médico.

Ana se quedó pálida, no comprendía cómo podía sentirse atraída por aquel ser tan ruin, de un empujón se separó de él.

–Eres... eres... no se en estos momentos como llamarte, – titubeó mientras se alejaba de él con una mezcla de sentimientos encontrados.

– no puedes hacer eso, Roberto no tiene nada que ver en esto, no puedes despedirlo.

–Sabes que me da igual, así que yo que tu no me pondría a prueba. – Amenazó él, dándole la espalda.

Ana no podía creer lo que estaba haciendo, estaba comprándola con amenazas. Estaba tan furiosa que salió del apartamento tal y como estaba, antes de salir del dormitorio había llamado a su chófer y le había indicado que la recogiera en aquella dirección, por lo que cuando llegó abajo entro rápidamente en el coche.

El chófer se quedó sorprendido al verla en camisa y descalza.

–¿Se encuentra bien señorita?– preguntó algo preocupado.

–Sí, todo bien, llévame a casa. – contestó escuetamente Ana.

Víctor, cuando la vio salir no tuvo tiempo de detenerla, jamás hubiera imaginado que saldría a la calle semidesnuda. Aquella mujer lo estaba volviendo loco, no podía concentrarse en sus negocios, llegaba tarde a las reuniones, y se pasaba el día preguntándose cómo podría capturar a aquel animal salvaje que tanto ansiaba tener.

Ana, una vez en casa, no quería contarle a su amigo nada de lo ocurrido, sabía que se sacrificaría por ella. Pero aquel era su futuro, ella solo había sido una piedra en el camino de Roberto, una carga que había tenido que sobrellevar todo ese tiempo.

Por otro lado, sabía que Víctor era muy capaz de despedirlo, la había manipulado en el tema del colegio y le había dado los fines de semana libres en el hospital. Durante todo el fin de semana estuvo dándole vueltas a la cabeza, y dio con una especie de solución temporal. No iba a ser tan fácil tenerla, no iba a esperar a que él se cansara de ella y luego la echara, pero para eso debía verlo y llegar a un trato con él.

La noche del domingo quedó con él su despacho, si quería que se fuera a vivir con él tendría que acceder a algunas exigencias.

Ana estaba nerviosa, había engañado a su amigo, y sentía que estaba sola en esto. A las diez de la noche, y vestida con falda ajustada por debajo de las rodillas y camisa blanca, se presentó en la oficina de él. Cuando Víctor la vio sintió que la sangre le hervía, otras veces había pensado que quizás fuera porque enseñaba demasiado, pero en ese momento se dio cuenta de que el problema era ella, con todo lo que se ponía estaba atractiva y sensual.

–Ya no sé qué voy a prohibirte que te pongas, todo te queda perfecto. – dijo él seductoramente mirándola de arriba abajo.

Ana se calentó con aquella simple mirada, pero se dijo así misma que no estaba allí para eso.

–Mañana por la mañana estaré en tu casa si entras conforme con mis condiciones. – declaró ella.

–Adelante, – dijo Víctor, sentándose encima de la mesa e indicándole a ella que se sentara en la silla.

Ana no estaba dispuesta a acercarse demasiado a aquel hombre que con una simple mirada tenía el don de acalorarla, por lo que se quedó dónde estaba.

–En primer lugar, creo que me quieres porque no me tienes– comenzó a decir ella.

–Siempre te he tenido– apuntó él con su habitual seguridad.

–El caso es, que ya que creo que soy un capricho pasajero, voy a irme a vivir contigo dos meses. Estoy segura de que dentro de dos meses te habrás cansado de mí e intentarás alejarme de tu vida. Por otro lado, quiero que hagas fijo a Roberto, y por supuesto le subas el sueldo. Y por último, como en todos los divorcios, la mujer se lleva una pensión, yo no quiero tu dinero, pero sí que quiero que como regalo de bienvenida me construyas una galería de arte, tengo una amiga en Nueva York que es pintora y quiero darle una oportunidad. – expuso Ana, dispuesta a regatear con él.

–En vez de dos meses que sean cinco,– contestó Víctor,– con respecto a tu amigo, si le subo el sueldo le tendré que dar más trabajo, ya lo que tu decidas, y la galería dime donde la quieres y te la construiré.

Ana se quedó tan sorprendida por lo rápido que había aceptado que no supo que decir a continuación.

–Eso sí, si rompes nuestro acuerdo: despediré a tu amigo, destruiré la galería de arte y no construiré el colegio que he prometido. – amenazó él.

A Ana se le hizo un nudo en la garganta, “¿aguantaría viviendo con él cinco meses?, no hay problema, seguro que a los tres meses se ha cansado de mí”– y con una sonrisa se acercó a él y le tendió la mano para dar a entender que aceptaba.

Víctor, la cogió de la mano y tiró de ella, hasta acercarla a él– estoy deseando que llegue mañana– dijo susurrando provocativamente al oído de ella.

Ana comenzó a ponerse nerviosa por la proximidad y girando rápidamente se soltó de su mano y se dispuso a marchar. Pero Víctor necesitaba ponerla nerviosa, saber que con cada una de sus caricias la excitaba hasta

puntos insospechados, haciendo que se sintiera triunfador. Sin dejarla marchar aún, la agarró por detrás y pegándola a él acarició su cuerpo por encima de la ropa mientras besaba su cuello. Ana se arqueó inconscientemente hacia él dejando su garganta al descubierto. Pero esa noche, Víctor quería que sufriera, que se sintiera frustrada y ansiosa de verlo al día siguiente, por lo que de pronto se apartó de su lado dejando un vacío en el que Ana no sabía reaccionar. Perdida aún en el deseo que había consumido su determinación, intentó sobreponerse y con dignidad se dirigió al ascensor.

–Nos vemos mañana, – dijo Víctor con sonrisa triunfadora, y sin darle importancia a lo que acababa de ocurrir. Le dio la espalda a ella y miró a través de los cristales, principalmente para cerciorarse de que el chófer de Ana estaba esperándola en la puerta.

Ana llamó a su amiga aquella noche para preguntarle si querría exponer sus obras en la galería que Víctor se había comprometido a construir para ella.

–¡Aaaaaaaaahhhh!– se escuchó un grito al otro lado del teléfono. – ¡por supuesto que sí, estoy deseando verte!

Ana rio abiertamente ante el entusiasmo de su amiga– Aún no te he dicho que necesito que aceptes el trabajo de subdirectora del museo, seguramente no voy a tener demasiado tiempo de ocuparme como debería del museo. Entre el hospital y el colegio no creo poder dirigirlo como querría...

–¡Aaaaaahhhh!– se escuchó otro grito. – Espera, cual es el truco, porque nada puede ser tan bueno. – dijo Alexia muy seria.

–Tienes razón... hay una pequeña condición...– dijo Ana.

–Vale, suéltalo, – apremió Alexia.

–Tienes que venirte a vivir con Roberto a mi mansión de lujo– explicó Ana,– yo he hecho un trato con Víctor y tengo que irme a vivir con él durante cinco meses, y la verdad... no me gustaría dejar solo a Roberto, no quiero tenerlo todo el día preocupado por mí.

Al otro lado solo se escuchaba silencio, y de pronto un ruido indicando que alguien iba a contestar.– perdona, Ana, es que me he caído de la silla de la impresión– dijo riéndose.– No me lo puedo creer, ¿Tu que

eres, santa Claus?

Cuando Ana colgó se sentía satisfecha de su decisión, pero ahora tocaba lo más complicado, convencer a Roberto de que era ella la que había chantajeado a Víctor a consecuencia de la insistencia de éste en que se fuera a vivir con ella. Había decidido no contarle nada acerca de la amenaza de despedir a su amigo. Roberto hubiera reaccionado mal, ya que Víctor no le simpatizaba, y jamás hubiera permitido que ella se sacrificara por él. “claro que en realidad no iba a ser tanto sacrificio, sexo durante cinco meses, o menos si se cansaba de ella antes”– pensó Ana, preparándose para pasar al ataque con Roberto.

## *CAPITULO V:*

A la mañana siguiente, Ana se despidió temprano de Roberto, ya que se iría después del colegio y él estaría en el hospital.

–¿Estas segura de lo que vas a hacer? Ese tipo es un manipulador, no quiero que te haga daño, para él eres solo un capricho. – opinó Roberto abrazándola.

–No te preocupes, no voy engañada, y además, su capricho le va a salir muy caro– dijo Ana con una sonrisa intentando tranquilizar a su amigo.

–Y... tú amiga... ¿Cuándo has dicho que viene? – preguntó Roberto inquieto.

–Dentro de dos semanas– contestó Ana riéndose, – seguro que os lleváis de maravilla. – y dándole un beso en la mejilla se fue al trabajo apresuradamente.

La mañana pasó rápido, estaban a final de curso e intentaban dar toda la materia obligatoria, por lo que no podían perder ni un segundo. Por otro lado, desde que sus compañeros sabían que era la novia del todo poderoso señor Adietrich, la trataban con demasiado respeto. A Ana le hubiera gustado sentirse una más de ellos, pero ya tenía asumido que eso iba a ser imposible, así que se conformó con que sus alumnos la trataran como siempre.

Cuando salió se sentía agotada, y la idea de recoger sus maletas e irse a casa de Víctor la agotaba aún más. Se paró en la puerta esperando ver llegar a su chófer, pero en vez de eso, vio llegar al chófer de Víctor con su espectacular limusina.

Ana suspiró y decidió no discutir, de todas formas él ya habría anulado a su chófer. Se subió a la limusina por la puerta que le había abierto David, que era el nombre del chófer de él.

–David, no es que no me gusten las limusinas, ¿pero podrías venir la próxima vez con un coche un poco más discreto? este no es barrio de limusinas. – expuso Ana.

–Por supuesto, señorita, la próxima vez intentaré traer algo menos llamativo. – aseguró él.

Ana se sentía resignada, tendría que acostumbrarse a ciertas cosas si no quería que Víctor rompiera el contrato antes de construirle el museo y de subirle el sueldo a su amigo. Estaba absorta en sus pensamientos cuando se dio cuenta de que no iba camino de su casa sino del apartamento de él. Cuando preguntó a David, éste le dijo que tenía órdenes de su señor de llevarla directa al apartamento.

“Allá él, si quiere perder tiempo... si no me da lugar a trasladarme hoy, me trasladaré mañana”– pensó alegre.

David la dejó en el ascensor, ya que para acceder al apartamento de Víctor se debía introducir una llave que sólo tenía su chofer, también

se podía acceder a través de la huella dactilar de Víctor. Una vez introdujo la llave, subió las sesenta plantas preguntándose por qué la habría hecho ir directa allí. Las puertas del ascensor se abrieron y la dejaron en el recibidor de moqueta roja, que adornado con una enredadera de pequeñas luces en el techo, daban la sensación de advertir del peligro.

–No te quedes ahí, el almuerzo llegará de un momento a otro y querrás ponerte cómoda ¿no?– apremió Víctor acudiendo a por ella. Besándola con tranquilidad saboreó sus labios uno a uno con especial calma, y luego la hizo pasar.

–Víctor, no tengo mis maletas, ya se lo he dicho a David, pero me ha traído directamente aquí, así que o mandas que me las traigan o tendré que mudarme mañana. – dijo ésta intentando alargar el momento del traslado.

–No digas tonterías, ¿acaso crees que yo hago las cosas porque sí?, ven– ordenó él cogiéndola de la mano y llevándola consigo al interior. Subieron las escaleras y una vez en la parte de arriba en la que se hallaban los dormitorios, se dirigió al suyo.

–No creo que ahora sea momento de...– dijo ella excitada por el mero hecho de entrar en el amplio dormitorio en el que días antes habían hecho el amor durante toda la noche.

–No es a eso a lo que te he traído, claro que tampoco estaría mal. – dijo riéndose– te quería enseñar tu ropa.

Tras decir aquello, abrió una puerta que la otra vez no estaba ahí– He comunicado la habitación del al lado con nuestro dormitorio y te he construido un vestidor. Ahí tienes todo lo que necesitas para estos cinco meses, si vas a ser mi novia, tienes que ir acorde con mi categoría de señor todo poderoso. – bromeó él.

Ana no se atrevía a asomarse al vestidor, aún no podía creer que hubiera hecho en un día una puerta.

Bueno, te dejó que te duches y te cambies– dijo él, al ver que Ana se había quedado muda, y saliendo la dejó a solas, con la puerta del vestidor abierta y sin atreverse a entrar.

Una vez se quedó sola, decidió asomar la cabeza por la puerta. En aquel instante casi se cae de espaldas de la impresión, ante ella había una habitación convertida en el vestidor más alucinante que jamás

hubiera visto. El testero derecho estaba cubierto por todo tipo de calzado, desde zapatillas de deporte hasta zapatos de los mejores diseñadores de todo el mundo. La parte frontal tenía colgados infinidad de vestidos: largos, cortos, de coctel, formales e informales, la parte izquierda estaba llena de trajes de todas las marcas importantes. Los cajones que se abrían por toda la parte inferior estaban llenos de camisones, pijamas, ropa interior y accesorios varios. Ni en una vida entera hubiera tenido tantos días como para ponerse todos aquellos trajes.

Ana, después de pasarse un rato decidiendo que se ponía, optó por un vestido suelto e informal que parecía de piscina, ya que se encontraba en la parte de los bañadores.

Cuando bajó las escaleras con los pelos mojados, el vestido en color salmón estilo hippy y descalza, Víctor tuvo que reprimir la idea de tumbarla en el piano del salón y hacerle el amor hasta que se le secase el pelo, pero pensó que ahora la tenía para él todo el día y que ya tendría tiempo de saciarse después del almuerzo.

–El almuerzo ya está aquí, – indicó Víctor señalando la amplia terraza y saliendo fuera.

Ana lo siguió fuera, desde la gran terraza se podía ver toda Panamá en ebullición, y sin embargo ellos iban a disponerse a almorzar tranquilamente en una mesita preparada para ellos en la que les esperaba un almuerzo de reyes.

–¿Es que no has visto los zapatos?– preguntó él, mirando los pies desnudos de Ana, e intentando reprimirse y no lanzarse a por ellos.

–Me encanta ir descalza por la casa, los zapatos me los pongo solo para salir– contestó Ana con una sonrisa– no se para que me has comprado tanta ropa, yo soy muy simple vistiendo, bueno a excepción de las veces que he querido impresionarte. – bromeó con mirada coqueta.

–No quiero que lleves cualquier cosa, puedes vestir sencilla pero con ropa cara. – contestó él.

Ana se encontraba extraña, como si estuviera de visita y no supiera cómo comportarse, y Víctor lo percibió.

–De ahora en adelante quiero que entiendas que esta será tu casa,

puedes disponer de ella como quieras, pasear por donde quieras e ir donde te apetezca. Si quieres salir, avisarás a David. No hagas planes sin consultarme antes, y por supuesto las noches son mías. Siempre que esté trabajando puedes hacer lo que quieras, pero cuando tenga tiempo libre te quiero exclusivamente para mí. Delante de la gente no quiero que me contradigas en nada, si tienes cualquier cosa que discutir conmigo esperarás a que estemos a solas, y por supuesto, serás mía donde y cuando quiera. ¿tienes alguna duda?

–¡No pienso ser tu esclava! El trato era vivir contigo, no convertirme en tu esclava. – protestó cabreada y sorprendida.

–Tampoco era el trato construirte un museo, y sin embargo he accedido. Sabes que si no hubiera querido aceptar tus condiciones hubieras tenido que venirte a vivir conmigo si no querías que despidiera a tu amigo. Si regateas con el diablo, debes asumir que puedes salir chamuscada.

Ana no podía creer lo que estaba diciendo Víctor, aquello parecía surrealista, se sentía engañada, furiosa y atrapada.

–Lo que eres es un capullo caprichoso y aburrido que cree que todo el mundo han nacido para ser sus súbditos. – y tras decir esto, se levantó de la mesa dejándose el postre, y se dirigió rápidamente al salón.

Víctor salió tras ella con la copa de helado en la mano y justo a la altura del piano, la agarró de la mano y tiró de ella hasta ponerla frente a él y acorralarla contra el piano.

–Se te ha olvidado el postre– y con mirada poderosa, metió el dedo dentro del helado y se lo puso a ella en los labios. Ana no tuvo tiempo de abrir la boca para tomarse el pegote de helado de vainilla que él había puesto en sus labios, Víctor rápidamente unió su boca con la de ella y lamió con su lengua el helado. Ana sintió un inmenso calor que la comenzaba a abrasar. Víctor le sacó de un tirón el vestido por la parte de arriba y dejándola desnuda la subió y la sentó encima del piano con determinación. Víctor también trepó al piano y la hizo tumbar en la madera fina y oscura que contrastaba con el fuego que desprendían sus cuerpos. Con la copa de helado junto a él, mojó su dedo en la parte de helado de fresa, y con lentitud paso su dedo con helado desde el cuello de ella hasta su ombligo. Ana gimió excitada y arqueó su espalda sujetándose con las manos al extremo del piano. Él,

pausadamente comenzó a recorrer con su lengua el camino de helado que había dejado por todo su cuerpo. Ana sentía que el cuerpo le ardía, el contraste del frío helado y la calida lengua de él la hacía temblar de placer. El siguiente paso de Víctor fue mojar el dedo de nuevo en la parte de helado de chocolate y lentamente la introdujo el helado dentro de ella. Ana sintió que no podía aguantar más y se retorció encima del piano suplicándole a él que la tomara. Víctor que también estaba excitado y sabía que ella no aguantaría mucho más, se introdujo en su interior y la tomó con movimientos lentos que la llevaron a la locura, al instante ambos habían llegado al clímax y estaban agotados, pero al notar que aún quedaban restos de helado en su cuerpo, Ana volvió a sentirse excitada. Víctor notó el cambio en su respiración y en sus ojos y comprendió que aquello no había sido suficiente para ninguno de los dos. Se bajó de un salto y la cogió a ella como si fuera una pluma, la llevó arriba y allí la arrojó a la cama, volviendo a tomarla una y otra vez.

Ana aún estaba enfadada por lo que había dicho Víctor, y más furiosa al comprender que en el momento que él la tocaba estaba a su merced. Aquella tarde fue al hospital a trabajar pero su mente aún estaba con Víctor. A diez minutos de terminar recibió una llamada al nuevo teléfono móvil que él había insistido que llevara.

–A las diez de la noche tenemos una cena de negocios, ponte elegante pero no de fiesta. David te recogerá y te llevará, yo ya estaré allí. – ordenó Víctor al otro lado del teléfono.

–Si es una cena de negocios ¿qué pinto yo?– preguntó Ana molesta.

–No me hagas esperar. – y colgó el teléfono dejando a Ana confundida y cabreada.

Una vez en el apartamento, Ana no sabía cómo demostrarle a Víctor que con ella no podía hacer lo que le diera la gana, pero por otro lado tampoco quería hacerlo enfadar y poner en peligro el trabajo de su amigo. Al final, después de tantas vueltas alrededor del dormitorio, decidió entrar en su vestidor y elegir algo, cosa que también la cabreaba.

A la hora prevista, como un reloj, David le anunció que estaba abajo esperándola. Era la primera vez que iba a ir en calidad de novia a una cena de Víctor, y la verdad es que eso la ponía un poco nerviosa, aparte de eso, estaba hambrienta, no había merendado nada, y lo que menos le apetecía era engullir como una vaca delante de gente adinerada y pija, o que le pusieran una cena de diseño con una lechuga en el centro y caviar de oro alrededor.

Nada más que de pensar en comida le sonaron las tripas, pero por suerte para ella, al girar la esquina vio un puestecito de esos ambulante que vendía perritos calientes grasientos y jugosos.

–¡Detente un momento David!– ordenó Ana, haciendo que éste parara el coche en frente del puestecito.

Ana salió con su vestido negro y con sus altos tacones a la acera de enfrente. Al ver los perritos se le hizo la boca agua, y cuando calló en sus manos, parecía que no había comido en días. Distraída, y pegando un enorme bocado al perrito se dispuso a cruzar de nuevo la calle hasta la limusina. Un fuerte frenado hizo que Ana pegara un salto en medio de la carretera y su perrito se callera al suelo. Un porche rojo quedó a escasos centímetros de sus rodillas, Ana se quedó blanca, y no supo reaccionar hasta que el conductor salió precipitadamente y comenzó a preguntarle si se encontraba bien. Por otro lado David que había escuchado también el frenazo salió a comprobar que estaba bien.

Ana reaccionó de pronto, y después de ver su vida pasar por su cabeza como si fuera una película, se sintió furiosa con aquel tipo.

–¡Pero se puede saber dónde coño ibas con tanta prisa! ¿es que no me has visto cruzar? ¡podrías haberme matado!– gritó Ana histérica dejándose llevar por los nervios.

–Creo que estás teniendo una crisis nerviosa, ¿porque no te relajas y coges aire?– dijo el conductor del porche, respirando aliviado al ver que había reaccionado y que se encontraba ilesa.

Pero en ese momento la mano de Ana se disparó con fuerza a la mejilla de él y una sonora bofetada se escuchó en la calle. David, se metió rápidamente en el coche a esperar que pasara la tormenta, y el conductor se quedó tan sorprendido que no supo reaccionar en el

momento.

Ana, sin dirigirle la palabra, miró el perrito esparramado por la carretera y decidió comprarse otro. El hombre aparcó su coche a un lado y la siguió al puesto.

–Ya estamos igualados, – dijo él, haciendo que ella lo mirara sin entender nada. – yo casi te atropello y tú me has abofeteado, lo único que nos igualaría y dejaría mi conciencia tranquila sería que me dejaras invitarte al perrito.

–No hace falta, ya se me está pasando el enfado– dijo Ana fijándose por primera vez en aquel hombre. Era alto y delgado, su pelo era corto y rubio y tenía aspecto de mujeriego, pero a Ana, a pesar de no haber tenido muy buen concepto de él, comenzaba a caerle bien.

–Me llamo Lucas, encantado de conocerte– dijo él tendiéndole la mano a modo de presentación, y pagando el perrito que Ana ya tenía en las manos. – Tu nombre es...

–Ana– contestó ésta riéndose.

–Pues deja que te diga que estás más guapa riéndote que insultándome. – dijo él cruzando la carretera con ella y acompañándola hasta su coche para asegurarse de que no le pasaba nada.

–Gracias Lucas, – dijo Ana señalando el perrito de su mano. – y... siento la bofetada.

–Ha valido la pena. – dijo él, cerrando la puerta y dejándola dentro del coche.– Me has alegrado la noche más aburrida de la semana.

Ana se alejó en el coche, pero no pudo evitar mirar atrás y ver a Lucas allí plantado mirando en dirección a ella.

Cuando Ana llegó al restaurante, dijo su nombre y el de Víctor al camarero de la entrada e inmediatamente la hicieron pasar a un saloncito en el que había poca gente comparada con el resto de las salas. Al fondo, Víctor se levantó de la mesa para recibirla y presentarla a los demás.

–Has llegado muy tarde, – susurró Víctor al oído de ella y le dio un casto beso en los labios.

–He tenido un percance por el camino– se justificó Ana.

En la mesa había un hombre mayor con su esposa, según las

presentaciones él era el señor Rubén Rosteil y su esposa Marina.

El señor Rosteil era pequeño y robusto y su esposa era parecida a él, ambos tenían un aspecto agradable y entrañable. A Ana le pasaron la carta y comenzó a leerla intentando adivinar algo que no fuera muy grande, ya que con el perrito y medio que acababa de comerse se había quedado llena.

–Siento haber llegado tarde– dijo una voz a su espalda que quería conocer de algo.

Ana se volvió y no supo cómo reaccionar, se trataba de Lucas, a la persona que un momento antes había abofeteado.

–Vaya, si llego a saber que veníamos al mismo sitio te hubiera traído en mi coche. – bromeó Lucas, sorprendido también de verla allí.

–No creo que su coche sea muy seguro– rio Ana.

Los demás se quedaron algo descolocados mientras los dos intercambiaban bromas.

–¿Os conocéis?– preguntó Víctor con una mirada que Ana conocía ya muy bien, pero que estaba dispuesta a ignorar.

–Si, Lucas casi me atropella al cruzar la calle. – contestó ella, viendo como Lucas se sentaba a su lado.

–¿Y qué hacías cruzando la calle? Di órdenes a David para que te recogiera en la puerta. – dijo Víctor muy cabreado por el hecho de que ambos tuvieran esa familiaridad hablando y también por la imagen de Ana sufriendo un accidente.

–Su novia es una buena samaritana, cruzó para darle una limosna a un niño que estaba pidiendo. – mintió Lucas, con mirada cómplice.

–La próxima vez te lo traes a cenar y te ahorras el ser atropellada– dijo Víctor de mala manera. – bueno, ¿sabes ya lo que vas a pedir?

Ana aún miraba confundida la carta, en la que lo único que veía era nombres raros de países.

–Yo me pediré un plato de Paris que es pequeñito, no tengo mucha hambre esta noche. – dijo Lucas mirando la carta de ella por encima de su hombro.

–Yo pediré lo mismo– contestó Ana cerrando la carta y dándosela al camarero.

Víctor estaba tan furiosamente celoso, que en aquel mismo instante le

hubiera propinado un buen puñetazo en los dientes a Lucas para borrarle su simpática sonrisa.

Durante la cena hablaron de negocios. Por lo que pudo entender Ana, se trataba de una inversión, un porcentaje que Víctor necesitaba cubrir para comenzar la construcción de un hotel de lujo en Marruecos y que unos americanos no habían cubierto totalmente tal y como él esperaba, claro que eso lo dedujo Ana, ya que Víctor les vendía la inversión como si no quisiera que los americanos se hicieran con la mayoría de las acciones que él había ofertado.

–Estás muy callada, Ana, – dijo Lucas haciendo que todos pusieran los ojos en ella, que hasta entonces había pasado inadvertida–. ¿Tú qué opinas? ¿debemos arriesgar nuestro dinero en ese hotel?

–Bueno... yo no entiendo mucho de negocios, – comenzó a explicar Ana– lo mío son los niños. Pero podría asegurar que todo lo que toca Víctor se convierte en oro, y si él ha estudiado el proyecto y cree que será un éxito apostaría por ello con los ojos cerrados. – contestó Ana ante la mirada de satisfacción de Víctor.

–¡Estupendo!, ¿pues entonces para que discutir más? Ana confía en Víctor y yo confié en Ana, por lo que tienes mi inversión asegurada. – confirmó Lucas mirando a Víctor.– Ahora que todo está solucionado, y mientras ustedes terminan de convencerse...– dijo Lucas poniéndose en pie– creo que Ana y yo no pintamos nada aquí, por lo que con su permiso me gustaría invitarla a una copa en el pub de abajo.

Ana sonrió pero inmediatamente miró a Víctor que mantenía hacia ella una mirada asesina difícil de ignorar.

–Si, cariño, vete con Lucas mientras nosotros terminamos de ultimar detalles, pero antes acompáñame que tengo que darte la llave del ascensor por si tardo más en llegar.

Ana se puso algo nerviosa, aquello le parecía bastante extraño en él, pero no tenía otra opción que la de seguirlo. Lucas se volvió a sentar en la mesa a la espera de Ana, y ellos dos se alejaron hasta la entrada.

–Entra. – ordenó Víctor abriendo la puerta de los baños de señora que eran individuales.

–¿Pero se puede saber qué haces? ¿no ves que nos puede haber visto alguien?– preguntó ella nerviosa una vez dentro y viendo como él echaba el pestillo en la puerta. – me voy, estás loco.

–Si, tú me vuelves loco, y como ese tipo te ponga un dedo encima le voy a arruinar la vida, no antes de darle una paliza y dejarlo sin piernas. – amenazó Víctor cogiéndola por los brazos y acorralándola contra la pared.

–No soy de tu propiedad– desafió ella mirándolo a los ojos.

–Sí que lo eres, no por el acuerdo que tenemos, sino porque aunque tú no lo sepas, naciste para ser mía. – contestó él besándola bruscamente y provocando en ambos esa ansiedad de devorarse mutuamente.

Pero esta vez, Víctor con respiración acelerada decidió controlarse y terminar con aquella noche accidentada cuanto antes. La dejó libre, y colocándose la chaqueta en su sitio, se dispuso a salir.

–En cuanto termine con ellos nos vamos, así que no te demores en la copa.

Ana, con el pulso acelerado aún, se recompuso también, y sin decir nada salió tras él avergonzada por si alguien los había visto. Cuando llegaron a la mesa, Lucas se levantó para llevarse a Ana, pero ante la mirada de todos Víctor la cogió de la cintura y le dio un beso posesivo que dejó claro a quién pertenecía.

–Yo la cuidare, no te preocupes, está en buenas manos. – dijo Lucas cogiendo a Ana de la cintura para llevársela.

–El problema es que las únicas manos que la tocan son las mías, los demás corren el riesgo de perderlas. – amenazó Víctor con una sonrisa.

Lucas instintivamente soltó la cintura de ella, y dedicándole otra sonrisa a Víctor, se despidió ignorando las amenazas de éste.

Ana y Lucas bajaron a la parte de abajo donde se encontraba un pequeño pub con música tranquila y nada que ver con el que ella conocía.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos Víctor y tú?– preguntó Lucas guiándola a una mesa tranquila, de esas redondas, minúsculas y altas.

–Desde que trató de derribar el colegio donde yo trabajo– contestó Ana con una sonrisa.

–¿Y después de intentar tal cosa sigues con él?– preguntó sorprendido.

–Al final va a construirles un colegio nuevo y para los que le pille un poco retirado les pondrá un autobús gratuito. – justificó Ana.

–Eso lo ha hecho por ti, no porque tenga buen corazón, otros niños no han tenido la suerte de tenerte a ti de su parte. – y terminando de soltar aquella crítica amarga contra Víctor, se levantó a pedir unas copas.

Ana se quedó descolocada al escuchar a Lucas criticar a Víctor, pero en el fondo sabía que parte de lo que había dicho era cierto.

Cuando llegó con las copas estuvieron hablando de su trabajo, Lucas le contó que su hermana pequeña también era profesora como ella, pero cuando Ana le dijo que estaría encantada de conocerla, él, con una mirada que Ana no supo catalogar bien, le dijo que su hermana había fallecido años atrás. Entre los dos hubo un silencio extraño, y Ana intentó cambiar de conversación hablando del hospital y de los niños que asistían a sus clases. Ana se sintió muy a gusto con Lucas, se estaban riendo de unos chistes malos que él le había contado, pero en ese momento apareció

Víctor buscándolos rápidamente con la mirada.

–Ahí viene tu carcelero– bromeó Lucas señalando con la cabeza y provocando la risa de Ana.

–No seas malo– susurró ésta antes de que él llegara a su mesa.

–Veo que os lo estáis pasando bien– dijo Víctor poniéndose detrás de ella y agarrándola de la cintura.

–¿Quieres tomarte algo? Seguro que lo has pasado mal allá arriba. – afirmó Lucas.

–Mi esperanza era que lo estuvierais pasando igual de mal aquí abajo– contestó Víctor sinceramente–. Pero he comprendido que de esperanzas no se viven.

–La verdad es que nos lo hemos pasado bien, Lucas me ha contado un montón de chistes malos–. Contestó Ana aclarando de lo que se estaban riendo.

–Bueno, siento aguaros la fiesta pero ya es tarde y nos vamos. – aseguró Víctor, cogiendo el bolso de ella.

Ana decidió aceptar la orden de él, pensó que ya lo había puesto suficientemente celoso por una noche.

–Espero que nos veamos pronto, y ahora que vamos a ser socios...– comentó Lucas levantándose también del taburete y dándole dos besos en las mejillas a Ana para despedirse.

Víctor iba a hacer algún tipo de comentario a lo que acababa de decir, pero prefirió no hacer tan evidente que lo hubiera matado por tocarla. Ambos salieron de allí en silencio, se subieron a la limusina que conducía David y en silencio se dirigieron al apartamento de Víctor.

–¿Ha ido bien todo?– preguntó ella para romper un poco el hielo y que le hablara de sus negocios.

–No, has llegado tarde, te has puesto en peligro, y el mismo que casi te atropella resulta que es el imbécil que he tenido que convencer para que invierta en el hotel de marruecos. – contestó Víctor sin apartar la mirada de la ventanilla. – y por si fuera poco te vas con ese idiota de copas.

–Te preguntaba por tu negocio, pero ya que me has hablado de esta noche, te diré que no tenían ningún interés en venir, que tampoco había

planeado que Lucas me pudiera atropellar, y la actitud que has mostrado me ha parecido grosera y de muy mal gusto. Eso sin contar que Lucas me parece simpático y creo que no se merecía los comentarios que has hecho. – contestó ella aumentando el cabreo de él. A Ana le extrañó que permaneciera en silencio, pero pensó que ya se le pasaría, no estaba dispuesta a sentirse mal porque él no supiera controlar sus estúpidos celos.

Llegaron al garaje y subieron en el ascensor las sesenta plantas en silencio. Una vez estuvieron en el apartamento, Ana se quitó los tacones que la estaban matando, y Víctor se quitó la chaqueta con rapidez, Ana diría que incluso con furia, tirándola a un sofá que había frente a ellos en el salón.

Con movimientos felinos Víctor tiró de ella y la besó fuerte y posesivamente, – si te digo que puedes irte, no te vayas, si te digo que no me importa que te tomes una copa con un imbécil de esa calaña, tú te quedas junto a mí, – ordenó mientras recorría el cuello de ella con sus besos.

–Tu... tu... no mandas sobre mí, – afirmo ella con la respiración entre cortada.

Entonces en ese momento, le arrebató su chal y ante la mirada atónita de ella y con desenvoltura le tapo los ojos haciéndole un fuerte nudo atrás. Ella intentó zafarse de aquello que la privaba de uno de sus sentidos, pero él era demasiado fuerte y sus besos demasiado intensos. Sin darle tiempo a reaccionar la cogió como si fuera un saco y se la echó al hombro, Ana sabía que estaba subiendo las escaleras hasta los dormitorios, podía sentir el fuerte cuerpo de él escaló tras escalón, su respiración se hizo más entrecortada y los latidos del corazón iban cada vez ms acelerados. Ana pensó que iban al dormitorio, pero en lugar de ello, sintió como andaba en dirección contraria, se detuvo y la dejó en el suelo lentamente. Ana intentó quitarse el chal, que hacía de venda, de sus ojos, pero él se lo impidió.

–No, aún no, quiero que sientas cada beso, cada caricia, quiero que comprendas que eres mía, y que no me gusta lo que has hecho esta noche. – susurró él seductoramente desnudándola bruscamente y rasgándole el vestido negro que deseaba quitárselo desde el primer

momento que la había visto.

Ana, en vez de sentir miedo, sintió una extraña excitación al sentir como el vestido crujía en el silencio. El hecho de encontrarse en manos de aquel hombre, desnuda ante él y con los ojos vendados, hacía que se excitara aún más.

Víctor le quitó la ropa interior delicadamente, no sin antes haber dejado un rastro de besos por todo su cuerpo, y haber sacado de la boca de Ana unos cuantos gemidos. Él se retiró una fracción de segundo para observar su presa. Los labios de ella parecían inflamados por la excitación, y con los ojos vendados parecía tan vulnerable, que Víctor necesitó acelerar el ritmo de sus caricias.

–Si vuelves a morderte el labio de esa forma, te ato las manos y no dejo que te muevas de aquí en días. – amenazó él.

Ana, no muy segura de que cumpliera su amenaza dejó inmediatamente de mordérselo. Víctor se desnudó rápidamente mientras la amenazaba con atarla, para luego cogerla en el aire y abriéndole las piernas para que lo rodeara, la apuntocó contra lo que ella supuso era una cristalera.

Ana sintió que con los ojos vendados todo se intensificaba el doble, sentía la lengua de él introducirse en su boca y devorarla poco a poco, sentía sus manos guiando su cuerpo al capricho de Víctor, y sintió el momento en el que con una lenta investida la tomó una y otra vez seguro de lo que hacía. Sintió también un agradable dolor en el cuello cuando succionó con su boca centímetro a centímetro de su cuerpo. Con la respiración agitada, llegaron al punto álgido de aquel momento, y Ana cayó desplomada encima de él.

–Te voy a tumbar en el suelo, y despacio te voy a quitar el chal. – indicó él respirando aún entre cortado.

Poco a poco la tumbó con delicadeza en el suelo, Ana lo sintió frío y extraño, hubiera jurado que era mármol y no moqueta o parquet como solía tener en la mayoría del apartamento.

–Ya puedes abrir los ojos, – dijo una vez hubo quitado la venda.

Cuando Ana abrió los ojos, lo primero que vio fue la verde mirada de Víctor,

con las pupilas dilatadas aún del placer que hacia un momento acababan de compartir, pero al instante reparó en algo más increíble, encima del rostro de él podía ver un hermoso cielo estrellado, el más perfecto cielo que había visto en su vida. Su mente le decía que aquello no era posible, pero la vista no la engañaba, allí estaban, tal y como decía su madre, las miles de bombillas que los ángeles colgaban de noche para que velaran los sueños de los niños, y los hermosos diamantes con los que Cupido adornó el cielo para que los enamorados pudieran besarse bajo él.

–Es bonito, ¿verdad?– dijo él tumbándose junto a ella para observar el cielo.

–Pero... pero... ¿Cómo es posible?– preguntó Ana comenzando a reaccionar.

–Conmigo todo es posible, incluso estar a miles de metros en una habitación de cristal suspendida en el aire– contestó.

Ana en ese momento se asustó al comprender lo que Víctor le acababa de desvelar, y sin saber qué hacer, instintivamente se giró poniéndose boca abajo en el suelo, y sintiendo como se hallaban suspendido en el aire, dio un pequeño grito, saltando encima de él y tapándose los ojos de nuevo.

Víctor comenzó a reír– no te preocupes, es seguro, puedes destaparte los ojos.

–No, esto no puede ser seguro, definitivamente estás como una cabra– dijo Ana aún asustada.

–Ven, levántate, confía en mí. – y diciendo esto, la levantó intentando que se destapara los ojos. – yo te sujetaré si así te sientes más segura.

Víctor la sujetó por detrás, entonces Ana comprendió que era una estupidez no intentarlo, y poco a poco comenzó a destaparse los ojos. Frente a ella solo había cristales, las vistas eran maravillosas, pero aún no se atrevía a mirar hacia abajo.

–Te tengo sujeta, no te preocupes– aseguró él.

Ana miró poco a poco hacia abajo, parecía que estaban volando a miles de metros, la calle a penas se veía.

–¿Cómo puede estar la habitación flotando en el aire?– pregunto ella con curiosidad, y comenzando a perderle el miedo.

–Todos mis edificios están en forma de T, en parte por un mote que mis hermanos mayores me pusieron, y en parte porque en todos mis bloques tengo un apartamento para mí y tengo dos habitaciones cielo–. Explicó él

–Vale, con respecto al nombre de habitación cielo debo decir que es muy apropiado, pero ahora que me has dicho lo de tu mote no voy a poder dormir intentando averiguarlo. – bromeó ella.

–Si quieres saber mi mote tienes que negociar con algo que yo quiera de ti – propuso él con una de sus fantásticas sonrisas que hacían que cualquier mujer se derritiera. – y con la certeza de que ya te tengo enteramente para mí, no sé qué más me podrías ofrecer.

Ana se quedó un momento meditando sobre algo que pudiera ofrecerle, y mirándolo de pronto sugerentemente se humedeció los labios. – si me dices tú mote y el porqué te lo pusieron... te dejo que me ates una sola vez cuando quieras.

–Vaya la verdad es que es muy tentador, pero creo que te vas a sentir decepcionada. – rio él, – de pequeño era el más peleón de todos, allá donde había que defender a alguno de mis hermanos mayores estaba yo. Mi padre tuvo que hacer numerosas donaciones al colegio para que no me expulsaran, y lo que determinó mi apodo y con el que aún me llaman mis hermanos, fue el hecho de haber conseguido en una feria alcanzar la máxima puntuación con el martillo, ese juego de fuerza en el que se ilumina una especie de termómetro extravagante y emite una estridente canción.

–Bueno, ¿lo sueltas o no? Me ha costado caro tu secreto– apremió Ana.

–Vale, me llamaban Thor, el dios del trueno. – contestó él.

Ana se quedó callada mirándolo–. No puedo creer que haya pagado tan caro por ese apodo cutre. – dijo soltándose de él y olvidándose por un momento de donde se encontraba. – ¿es que hasta tu mote tiene que ser chulo?

Él rio con ganas al verla enfadada –. Me alegra haberte distraído y haberte hecho olvidar el lugar donde nos encontramos.

Ana miró rápidamente a sus pies, y se puso algo nerviosa–. No es que no me guste esta habitación, me encanta, y me parece el lugar más increíble en el

que he estado, pero si fuéramos al dormitorio me sentiría más relajada. – sugirió abrazándose a él.

Víctor pensó también que allí estarían más cómodos. La cogió en brazos y la llevó al final del pasillo donde se situaba su dormitorio.

## CAPITULO VI:

A la mañana siguiente, se despertó en la gran cama. Le dolía todo el cuerpo, “a este paso no voy a poder ir ni al baño”, pensó buscando con la mano a Víctor. Pero no lo sintió a su lado, en cambio notó una hoja de papel con una preciosa margarita blanca encima, se incorporó en la cama con una sonrisa, y se dispuso a leerla. “Buenos días preciosa, no he querido despertarte; estabas demasiado hermosa para interrumpir tus sueños. Espero que estuvieras soñando conmigo, ya que sonreías, y como sabes, no te estar permitido sonreírle a nadie que no sea yo. He llamado a tu trabajo y les he dicho que estabas enferma, el resto es cosa tuya. Un beso, hasta la noche.”

–¡Joder!, ¡no me puse anoche el despertador!, ¡mierda! – dijo Ana cabreada con ella misma y con Víctor por no haberla despertado. Se vistió lo más rápido que pudo, llamó a David, para que la llevara al colegio inmediatamente y salió con un donut en la boca y un zapato a medio poner. Cuando el chófer la vio no pudo contener una sonrisa.

–No te rías David, tu jefe tiene la culpa de todo. – y corrió a meterse en el coche.

El coche salió a toda velocidad del garaje y se dirigió al colegio, mientras tanto, Ana cogió un pequeño espejo que llevaba en el bolso y se dispuso a pintarse los labios.

–¡Mierda, no puede ser!– exclamó ella al descubrir un círculo morado en un lado del cuello.

–¿Le ocurre algo señorita?– preguntó David preocupado.

–Lo único que me ocurre es que tu jefe cada vez se asemeja más a los perros marcando su territorio, y no se te ocurra reírte. – advirtió Ana.

Pero David para no mostrar lo divertida que le parecía la escena, optó por subir el cristal que lo separaba de la parte trasera donde se encontraba ella. Ana que se dio cuenta no tuvo más remedio que reírse abiertamente.

–¡Pues si te llama le puedes decir que estoy muy cabreada! – gritó a través del intercomunicador para que David se enterara.

Ana intentó disimular el morado con corrector, y en cuanto el coche paró, salió disparada al exterior.

El día se le hizo corto, entre un trabajo y otro se encontraba agotada al llegar la noche. Sintióse algo culpable, se descubrió alegrándose de que ya mismo llegara final de curso, bueno, en realidad el curso terminaría unos meses antes de lo previsto ya que el proyecto de Víctor tenía unas fechas muy concretas señaladas.

A nadie pareció importarle en absoluto, es más, la única que se enfadó en su momento fue Ana. Víctor iba a pagar los sueldos de los tres meses que iban a estar sin trabajar, y con respecto a los niños, iban a ser trasladados temporalmente al colegio más próximo.

Todos aquellos pensamientos desaparecieron cuando David abrió la puerta y la dejó en el ascensor.

–Señorita, ya no es necesario que la acompañe al ascensor, el señor ha hecho los cambios necesarios en el programa para que al poner su dedo en el monitor suba directamente hacia el apartamento. – explicó el chófer, volviendo a meterse en el coche.

–¿Solo tengo que poner el dedo?– preguntó Ana algo perdida.

–Él me dijo que tenía que dibujar la primera letra de su apodo– comentó David encogiéndose de hombros.

–Vale, gracias. – se despidió Ana con una sonrisa.

Cuando entró en el ascensor, buscó la pantalla en la que pocas veces se había fijado. Cuando la encontró, puso su dedo en el monitor y dibujó la letra T mayúscula, y con una sonrisa, se dio cuenta que el ascensor ascendía hasta la planta sesenta.

“Nunca lo confesaré, pero me encantan estos juguetitos. Cuando vaya a España se lo tengo que contar a mi padre”– pensó divertida.

Aún tenía una sonrisa en los labios cuando llegó al apartamento, las luces estaban apagadas, e inconscientemente rezó para que Víctor no estuviera allí. Se encontraba agotada, y a pesar de disfrutar como nunca del sexo, necesitaba un descanso, cosa que sabría le sería imposible con él por allí.

Se quitó los zapatos en la puerta como solía hacer, y lo más silenciosa posible se dirigió escaleras arriba. En aquel momento la voz de Víctor sonó no se sabe de dónde, pero Ana pegó tal salto que casi se cae escaleras debajo de nuevo.

–Perdón princesa, no pretendía asustarte, creí que sabías que el apartamento tiene algunos intercomunicadores. – dijo Víctor conteniendo la risa.

–¡Pues no! ¡precisamente eso te olvidaste de decirlo! ¡Y ahora me encuentro gritándole a las paredes sin saber dónde estás!– protestó cabreada Ana por el susto que se había llevado.

–Sube a los dormitorios, y al lado de nuestro dormitorio a mano derecha y al final del pasillo, se encuentra el otro extremo de la T de Thor. – señaló él, cortando la comunicación.

Ana estaba cansada, pero la curiosidad hizo que desapareciera por completo su agotamiento, el corazón comenzó a latirle aceleradamente y sentía que iba a descubrir otro de los rincones secretos de aquel hombre. Una vez delante de la puerta de madera en rojo oscuro del otro extremo del apartamento, se quedó quieta sin atreverse a entrar.

–¿Vas a entrar o tendré que salir a buscarte?– preguntó de nuevo haciendo que ella pegara un saltito.

–¡Joder! ¡cómo no dejes de asustarme te quemó esos putos intercomunicadores!– protestó Ana cabreada por ser la segunda vez que pegaba un sobresalto.

Despacio, Ana empujó la puerta hacia dentro, ya que estaba tan solo entornada. De pronto, al ver lo que tenía frente a ella, no pudo evitar una risa nerviosa que no podía detener.

–Estás loco, – rio desde la entrada, – solo a ti se te ocurriría tener dos habitaciones de cristal y que una de ellas fuera una piscina.

Víctor se encontraba desnudo dentro de una gran piscina que ocupaba

toda la habitación, una piscina transparente igual que todo lo demás. A diferencia de la otra habitación, ésta tenía grandes ventanales abiertos a ras de la piscina que, según sintió Ana, daban la sensación de estar nadando en el aire. La estancia era rectangular y enorme, aquella piscina era como la que sus padres tenían en España, pero con aproximadamente metro y medio de profundidad.

Ana se asomó al borde de la piscina, subió un par de escalones para probar el agua y mirar hacia el suelo.

–No puedo creer que esto exista, – dijo ella, mojándose la mano y observando a Víctor desnudo dentro. – y algo que tampoco entiendo es que te de miedo el mar y una piscina en el aire a miles de metros te parezca lo más normal de mundo–. Rio ella.

–¿Te bañas?– preguntó él mirándola cautivadoramente.

–Sí, me vendrá bien un baño, me siento agotada después de todo el día dando bandazos de un lado a otro. – comentó mirando los escalones para no caerse a la hora de volver sobre sus pasos.

Pero en aquel momento, y sin esperárselo, él la cogió del brazo y tiró de ella. Ana se encontró en aquel momento metida en la piscina con su camisa azul de tirantes y escote de encaje y sus vaqueros de marca carísimos.

–¡Estás loco! ¡como una cabra!–. rio metida en el agua. – la próxima vez podrías haber esperado a que me quitara la ropa. – dijo abrazada al cuello de él.

–¿Y perderme el placer de desnudarte? Nunca. – contestó Víctor besándola fugazmente y sumergiéndose en el agua.

Ana sintió como él tiraba de sus vaqueros hasta desgarrarlos y abrirlos fácilmente, al instante salió de debajo del agua y los lanzó fuera de la piscina.

–Esos vaqueros costaban un pastón, como sigas rompiéndome ropa tendré que renovar el vestuario dentro de poco– dijo Ana riéndose, y viendo como Víctor se volvía a sumergir otra vez. En seguida notó la boca de él rozar sus braguitas, y con lentitud sintió como tiraba de ellas hacia abajo con sus dientes. Ana comenzó a sentirse excitada, de la

mitad hacia abajo se hallaba desnuda, en una piscina de cristal de agua templada y con el hombre más atractivo del mundo. Cuando él salió del agua con sus braguitas en los dientes vio como las lanzaba también al exterior, acercándose a ella lentamente con mirada de tiburón. Una vez estuvo a tres centímetros de ella, comenzó a acariciar la parte de su cuerpo que él mismo había desnudado segundos antes. Ana instintivamente cernió sus piernas a la cintura de él, notando la evidente excitación de éste. Se agarró a su cuello, pero él deseando verla totalmente desnuda en sus brazos, les sacó la pequeña camiseta por la cabeza y rompió de un tirón su sujetador.

–Me encanta el sonido de mi ropa rasgarse en tus manos– confesó ella en un susurro. Era la primera vez que Ana confesaba que algo de lo que le hacía Víctor le gustaba. Él sabía que no hacía falta que ella le confesara lo mucho que se deshacía en sus manos, puesto que era evidente, pero el hecho de confesarlo en voz alta, hizo que Víctor se excitara más aún, y sintiera deseos de tomarla inmediatamente. Pero lo que tenía reservado para aquella noche hacía que sintiera el deber de esperar.

Ana estaba completamente desnuda y excitada, con cada beso de él ella deseaba más.

–Tengo una sorpresa para ti. – dijo Víctor llevándola agarrada a él hacia el extremo frontal de la piscina.

–¿Un collar de diamantes?– bromeó ella.

–¿Quieres uno?– preguntó él muy serio.

–¡No!, era broma, nunca sabría cuando ponérmelo, prefiero un buen helado de fresa, vainilla y chocolate. – contestó Ana provocando una sonrisa en Víctor.

–Menos mal, porque no tenía preparado ningún collar, en cambio, sí que he hecho preparar algo en la piscina con lo que saldarías tu deuda sobre lo de mi mote. – contestó él cogiéndola de las muñecas y extendiéndoselas hacia los extremos de la piscina.

Ana se había quedado sin respiración al escuchar lo de la apuesta, y cuando vio que él sacaba de debajo del agua una especie de esposas al lado derecho de ella, cuyo extremo estaba fijado en la piscina, sintió

extrañamente que un fuego recorría su cuerpo. Víctor cogió la muñeca derecha de ella y la apresó en una de las esposas que salían del cristal de la piscina, y dándole un fuerte beso a Ana, cogió la muñeca izquierda de ella y la aprisionó con otra de las esposas que salía del otro lado. Ana sintió un momento de temor, pero el temor se convirtió en deseo y todo se magnificó a partir de ese momento. Estaba totalmente en sus manos, Víctor comenzó a lamer su cuello, morder con salvaje suavidad las partes más sensibles de sus pechos, y poco a poco bajó hasta su vientre, que sumergido bajo agua sintió que se abrasaba. Víctor que sentía como su deseo se intensificaba más con cada gemido que Ana emitía, no pudo resistir más y la hizo suya con fuertes investidas que hacían que las esposas se tensaran sobre sus muñecas cada vez que ella subía al ritmo salvaje de Víctor. Ana no sentía el dolor de las muñecas, su dolor era más profundo, necesitaba llegar con él al culmen del placer que ambos recorrían cada vez que hacían el amor, y sin ser capaz de esperar más, Víctor la llevó a un delicioso delirio que la hizo sentir desfallecida. Ambos se encontraban agotados como siempre después de haberse saciado momentáneamente.

–Solo una vez, – dijo él, abriendo las esposas una a una. – eso fue el trato.

–Es una lástima desperdiciar la obra que han hecho tus hombres– dijo Ana mirándolo de nuevo con deseo. – podríamos darle más uso antes de quitarlas, ¿no crees?

–Me haría muy feliz conservarlas. – dijo cogiéndola de nuevo con deseo renovado.

–Quizás algún otro día... podrías dejarme usarlas contigo. – sugirió Ana con mirada felina.

Aquella noche, como tantas otras, Ana no descansó lo suficiente como para llegar a su hora al colegio. Siempre llegaba veinte minutos tarde, cosa que la enfurecía, ya que para ella los niños eran muy importantes. Pero no podía hacer nada, lo único que le quedaba era hablar con Víctor seriamente y decirle que por las noches necesitaba descansar. Aquel ritmo de vida iba a acabar con ella. Pero no tuvo que hablar con él, ya que le dijo que tenía que ir a Nueva York unos días por negocios, pero que estaría aquí para el fin de semana. Ana se sintió aliviada, la perspectiva de pasar

las noches solas no le agradaba tanto como ella había pensado, pero estaba tan cansada que la mayoría de las noches ni cenaba.

Ya habían pasado dos semanas desde su decisión de irse a vivir con él, lo que significaba que Alexia debía llegar en el vuelo de las doce de aquella mañana de sábado.

Ana estaba impaciente por ver a su amiga, ya se lo había avisado a Víctor, y él había insistido en invitar a cenar en su apartamento a Alexia y Roberto. A Ana no le parecía muy buena idea que su amiga conociera al posesivo, celoso, excéntrico, y egocéntrico de Víctor, pero no le dejó otra opción. Ana estaba segura de que no se fiaba de dejarla irse de copas con Alexia, todo lo que escapara a su control se convertía en una tragedia para él.

Antes de que Ana viera a su amiga, pudo escucharla gritar su nombre a lo lejos y salir corriendo fundiéndose en un entrañable abrazo.

–¡Pero qué guapa estás! ¡pareces una señora de mucho dinero! Al abrazarte me ha dado hasta reparo el ensuciar tu traje de alta costura. – bromeó Alexia admirando el traje de chaqueta y pantalón clásico que efectivamente eran de un caro modisto de Francia.

–Víctor no permite que lleve nada que no sea de marca. – afirmó Ana, sin darle importancia a lo que acababa de decir.– vamos, el chófer nos está esperando fuera, llevaremos tus maletas a la casa que vas a compartir con Roberto y luego te cuento todo lo que quieras saber.– dijo Ana dándole otro fuerte abrazo a su amiga.– me alegro que estés aquí, te he echado mucho de menos.

–No lo creo... con ese hombre perfecto dirigiendo tu vida hacia la perfección...– bromeó Alexia poniendo cara cómica y teatral.

–Tonta, a pesar de que el sexo con él es increíble, su apartamento es digno de una película de ficción y es el hombre más atractivo que jamás haya conocido...– rio Ana dándole un codazo a su amiga que se había quedado con la boca abierta– nunca te cambiaría por él.

Ambas rieron de camino al coche, – no sabes mentir Ana, – dijo Alexia entrando en el coche y dejando que David guardara sus maletas atrás.

–Esperaba que trajeras la limusina, nunca me he montado en ninguna–

comentó su amiga con cara de decepción.

–Seguro que os llevareis bien, los dos soy igual de orteros y ostentosos. – señaló Ana, riéndose de su amiga.

En el trayecto hacia la casa, Alexia le hizo todo tipo de preguntas. Pero Ana no quería desvelar ciertas cosas delante de David, por lo que contestó a la mitad de las preguntas y prometió contestar al resto una vez hubieran llegado a la casa.

–Oye, ¿y ese móvil también es nuevo?– preguntó su amiga observándolo con atención al verlo después de contestar Ana a una llamada.

–Sí, es nuevo, Víctor no quiere que lleve un móvil que puede estropearse en cualquier momento.

–¿Era él quien te ha llamado?– preguntó Alexia con el ceño fruncido.

–Si, le gusta saber dónde estoy. – contestó ella.

–¿Has oído lo que has dicho desde que me has recogido?, pareces estar controlada a todas horas por ese hombre, como si fueras... como si fueras... suya. – dijo Alexia atragantándose con las palabras. – o está muy enamorado de ti, o es un controlador compulsivo.

–Más bien...es un controlador compulsivo que me hace disfrutar de un sexo increíble. – dijo Ana susurrando esto último para que David no las escuchara.

–Vale, si es así dejaré pasar esos pequeños detalles. – rio Alexia, sintiéndose más tranquila.

El coche las dejó en la puerta, y Ana sintió un poco de añoranza al entrar a aquella casa en la que había compartido divertidos momentos con su mejor amigo, en aquella casa a la que había acudido a refugiarse de la prensa y en la que se había dejado cuidar por Víctor. Donde habían mirado a las estrellas buscando soluciones a sus problemas, y donde habían contado chistes malos Roberto y ella con una cerveza en la mano.

–¿Te encuentras bien?– preguntó su amiga, viendo a Ana estaba abstraída en sus propios pensamientos.

–No, solo que hace quince días que no vengo por aquí y sin embargo parece que llevo toda la vida viviendo con Víctor. – contestó ella con

una sonrisa.

–¿Esta...?– preguntó Alexia.

–¿Roberto?– dijo Ana, – No, no está, no viene hasta la tarde. Vendrá para cambiarse y veniros a casa a cenar, bueno, a la casa de Víctor. – sonrió al darse cuenta que en tan solo dos semanas el apartamento de Víctor se había convertido en el suyo propio. – David, os recogerá y os llevará directos. – dijo mientras arrastraba una de las pesadas maletas de Alexia.

–¿Es que te has traído el coche en la maleta? Madre mía lo que pesa esto– protestó Ana sin poder tirar de ella.

–No, pero te he traído algunas cosas de Nueva York que no creo que tu sofisticado novio te haya comprado.– y deteniendo a Ana en su intento por subir las escaleras con la maleta, la cogió del asa rígida y la tumbó en el suelo con cuidado para abrirla.– mejor le quitamos peso aquí abajo si pretendemos subirla allá arriba. ¿no crees?– dijo guiñándole un ojo a Ana.

–Es la mejor idea que he escuchado en toda la mañana. – bromeó Ana, ayudándola a abrirla.

Alexia tenía la maleta que le iba a explotar de ropa, soltó con gran esfuerzo dos agarres que hacían que la ropa no se desparramara, y al encontrarse en libertad de nuevo, todo tipo de complementos saltaron por los aires.

–Podrías haberte comprado aquí ropa, no tenías que venir cargada con todo el vestuario– dijo Ana asombrada. – tendría que haberle dicho a David que se quedara a ayudarnos.

–No me seas quejica, ese hombre te ha vuelto aún más pija que antes. Tanto esfuerzo en convertirte en una bohemia soñadora y en un mes eres mis... no puedo hacer eso que se me rompen las uñas– se burló su amiga.

Ana que estaba recogiendo la ropa en ese momento le dio en toda la cara con una camisa que tenía en la mano, lo que hizo que saltara una guerra de ropa entre ambas. Cuando a las dos les dolía ya el estómago de tanto reír, decidieron darse una tregua y recoger toda la ropa que estaba esparramada por medio salón.

Alexia comenzó a buscar algo en la maleta, como si en ello le fuera la vida.

–¿Se puede saber que buscas?– preguntó Ana observándola.

–¡Esto!– exclamó Alexia sacando una caja mediana envuelta en papel de regalo.– es para ti, fui la semana pasada a Japón a gestionar unos cuadros que nos podrían ser cedidos a nuestro museo, y no pude evitar comprarte esto, por su puesto yo tengo otra igual pero en azul.

Ana cogió la caja con una sonrisa y lo desenvolvió como si fuera una niña el día de su cumpleaños. Cuando la abrió, le pareció la prenda más hermosa que había visto en su vida. Se trataba de un Sakura o kimono japonés, o como se diría en España: bata japonesa, de seda blanca con dibujos florales de pétalos de rosas rojas y hojas otoñales, todo ello rematado con un perfecto y ancho cinturón en raso rosa. Ana se la probó rápidamente por encima del traje, y al verse no podía dejar de sonreír, era perfecta, le llegaba por encima de los tobillos, y el cinturón hacía parecer su cintura aún más delgada.

–¡Gracias!– gritó abrazando a su amiga– ¿sabes el tiempo que llevo queriéndome comprar una autentica de Japón?

–Lo sé, desde que te dio por la literatura japonesa– rio Alexia. – por si no lo recuerdas, he pasado tu etapa budista, tu etapa japonesa, tu etapa árabe, y tu etapa católica. Claro, que la mejor etapa ha sido la de hombre rico y guapo.

–Pues verás cuando el hombre rico y guapo me vea lo que me has regalado puesto. – comentó Ana contoneando el trasero delante de su amiga, y riéndose.

La tarde llegó pronto, Ana y Alexia habían colgado toda la ropa, habían recorrido la casa y hasta les había dado tiempo a bañarse. Pero se estaba haciendo tarde, y después de estar todo el día sin ver a Víctor pensó que estaría de los nervios, por lo que aprovechando la llegada de Roberto, Ana se marchó rápidamente para cambiarse y prepararse para la cena.

Cuando llegó al apartamento se encontró a Víctor con una copa en la mano y mirando a través de los cristales del salón.

–Te dije que me llamas, y también creo recordar haberte ordenado

que te vinieras pronto. – pronunció lentamente las palabras sin mirarla.  
–Es que... se me han pasado las horas volando, y no creí que fuera tan importante llamarte, ya cree Alexia que eres controlador... si llego a llamarte de nuevo me habría tachado de loca. – dijo Ana nerviosa y atropellando las palabras.

–Voy... voy a cambiarme para la cena. – dijo ella intentando salir de aquel salón que se le hacía más pequeño cada vez que sentía el cabreo de Víctor aumentar.

Él se volvió rápidamente sin dejarla avanzar, y con la copa aún en la mano, la cogió de la cintura y la besó posesivamente. Ana sintió como las piernas comenzaban a flaquearle, y se dejó caer en sus brazos permitiendo que él introdujera la lengua con sabor a whisky en su boca. Víctor la empujó dejándola atrapada entre su cuerpo y la pared del salón, Ana había cerrado los ojos y había echado el cuello hacia atrás para recibir los besos que comenzaban a recorrerla apasionadamente. Pero esta vez, sintió un líquido frío recorrer repentinamente su cuello y fluir por todo su cuerpo, al abrir los ojos descubrió que Víctor había derramado sobre ella el whisky y comenzaba a lamer cada gota que resbalaba por su cuerpo. Ana sintió estremecer su cuerpo, y con el fuego que acostumbraba a recorrerla en aquellos momentos, comenzó a gemir de placer. Con un deseo que la devoraba por dentro subió su pierna para rodear la cintura de Víctor, pero éste, con delicadeza la bajó al suelo, y bruscamente dejó de besarla.

–Dúchate, no querrás que nuestros invitados te huelan a whisky. – dijo él alejándose con mirada triunfadora.

–Pero... pero... no puedes dejarme así...– dijo respirando dificultosamente y frustrada por lo que acababa de ocurrir. Ana sentía el dolor de lo inacabado, y no comprendía cómo podía dejarla de ese modo.

–La próxima vez llama, y ven antes. He estado esperándote toda la tarde para hacer aquello que hemos empezado tarde. – y diciendo lentamente esas palabras se fue al mini bar a rellenarse el whisky.

–Eres... un... un... un capullo...pues que sepas que esta noche te has quedado sin postre. – dijo Ana intentando parecer digna e intentando salir corriendo a darse una ducha fría que le quitara el calentón que acababa de sufrir.

–Cuando terminemos de cenar y tus amigos se vayan, me tienes que devolver el tiempo que me has quitado hoy. – amenazó Víctor– y no es una sugerencia ni una invitación.

Ana subió rápidamente las escaleras sintiéndose bastante cabreada ante la idea de que en el fondo estaba deseando que la noche pasara para poder terminar lo que él había empezado. Cada vez se sentía más excitada, lo necesitaba, su cuerpo lo necesitaba, y no podría esperar a la noche para sentirlo dentro de ella. Sin pensarlo dos veces, bajó las escaleras desnuda. Víctor se encontraba prácticamente en el mismo sitio donde ella lo había dejado, sin camisa y vestido únicamente con unos pantalones clásicos, no pudo esperar más, y ante el asombro de él, se acercó con desesperación y agarrándolo fuertemente del pelo lo besó con ansiedad. Víctor no se esperaba aquella reacción y el deseo de ella lo encendió instantáneamente, haciendo que la deseara con más intensidad que momentos antes, por lo que olvidó su estúpido castigo y como si fueran dos animales peleando por dominarse el uno al otro, cayeron en el sofá y rodaron al suelo. Bajándose con rapidez los pantalones la tomó en el suelo como si en ello les fuera la vida, y cuando Ana gritó de placer su nombre, Víctor sintió que alcanzaba el clímax junto a ella. El cuerpo de Víctor se desplomó sobre ella y comenzó a coger aire.

–No volveré a olvidar llamarte, y lo de la hora... puedo intentarlo. – afirmó Ana con la respiración entre cortada, provocando en Víctor una sonrisa de agrado y haciendo que éste la besara esta vez lenta y tiernamente.

–Creo sinceramente que sería buena idea vestirnos para la cena, no creo que a nuestros invitados les agrade encontrarnos en esta postura. – rio él.

–Sí, creo que no sería del todo correcto. – dijo ella riéndose también e incorporándose con la ayuda de él.

Eran las nueve de la noche, la limusina con Roberto y Alexia dentro no tardaría en llegar. Ana aún estaba decidiendo que ponerse, quería estar cómoda, pero Víctor no había entendido ese concepto a la hora de elegir su vestuario. Todo lo que tenía era de marca y demasiado caro para una cena entre amigos.

–Seguro que tu amiga viene arreglada– dijo Víctor con voz ronca al pasar detrás de ella poniéndose la chaqueta.

Ana rio mientras observaba a Víctor vistiéndose.

–¿Me he puesto algo mal? – preguntó él mirándose.

–Me encanta tu aire chulesco, nadie sabe llevar la chaqueta como tú– bromeó Ana, viéndolo satisfecho de su aspecto. – no me vendría nada mal que me prestaras un poco de esa seguridad que te caracteriza.

–Y eso lo dice la persona que pensaba encadenarse a un colegio– señaló él, acercándose a ella y besándola tiernamente. – ponte lo que quieras, estás guapa con todo, pero yo que tú me daría prisa, deben estar al llegar.

–Y... ya que has sido tú el que has encargado este completo vestuario... ¿Por qué no eliges algo para mí?– preguntó ella coqueteando con él.

–Está bien, – dijo él entrando en la habitación, – no debe ser tan difícil.

Víctor comenzó a pasar lentamente la mano por todos los vestidos: blancos, negros, azules, rosas pálidos...

–Tienes demasiados trajes y vestidos blancos y negros– observó Víctor.

–Justo lo que pensaba yo– afirmó ella.

–El lunes vete de tiendas y cómprate lo que quieras. – comentó él suspendiendo la mano en uno de los vestidos azul cielo. Se trataba de un vestido de raso, nada escotado pero con una franja elástica negra en la parte baja que se ajustaría a la figura de Ana perfectamente. La parte de atrás llevaba una abertura a través de la cual se podía ver la espalda de ella. Cuando Ana se estaba poniendo el vestido, David los llamó para anunciarlos que los invitados habían llegado y que estaban subiendo en el ascensor. Víctor bajó antes que Ana, y los recibió amablemente en el salón. Ana bajó segundos después, y se abrazó a sus amigos con alegría.

–Vamos a la terraza, tenemos la mesa preparada fuera. – comunicó Víctor señalándoles la salida.

Alexia no podía dejar de observarlo todo con la boca abierta, incluso a Víctor, detalle que molestó extrañamente a Ana. – “¿Se estaría volviendo

tan posesiva como Víctor?” – pensó arrepentida de haber tenido esa pequeña punzada de celos.

Roberto se sentía incómodo en presencia de Víctor, al fin y al cabo se trataba del dueño del hospital y en consecuencia su jefe, un jefe que extrañamente le había subido el sueldo.

–Gracias por venir, sé que Víctor no te gusta, pero dale una oportunidad... no es tan malo como lo pintan. – susurró Ana a Roberto cogiéndose de su brazo.

A Víctor no pasó desapercibido ese gesto, y a pesar de saber que lo que los unía era una gran amistad, sentía incluso celos de esa amistad.

Alexia sin embargo no podía apartar su mirada de los detalles que la rodeaban. La terraza ocupaba la tercera parte del apartamento, la baranda era de lujoso mármol oscuro e iba desde un extremo a otro de la planta. Fuera, tal como había dicho Víctor, se encontraba una gran mesa redonda, con todo preparado.

–Sentaos e id mirando lo que os apetece cenar. – indicó él.

–Ahora desde una esquina del salón salen tres camareros con frac. – bromeó Alexia.

–No... exactamente, los llamo y nos suben la cena. – dijo Víctor.

–¿Desde dónde nos la suben?– preguntó Alexia con tremenda curiosidad.

–Del restaurante que se haya situado en la primera planta, del que soy propietario. – explicó él sin darle importancia.

Alexia se quedó sorprendida por la respuesta, pero como si fuera una niña curiosa no dejó de preguntar sobre todo lo que veía, como por ejemplo, el agua que caía lenta y silenciosamente en cascada por una pared recta de mármol cerca de la corredera que daba a la terraza.

–El agua cae de la planta superior en la que se encuentra la piscina. – explicó pacientemente él, divertido por lo asombroso que le parecía todo a Alexia.

Mientras, Roberto y Ana permanecían callados sintiendo como monopolizaban la conversación.

–Roberto, sé que no es momento de hablar de trabajo, – comentó Víctor cambiando de conversación– pero la universidad de Canadá ha solicitado a uno de los médicos del hospital para que vaya a ocuparse durante un mes de la coordinación de la planta experimental en la que están trabajando para la cura de una enfermedad de esas raras. La persona que elija el centro, irá a gastos pagados y cobrando el doble de lo que cobraría aquí en tres meses. Me han preguntado si tendría alguna preferencia sobre alguno de los médicos, y he pensado en ti.

–¿En mí? Pero... yo hace poco que he llegado. – dijo Roberto entre excitado y nervioso por la oportunidad que se le brindaba.

–Sí, pero antes de nada quería saber si aceptarías, no quiero proponerte y luego obtener una negativa.

–Claro que sí, me encantaría tener el honor de ir. – contestó Roberto con una sonrisa.

–Pero Canadá está muy lejos...– protestó Ana, sin saber que sentir hacia la decisión tomada por Víctor. Por una parte, comprendía que se trataba de una gran oportunidad para su amigo, pero por otro lado no quería estar sin él un mes entero.

–Ana, solo será un mes, y tienes aquí a Alexia– argumentó Roberto, y escuchando carraspear a Víctor, se apresuró a añadir– y a Víctor también lo tienes junto a ti.

–Ya... lo sé... pero es que... te echaré de menos, eso es todo. – dijo Ana, con un nudo en la garganta. – pero me alegro por ti, de verdad que sí.

–¡Ei! ¡a ver si voy a ponerme celosa! ¡En nueva york no te dio tanta pena abandonarme para venirte al culo del mundo!– exclamó Alexia intentando despejar la tensión que había.

Después de aquellos momentos, el resto de la velada fue entretenida y relajada; Roberto y Ana contaron anécdotas de cuando eran pequeños y se escapaban de clase, o cuando Ana escapó de su habitación como en las películas, atando sabanas, todo para asistir a un concierto que sus padres le habían prohibido.

A Víctor le gustaba escuchar cosas de la infancia de Ana, pero odiaba que fuera otro el que las contaba, y se alegraba de poder apartarlo del lado de Ana durante mínimo un mes.

La noche terminó y sus amigos, después de despedirse de ellos se marcharon agradeciendo la cena.

Cuando Ana vio desaparecer a Roberto y Alexia en el ascensor, sintió una punzada de envidia. Tenía a sus dos mejores amigos junto a ella y no podía irse con ellos.

Víctor intuyó lo que pasaba por su cabeza, y con una extraña ternura, se acercó por detrás y la abrazó por la cintura besándola suavemente en el cuello.

–Ahora mismo estorbarías, por muy buenos amigos que sean tuyos, detecto cuando alguien ha tenido algún tipo de contacto, y te puedo asegurar que entre esos dos ha habido algo.

–No creo... ¿Ya?– preguntó Ana girando la cabeza para mirarlo.

–Si, ya, esa pelirroja tiene mucho peligro. – afirmó él, ganándose un codazo en el estómago por parte de Ana.

–¡Eh! No se te ocurra encandilar a mi amiga con tus encantos. – bromeó Ana deshaciéndose de sus brazos y también de sus zapatos.

–Voy a hacer construir un zapatero en la entrada del apartamento, o eso, o me veo tropezando con tus zapatos todos los días. – comentó él riéndose.

–Ya te dije que no es fácil vivir conmigo. – dijo seductoramente, cogiendo los zapatos, y con ellos al hombro movió el trasero subiendo las escaleras provocativamente.

Mientras Ana subía las escaleras, Víctor recibió una llamada al móvil, que descolgó distraídamente, pero que en cuestión de segundos captó su completa atención.

Ana vio el cambio en el semblante de él, de pronto el color había abandonado su rostro, y parecía el de un hombre aterrado al que acaban de dar una mala noticia. Sin pronunciar palabra, salió a correr hacia las escaleras en dirección a su dormitorio, Ana salió tan rápido como pudo tras él, pero cuando llegó a la puerta del dormitorio ahogó un grito de terror. Desde un extremo a otro de la cama, habían pintado con espray negro una gran X, dejando en el centro una rosa negra con los pétalos esparcidos alrededor.

Víctor se fue directo a uno de los cajones del tocador y sacó un arma, Ana sentía un nudo en el estómago que no la dejaba respirar, sus pies se habían quedado paralizados y su cara se había descompuesto. Víctor la cogió de la mano, y bajando con precaución al salón, llamó a sus hombres, que en menos de un minuto se personaron allí cargados de armas hasta los dientes. Víctor la dejó en el salón con David, que también estaba visiblemente armado, y él subió al dormitorio mientras los demás registraban minuciosamente todo el apartamento.

A los dos minutos de haber subido, Víctor apareció cargado con una maleta. Estuvo hablando un instante con sus hombres y sin dar más explicaciones, cogió a Ana de la mano y la arrastró al ascensor con él y David que los seguía como si fuera su guarda espaldas.

–¿Dónde vamos? ¿Qué ha pasado? ¿Quién ha podido hacer eso? ¿y cuándo? ¿Quién te ha llamado? ¿Qué te ha dicho?– preguntó Ana comenzando a reaccionar y sintiéndose aún más asustada.

–Vamos a uno de mis hoteles, no sé qué ha pasado, ni se quien ha podido hacer algo así, el momento en que lo ha hecho lo averiguarán mis hombre, y por supuesto la llamada era anónima, me ha amenazado con hacerte daño. – contestó Víctor lo más franco que pudo.

–No me has tranquilizado, si es lo que pretendías. – contestó Ana sintiendo nauseas.

–No pretendía tranquilizarte, quiero que comprendas la gravedad del asunto, y que no te separes de mí ni un segundo. – ordenó él.

–No te preocupes, no tengo intención de separarme ni de ti, ni de tus armas. – contestó ella, muy seria. Víctor no tuvo más remedio que sonreír al comprobar que Ana le estrujaba el brazo.

–No te preocupes, soy el hombre más poderoso de la ciudad, y también el más protegido. – intentó tranquilizar él.

## **CAPITULO VII:**

Una vez llegaron al hotel, que se encontraba a diez minutos del apartamento, subieron directamente a la planta del ático donde Víctor tenía su habitación.

–¿Es que tienes habitaciones por todos lados?– preguntó ella sorprendida.

–No, solo en los hoteles, edificios y centros que son míos. – contestó Víctor, esperando a que sus dos hombres se cercioraran de que en el interior todo estaba correcto y no existían indicios de nada extraño.

–¿Y si vuelve a entrar alguien?– preguntó Ana asustada, mirando a todos lados.

–No te preocupes, David y Ron se quedaran toda la noche haciendo guardia en nuestra puerta. – contestó él, abrazándola e intentando tranquilizarla –. Estás temblando, voy a pedirte algo para que te lo tomes y te relajes un poco.

Víctor habló con el servicio de habitaciones y al instante una de las camareras se presentó en la puerta con una tila y un relajante para que se tranquilizara un poco.

–No me gustan las pastillas– protestó ella.

–Pues esta te la tienes que tomar, no quiero tenerte enganchada en el techo toda la noche como spiderman al más mínimo ruido. – contestó él haciendo que se la tomara.

–¿Vas a dormir conmigo? – preguntó Ana sintiendo ya los efectos del relajante.

–Por su puesto nena. – contestó él dándole un beso en la frente. La cogió en peso medio dormida y la llevó a la cama, acostándose junto a ella.

En aquel momento no quería hacerle el amor, tan solo deseaba abrazarla y protegerla. Mientras la miraba dormir en sus brazos, el odio hacia la

persona que había osado invadir la seguridad de su hogar se iba intensificando rápidamente. – “Mataré al que se ha atrevido a amenazarme”– pensó Víctor furioso.

A la mañana siguiente, cuando Ana despertó, Víctor no estaba junto a ella. Tuvo que hacer un esfuerzo para situarse y pensar en qué lugar se hallaba, y el pulso se le aceleró al recordar donde se encontraba y el motivo. Ana se puso la camisa de Víctor salió del dormitorio a buscarlo. El apartamento era muy grande, pero solo de una planta, al no encontrarlo en el interior pensó que habría salido. Comenzó a girarse para volver a vestirse cuando escuchó la voz de él en la terraza. La última planta del hotel era un ático enorme, por lo que la terraza era amplia y luminosa. Víctor estaba sentado en una mesa con el desayuno puesto, sujetaba el periódico con una mano y el móvil con la otra. Ana lo observó desde lejos sin ser vista, y lo que vio no la tranquilizó en absoluto; Víctor se sentaba y se levantaba de la silla nervioso, mientras voceaba a alguien al otro lado de la línea, colgaba e inmediatamente hacía otra llamada. Ana decidió que no estaba bien observarlo desde lejos, y avanzando por la terraza se sentó frente a él en la pequeña mesa de hierro ornamentado en la que estaba el desayuno preparado para los dos. Él se dio cuenta de su presencia, y zanjando rápido el tema que tenía entre manos cortó el móvil.

–¿Tú nunca te despides por teléfono?– preguntó Ana intentando destensar el ambiente.

–No me resulta útil– contestó él con el rostro serio, sentándose junto a ella.

–¿Sabes algo de lo de ayer?– preguntó Ana intentando parecer relajada.

–Si, se unas cuantas cosas, pero tú no te preocupes, todo está solucionado. – respondió Víctor, tomándose el café. – por cierto, tengo unos negocios en Marruecos que necesito atender, estaré fuera una semana.

–¿Me vas a dejar sola con todo lo que ha pasado?– recriminó Ana.

–No, por eso te vienes conmigo–. Zanjó Víctor.

–¿Marruecos? Yo no pinto nada en Marruecos, yo tengo aquí mi trabajo, no puedo faltar. Además Alexia acaba de llegar, y Roberto ya mismo se va. – Dijo Ana atropelladamente.

–No es negociable, aún no sabemos quién entró anoche, y si te quedas aquí puede ser peligroso. Mañana salimos por la mañana, esta tarde iremos al apartamento para recoger lo que quieras llevarte, ahora si quieres puedes decirle a David que te lleve a despedirte de tus amigos. Al trabajo no hace falta que vayas, los he llamado y se lo he dicho ya. – explicó levantándose para irse.

–¿Pero es que no cuenta nada lo que yo pueda opinar? – objetó Ana en un intento desesperado por hacerlo entrar en razón.

–No, ahora mismo con quien estás más seguro es conmigo. – y dándole la espalda se dispuso a salir.

–Antes de conocerte nadie me había amenazado, no sé si contigo estaré más segura que sola–. En el instante en que sus palabras fueron pronunciadas se arrepintió de haberlas dicho. Sintió una punzada de remordimiento al ver que Víctor se detenía a medio camino.

Él sabía que Ana tenía razón y eso lo enfurecía aún más, no había dejado de pensar en esa idea desde que ocurrió lo de la noche anterior. Rechinó los dientes ante la impotencia de no haberla podido proteger, pero ahora no era momento de echarse atrás en su decisión, por lo que sus pies volvieron a ponerse en movimiento hacia la puerta, y se marchó dejando instrucciones de que no la perdieran de vista.

Cuando Ana salió de la habitación del hotel, se encontró en la puerta con uno de los hombres de Víctor.

–Buenos días señorita– saludó Rolan siguiéndola.

–Buenos días...– contestó Ana extrañada. – ¿Se puede saber porque me sigues?

–Son ordenes, señorita, desde hoy soy su guarda espaldas. – contestó Rolan.

Ana comenzó a soplar y a protestar, pero inmediatamente comprendió que no servía de nada intentar anular una orden de Víctor. Tendría que soportar la ser seguida a todos lados por aquel mastodonte enorme con gafas de sol.

“¡Joder si tanto interés tenía en su protección que le diera un arma!” pensó malhumorada.

Cuando entró en el coche, vio la cara ya familiar de David. En primer lugar le dijo que fuera al hospital, “seguro que sería más rápido despedirse de Robert antes que de Alexia”.

–David, Víctor me ha dicho que estáis solucionando lo de anoche, ¿se sabe algo más? Es que me lo ha explicado mientras desayunábamos pero estaba distraída con el periódico y no me he enterado. – mintió ella.

–Señorita, alguien debería decirle que sabe mentir muy mal. – sonrió David mirándola por el espejo retrovisor.

–Lo sé, pero... ¿tan mala soy? ¿ha sido tan poco creíble?– rio Ana, comprendiendo que no tenía nada que hacer con David.

–No creo que se distrajera con un periódico de economía, y mucho menos que el señor la haya informado de todos los detalles. – explicó David.

–Vale, ¿Y no podrías... sin que Víctor se enterara, hablar en voz alta sobre lo que habéis averiguado?– sugirió ella.

–Resulta que alguien se coló en el apartamento al llevar la cena. Dejaron inconsciente a uno de los camareros que iban a subir y se hicieron pasar por uno de ellos. Hemos intentado verle la cara en las cámaras de seguridad, pero no se le ve casi nada. Estamos intentando ver las cámaras de los negocios más cercanos, por si en ellas se nos muestra mejor la imagen, también encontramos huellas en el dormitorio de la que hemos sacado algunas muestras. – explicó David.

–Es decir, aún no tenéis nada, en cualquier momento podría volvernos a atacar...– dijo Ana comprendiendo la gravedad de la situación.

–Eso no volverá a ocurrir señorita, estamos tomando todas las medidas necesarias. – aseguró David.

–Si, todas las medidas necesarias para estar en una cárcel continua, para no tener libertad. Y mientras, ese tipo está suelto y haciendo lo que le da la gana– dijo Ana amargamente mirando a través del cristal.

Se hizo un silencio incomodo que se rompió al llegar al hospital y abandonar Ana el coche. Subió por las escaleras con Rolan pisándole los talones, de repente se detuvo a mitad de camino y casi lo hace tropezar con ella.

–¿Es que no puedes ir más lejos de mí? Ya he llamado suficiente la atención ¿no crees?– protestó Ana mirándola fijamente. – no es que no te agradezca lo que haces, pero necesito respirar.

–Señorita, le temo más al señor que a usted, y si dejara que le pasara algo...– explicó Rolan.

–Lo sé, lo sé, pero necesito un poco de aire, por favor. – dijo Ana en tono de súplica.

El hombre lo entendió y decidió separarse un poco de ella para dejar un espacio prudencial entre los dos.

Aquella mañana fue desquiciante para Ana, se encontraba agobiada, asustada y exasperada. Todo eso derivó en un cabreo monumental que no sabía cómo sacarse de dentro. Cuando regresó al hotel después de haberse despedido de sus amigos, decidió bajar al gimnasio y practicar un poco de boxeo, por su puesto con Rolan en la puerta observándola, lo que hacía que se sintiera aún más motivada para golpear el saco.

Víctor en cuanto llegó fue informado de donde se encontraba ella, por lo que al entrar y verla cubierta de sudor, con pantalones cortos de deporte y una camiseta que tan solo le tapaba los pechos, le dieron ganas de arrancarle ese pequeño mini conjunto y arrastrarla a la cama. Avanzó lentamente recreándose en su visión, Ana aporreaba el saco con golpes precisos y muy técnicos. Víctor hizo un gesto con la mano a sus hombres y en cuestión de segundos desalojaron el gimnasio y cerraron las puertas.

–¡Vaya, si está aquí el todo poderoso e invencible señor Adietrich!– gritó Ana furiosa al ver la facilidad con que había conseguido que todo el mundo se marchara.

–No sabía que boxearas tan bien– comentó Víctor quitándose la chaqueta y dejándola en uno de los bancos de abdominales que había situado cerca.

–No sabes muchas cosas de mi– contestó Ana sin dejar de golpear el saco.

–¿Una mañana dura?– preguntó Víctor, recorriendo con un dedo la espalda de ella.

Pero Ana no iba a dejarse embaucar, estaba demasiado furiosa como para rendirse a sus pies, por lo que lo apartó con un gesto de desdén, y

enfrentándose a él lo amenazó con los puños.

–Yo que tu no tentarías la suerte. – amenazó ella.

–¿Quieres pelea? – preguntó él divirtiéndose. – si no eres capaz de luchar no te metas en el campo de batalla.

–El que dudo que sepa luchar eres tú, no creo que ni siquiera hayas sudado en toda tu vida. – retó Ana, pero si quieres intentarlo...

Víctor cogió al vuelo los guantes que Ana le lanzaba, él, muy tranquilo, se quitó la camisa y los zapatos. Incluso de esa forma parecía el hombre más atractivo del universo. Ana no pudo evitar morderse el labio al verlo únicamente con los pantalones del traje y los guantes de boxeo.

– Lo ideal sería ir al rin, ¿no crees?, no quería lesionarte al lanzarte sobre alguna máquina. – sugirió Víctor abriéndole paso hacia el rin.

Ana lo miró con mala cara, pero estaba tan cabreada que le daba igual el sitio, tan solo deseaba darle un puñetazo en su cara bonita y desahogarse.

Cuando se encontraban en lo alto del cuadrilátero, Ana comenzó a moverse alrededor de él pegando pequeños saltitos, y sin esperar a que él calentara le asestó un sonoro puñetazo en el pómulo derecho. Víctor, que realmente no se lo esperaba, se quedó sorprendido por la velocidad y la fuerza con la que le había pegado.

–Disfruta tu único golpe, porque será solo eso, único. – dijo Víctor sonriendo.

Ana no contestó, en lugar de eso, intentó asestarle otro rápidamente para que no se recuperara, pero él que lo vio venir se agachó y arrastrando sus piernas la barrió con un movimiento técnico. Una vez que estaba en el suelo, se puso sobre ella sujetándola por las manos, pero Ana, sin permitir que la inmovilizara le dio un golpe imperfecto en la entrepierna. A pesar de que no le hizo el daño que ella pretendía, Víctor se resintió levemente, situación que Ana aprovechó para aprisionarlo bajo ella, imitando la postura que momentos antes él había tenido para con ella.

–Ese barrido es de King Boxing, no me habías dicho que sabías boxear tan bien. – comentó ella con una sonrisa seductora al verse como dominadora encima de él.

–No había probado nunca esta postura, pero ahora no es el momento–

dijo él, poniéndose de con un movimiento rápido sobre ella.

A Ana se le había pasado el cabreo y ahora sonreía divertida al igual que él.

Víctor se quitó los guantes, y aún sobre ella, observó lenta y detenidamente cada musculo de su cuerpo.

–No puedes imaginar lo mucho que me ha excitado verte darle al saco, con todo tu cuerpo empapado en sudor y ese mini conjunto deportivo.  
– susurró él, acercando sus labios al vientre de ella, y subiendo lentamente por él.

Ana comenzaba a sentir las pulsaciones aceleradas y la respiración entre cortada, cerró los ojos y se dejó llevar como siempre hacía cuando él la tocaba. Con los dientes subió la camiseta de ella dejando los pechos al aire y con deseo comenzó a besar cada rincón de su piel. Cada vez que Ana gemía de placer, el ritmo de Víctor se intensificaba más, por último él agarró a Ana del pelo y la obligó a mirarlo – no dejaré que te ocurra nada, antes mato al mundo entero si es necesario ¿me entiendes?– preguntó en el mismo instante en que la hacía suya con la firmeza y seguridad de quien toma lo que es de su propiedad. Ana, después de hacer un gesto de afirmación, sintió como Víctor la poseía, y sin comprender por qué se sintió segura en sus brazos, supo que no deseaba estar en otro lugar. Cuando ambos se sintieron llegar a la culminación de un placer que ya conocían muy bien, se dejaron llevar. Cuando Víctor comprendió en aquel momento que sentía algo más por ella, se asustó de sus propios sentimientos y quiso romper el silencio en el que se habían sumido descansando uno en los brazos del otro.

–Bueno, ya que te he arrastrado del lado de Alexia y Roberto para llevarte conmigo una semana... es justo que esta noche elijas tú donde cenar. – dijo él levantándose del suelo y ayudándola a ella también.

–¿De veras? ¿y el control del poderoso señor Adietrich sobre todas las cosas? ¿estás seguro de cederme por una noche ese poder?– preguntó ella riendo.

–Saliendo esas palabras de tu boca no han sonado tan bien como en mi mente... no sé si ha sido buena idea...– titubeó pensativo.

–Ahora no puedes echarte atrás, esta noche eres mío. – aseguró ella

riendo, y dándose cuenta de que lo que acababa de decir era lo mismo que él siempre decía sobre ella.

–Me das miedo. – bromeó él encantado de verla reír.

Ana ya estaba corriendo hacia la puerta– ¡déjalo en mis manos! Tu solo ponte algo cómodo, nada de trajes de chaqueta.

A las diez y media de la noche, Ana estaba lista para salir, se sentía nerviosa, ya que lo que había pensado podía no ser del agrado de Víctor, pero como decía su padre “Quien no arriesga no gana”.

Víctor apareció a los diez minutos con unos pantalones de lino blanco y una fina camisa negra. Su espeso pelo oscuro y ondulado aún estaba húmedo por la ducha que acababa de darse, y sus verdes ojos parecían haber nacido para ser admirados.

–Que, ¿estoy bien?– preguntó él dándose cuenta del rato que llevaba Ana observándolo.

–Estás perfecto– contestó ella sonriéndole seductoramente.

–Tu tampoco estas nada mal– dijo él acercándose a ella, y agarrándola de la cintura posó un beso suave pero lento en sus labios.

Después de aquello, Ana intentó separarse a tiempo ya que si no todo lo que había planeado saldría mal.

–Vamos, el coche nos está esperando– apremió ella cogiéndolo de la mano y arrastrándolo al ascensor.

Aquella noche sentía que era especial, no comprendía por qué pero sabía que todo saldría bien. Sin que Víctor lo esperara, Ana se inclinó hacia él y le dio un beso.

–Creo que le voy a coger gustillo a esto de controlar– rio ella.

–Y... ¿puedo saber ya nuestro destino, o tengo que esperar hasta que nos bajemos del coche?– preguntó él, que en realidad sentía bastante curiosidad.

–No seas impaciente, ya mismo llegamos. – dijo ella volviéndolo a besar.

El coche se alejó del bullicio de la ciudad, las luces comenzaron a abandonarlos, y la luna fue recuperando la intensidad y la hermosura que

las luces cubren. De pronto Víctor incluso a través de los cristales pudo oler el mar, el coche comenzó a bajar una empinada cuesta que a él se le hizo interminable. Cuando el coche llegó al final del estrecho camino, se detuvo y espero que bajaran.

–¿Ya hemos llegado? ¿y el restaurante?– dijo Víctor sintiéndose molesto con la idea de pisar la arena.

Ana no contestó a ninguna de las preguntas de Víctor, se fue al maletero y David le dio una cesta enorme de picnic, no antes sin hacerle un gesto deseándole suerte. Cuando él la vio aparecer con la cesta se quedó tan sorprendido que no se dio ni cuenta de que el coche daba la vuelta sin ellos y subía de nuevo la cuesta.

–¿No pretenderás que cene en el suelo?– preguntó Víctor percatándose de que estaban solos en una pequeña cala de playa. – ¿no has pensado en que cualquiera puede estar acechándonos?

–No te pongas nervioso ni paranoico– dijo Ana muy tranquila dejando caer la cesta y poniéndose las manos en jarras–. A esta cala de la playa solo se puede acceder por el camino por el que acabamos de bajar. Tenemos bastantes de tus hombres rodeando todas las posibles entradas en caso de que a alguien se le ocurriera la loca idea de lanzarse a bastantes metros a oscuras.

Víctor miró hacia arriba y comprendió que era imposible que alguien bajara por ningún lado, Ana había hecho lo correcto, y ahora se sentía arrepentido de haber dudado de ella.

–¿Estás satisfecho, o quieres que llame a David y que nos recoja? – preguntó ella enfadada.

–No... me parece bien...pero... ¿la playa? No es por nada Ana, pero sabes que no me gusta la playa. – comentó él.

–Ya lo sé, por eso mismo voy a enseñarte que no todas las cosas se pueden controlar, que hay cosas que son incontrolables y por ese mismo motivo son bellas.

–Sí, eso ya lo he aprendido contigo. – dijo Víctor acercándose a ella. Con las dos manos enmarcando su rostro la besó percibiéndose una leve sonrisa en sus labios. – bueno, ¿ahora cuál es el siguiente reto?

–Primero quítate los zapatos como yo he hecho, y luego te agradecería

que cogieras esta enorme cesta que pesa más que el saco del gimnasio.  
– sugirió ella divertida al ver la expresión del rostro de Víctor al pensar que tenía que andar descalzo por la arena.

–No me seas tiquismiquis y vamos, demuestra que eres el hombre poderoso que no le tiene miedo a nada. – y avanzando decidida delante de él, avanzó hasta ponerse a unos seis metros del rompeolas.

Víctor la observaba caminar delante de él, su corto vestido de gasa se movía constantemente de un lado a otro con la elegancia de una brisa que la hace mecer para confundirse con ella. Cuando se detuvo, volvió su cabeza indicándole que aquel era el lugar perfecto. Víctor dejó la pesada cesta en ese lugar y sorprendido vio como Ana sacaba un pequeño mantel azul y lo extendía en la arena. A los dos minutos Ana había montado una mesa que sería la envidia de los mejores restaurantes; los platos estaban ya preparados, y por el menú que había escogido, Víctor pudo deducir que la cena procedía de su restaurante. Una vez todo colocado, sacó algo más de la cesta, parecían dos pequeñas lámparas de cristal cuyo interior arropaba una pequeña vela que ella encendió con destreza.

–Creo que has confundido tu profesión– opinó Víctor sonriendo–  
¿nunca has pensado trabajar en un restaurante?

–Si, el problema es que soy malísima cocinera. – reconoció ella  
divertida.

Ana repartió los cubiertos, pero Víctor que jamás había cenado en el suelo, resultó algo cómico de presenciar; no sabía cómo ponerse, si boca abajo, sentado con el plato en las piernas o al estilo indio. Ana, después de reírse un rato a costa de él, decidió ayudarlo un poco, y sacó de la cesta una pequeñísima mesita plegable para que pudiera poner encima el plato.

–Lo siento, es que yo soy de polución. – dijo él a modo de justificante.

–Víctor, nunca me has hablado de tu familia, solo sé que tenías hermanos mayores por lo que me dijiste de tu apodo. – comentó ella,  
mientras comenzaban a cenar.

–Mi madre es argentina y mi padre es italiano, se conocieron en un mundial de futbol y mi padre se enamoró perdidamente de ella. Se casaron en Argentina y se quedaron a vivir allí. Uno de mis tíos por parte de padre consiguió hacerse un hueco en el mundo de los negocios

y les prestó el dinero que necesitaban para montar un restaurante ítalo-argentino. – explicó Víctor mientras tomaba un sorbo de vino-. Él fue quien me hizo como soy, mi tío Dónovan me llevó con él a Estados Unidos, me metió en la mejor universidad y me dio todo lo que necesitaba para triunfar. Gracias a él tengo todo lo que siempre he soñado. Si no, en estos momentos estaría trabajando en Argentina en el negocio familiar y viviendo en un apartamento más pequeño que un pañuelo.

–Estás muy equivocado– dijo Ana, haciendo que él la mirara con cara de sorpresa –. Por desgracia tu tío ha cultivado en ti aquello que hace que desprecies a la gente. No te enseñó a respetar a los demás, ni te enseñó a valorar el amor de una familia. Lo único que te enseñó a querer fue el dinero, por eso crees que a la gente puedes comprarla, y no te digo que sea mentira. El dinero mueve el mundo, y por desgracia hay demasiadas personas que para sobrevivir y alimentar a sus hijos necesitan de esepreciado dinero que a ti te sobra. Pero cuando un padre llega a casa con una piruleta, su hijo da un salto y con una cara de felicidad le da un beso y se va tan contento a comérsela. Por las noches, ese padre al que tú has comprado y que se ha humillado ante ti momentos antes, ahora es un héroe para su hijo, quien le pide suplicante que lo achuche mientras duerme y que le cuente un cuento, el que sea, ya que todos le parecen estupendos si vienen de ese gran hombre que cada día se deja el pellejo para mantener a su familia. Sin embargo tú te irás solo a tu lujoso apartamento pensando lo bueno que eres al haber sacado de ese hombre más de lo que hubieras imaginado, pero al fin y al cabo él tiene amor, tu solo tienes soledad.

Víctor se quedó sin saber que contestar, sus ojos se humedecieron pero no dejaron que Ana se percatara de ello.

–Y eso lo dice una persona que siempre ha vivido en la riqueza. – contestó Víctor intentando ganar aquella batalla. – alguien que desde pequeña fue a los mejores colegios y estudio en las mejores universidades. Yo a eso lo llamo hipocresía, no se puede vivir en una mansión y dar clases en el barrio marginal, no puedes dar clases de austeridad cuando tú nunca la has tenido. Y no me digas que no sé lo que es la familia, adoro a mis padres y a mis hermanos, pero yo he

querido ser más que ellos, no me he conformado. Pienso que cada uno labra su propio futuro, y los demás no son mi problema, que hubieran jugado mejor sus cartas. Yo no nací rico como tú, he tenido que luchar para conseguirlo. En la universidad, mientras los demás se iban de fiesta, yo estudiaba, mientras los demás bebían cervezas viendo el fútbol, yo tomaba café para mantenerme despierto toda la noche y sacar las mejores notas de la promoción, y mientras los demás salían con chicas, yo trabajaba descargando camiones para costearme ciertos lujos que me permitieran acceder a importantes contactos que me fueran útiles para mi futuro trabajo. ¡Así que no me hables de esfuerzo, cuando tú eres una niña mimada que jamás ha sentido la necesidad de luchar!

–¡Tú sí que no tienes ni idea de quién soy yo!, siento haberte juzgado mal, pero tú también lo has hecho. – contestó Ana cabreada–. Sí que es cierto que mis padres son ricos y yo nunca he pasado necesidades de ese tipo, pero sé lo que es pasar necesidades de otro tipo.– comentó Ana con los ojos húmedos.– Desde muy pequeña, mis padres me metieron en un internado de esos pijos en los que se lleva uniforme hasta para dormir. Me alejaron de mis tres hermanos mayores y de mi tía, una mujer mayor que prácticamente fue la que me crio, y que por desgracia falleció el año pasado. Mis padres estaban todo el día viajando y yo estaba todo el día con niños jugando al fútbol o a subirme en los árboles.

–Me encantaría que me lo demostraras alguna vez– dijo Víctor con una sonrisa, al verla en su mente subida a un árbol.

–Bueno, el caso es que la directora de mi colegio les sugirió a mis padres que me metieran en aquel horrible internado en el que me convertirían en una señorita educada. Mis padres, muy preocupados por mi educación me separaron de todo lo que yo había conocido y me metieron en un lugar donde las niñas eran odiosas y cursis, donde se rezaba todos los días y se pintaban las uñas.

–¿Por eso tu nunca te las pintas?– preguntó Víctor riéndose.

–Sí, creo que me traumatizó tanto color rosa chicle– bromeó ella.

–Perdona por interrumpir, sigue con la historia, se está poniendo muy interesante, pero te han faltado las palomitas. – señaló él.

–Como me interrumpas de nuevo, te quedas sin postre. – amenazó

Ana—. El caso es que la única forma de salir de allí era graduada, por lo que estudie dura hasta mi graduación y mi mayoría de edad. Después hice lo que me dio la gana, antes de irme a la universidad decidí estar un año viajando.

—Eso es de muy pobres— dijo él intentando provocarla.

—Lo es si te vas al Tíbet con una única mochila colgada al hombro. — explicó Ana.

—¿Hiciste eso? ¿y tus padres te dejaron?— preguntó Víctor realmente preocupado por lo que le podría haber pasado.

—No les quedó otra opción, me dieron por perdida y fingieron delante de los amigos que me había ido a estudiar nuevas culturas. En el Tíbet conocí a un monje que me enseñó a dejar el resentimiento a un lado e intentar crear mi vida como quisiera que fuese. Claro que, eso me lo aconsejó porque no sabía que tú te cruzarías en mi camino, si llega a saber lo controlador, insufrible, egocéntrico, pijo y borde que eres me habría aconsejado pegar al primero que me mirara. — comentó riéndose.

—No soy tan pijo, — objetó Víctor frunciendo el ceño.

—Víctor, necesito ayudar a los demás, me siento menos culpable por haber vivido una vida tan fácil si siento que he venido a este mundo para hacer algo no solo para adornarlo.

Los dos habían terminado de cenar, y después de haberse contado mutuamente sus intimidades, se hizo un silencio incómodo.

—No sé si te servirá lo que te voy a decir, — comentó Víctor mirando al mar. — pero desde que estás conmigo he descubierto que efectivamente antes estaba solo y no lo sabía.

Ana lo miró con ganas de abrazarse a él y decirle que ella también sentía lo mismo, pero tenía miedo de desnudar sus sentimientos y sufrir después cuando se cansara de ella y dejaran de verse.

—Gracias, a mí también me gusta estar contigo— fue lo único que pudo decir Ana. Le hubiera gustado decir que estaba empezando a sentir por él algo que jamás había sentido por nadie, ni si quiera por su antiguo novio. Que cada vez que la abrazaba se sentía segura y protegida frente al mundo, y que cada vez que hacían el amor sentía alcanzar las

estrellas. Pero todo eso fueron palabras no pronunciadas.

–Me alegra haber venido a este lugar, a pesar de estar sufriendo con la arena metida por todos lados de mi cuerpo. – afirmó él mirándola tiernamente.

Ana en ese momento se levantó, y Víctor extrañamente sintió tristeza por la finalización de aquella noche en la que había llegado a conocerla mejor que en las semanas anteriores. Pero Ana no se levantó para irse, se adelantó al rompeolas, y de espaldas a él, se quitó el vestido, se quedó totalmente desnuda, volvió su cabeza para mirarlo e invitarlo a seguirla y lentamente se introdujo en el mar.

Víctor se quedó embelesado observando su cuerpo tostado por el sol y bañado por esa luna llena que lo iluminaba como si quisiera verla mejor. A lo lejos tan solo se veían las estrellas, y la imagen de Ana introduciéndose lentamente en el mar infinito bajo la luna, y un cielo azul cubriéndola de pequeños diamantes estrellados, aquella sería una imagen que perduraría en su mente para siempre. Cuando ella se introdujo en el mar hasta la cintura, le hizo un gesto para que fuera al agua con ella, pero Víctor no tenía ninguna intención de ir, y se quedó dónde estaba. Pero de repente, vio como Ana desaparecía en el agua bruscamente y no subía a la superficie. Con un salto, salió a correr al mar a toda velocidad metiéndose con los pantalones puestos y buscándola desesperado. Cuando Víctor estaba a punto de sumergirse más adentro, sintió como Ana se agarraba a su cintura y comenzaba a besarle desde la parte baja del ombligo hasta sus hombros.

–La próxima vez que me des un susto de ese tipo te ahogo, – amenazó él cerrando los ojos ante el contacto de la boca de Ana en su cuerpo. – no, pensándolo mejor... voy a ahogarte ahora– y cogiéndola por los hombros la hundió con él besándola apasionadamente bajo el agua. Cuando ambos salieron, estaban sin respiración, el mar estaba tan calmado que apenas se escuchaba el rompeolas, tan solo se oían los corazones latiendo aceleradamente a la vez. Víctor cogió la cabeza de Ana con una mano y agarrándola del pelo, la inclinó para poder besar su cuello tranquilamente. Ana sentía un calor que la quemaba por dentro, y a pesar de estar en el agua, sintió que su cuerpo era como

lava incapaz de contener. Pero esta vez no iba a estarse quieta, desde que había descubierto el placer de controlar a Víctor sintió la necesidad de devorarlo.

–Esta es mi noche, déjame hacer contigo lo que quiera– susurró Ana a su oído.

Víctor, sintió que se lo debía, por lo que decidió concederle ese deseo por esta noche.

–Solo por esta noche– aclaró él.

Ana sintiéndose excitada, le quitó los pantalones de lino con los que se había metido en el agua, y lanzándolos a la arena, lo miró y sintió que él estaba tan excitado como ella. Lamió con lentitud cada centímetro de piel de él, haciendo que este gimiera de placer, y sintiendo que no podía alargar mucho más aquello, lo agarró del pelo y lo besó con desesperación, se subió encima de él a horcajadas y se dejó caer sintiéndose llena al ser poseída por Víctor. Víctor tomó el control de la situación en aquel momento, ya que Ana se sentía tan extasiada que tan solo tenía fuerzas para agarrarse a su cuello y dejarse llevar por el torbellino de sensaciones que sabía estaba por llegar.

Después de aquella noche, en la que durmieron bajo las estrellas desnudos, Víctor supo que su concepto de la playa había cambiado. Ana había conseguido demostrarle que no hacían falta grandes lujos para ser feliz, y también había descubierto que su amor por ella era más fuerte de lo que pensaba. Pero aquella idea lo alteraba, por primera vez en su vida se sentía inseguro, “¿y si cuando terminaran los cinco meses quería irse? ¿Sería capaz de volver a amenazarla? No podría retenerla contra su voluntad, pero tampoco sería capaz de vivir sin ella”.

## **CAPITULO VIII:**

A la mañana siguiente, no se encontraban en condiciones de viajar, el vuelo estaba previsto para las doce, pero estaban cansados, y Víctor decidió coger su avión privado e ir en él.

–Si tienes avión privado... ¿Por qué íbamos a coger uno normal?– preguntó Ana en la cama del hotel, bostezando sonoramente.

–Porque es más seguro dada nuestra actual situación. Pero ya he mandado a mis hombre a que inspecciones hasta el último rincón y lo tengan preparado para esta noche.

–Ummmmm... ¿entonces podemos pasarnos hoy el día en la cama?– preguntó Ana abrazándolo y pasándole una pierna por encima.

–Aun no entiendo tu extraña costumbre de ponerme una de tus piernas encima, pero me encanta, – dijo girando el cuerpo hacia ella y comenzando a besarla.

–Pues de pequeña tenía un peluche gigante que dormía en mi cama y cogí la costumbre. – explicó ella.

–Me alegra haber sustituido a tu peluche– rio él, mordiéndola sensualmente en el cuello.

Llegó la noche, y el avión, bastante silencioso, pareció esconderse de los ojos de todo el mundo. Ana sintió una punzada en el estómago, no le gustaba aquel viaje, pero comprendía que junto a Víctor estaría mejor que allí sola.

Cuando llegaron a Marruecos se hospedaron en uno de los hoteles más lujosos.

Víctor se puso a trabajar inmediatamente en el proyecto, los inversores

también acudieron allí, entre ellos Lucas, que no desaprovechó la oportunidad de acercarse a Ana y poner celoso a Víctor. Ana no tenía demasiado que hacer durante el día. Víctor no la dejaba salir sola por Marruecos, y con lo único que se divertía últimamente era con Lucas, que parecía sobrarle tiempo, siempre se lo encontraba en la piscina, en el restaurante, en el gimnasio y en el bar. Él fue quien pidió permiso a Víctor para enseñarle Marruecos, sus calles y sus mercados. Al principio iba a decir que no, pero vio la mirada lastimosa que Ana le echó y al sentirse culpable por lo descuidada que la tenía últimamente decidió dejarla ir, no sin antes, hacerle a Lucas las advertencias oportunas y obligarlos a ir en su coche y con su guarda espaldas.

Ana estaba ilusionada por el simple hecho de salir de aquel hotel en el que llevaba cuatro días sin saber qué hacer.

–¿Dónde iremos primero?– preguntó Ana impaciente, mirando por la ventanilla tintada del coche.

–Te voy a llevar al Souq de Marrakech, es decir, al mercado de Marruecos, – explicó al ver que Ana ponía expresión rara–. Te va a encantar.

Llegaron a una calle muy concurrida en la que se detuvo el coche, ya que a partir de ahí, las calles se estrechaban y era imposible pasar de otra forma que no fuera a pie. Ana salió de coche mirándolo todo, y oliéndolo todo. Aquel sitio era un continuo ir y venir de gente, los olores de comida y especias se mezclaban con el olor del cuero. Ana y Lucas comenzaron a pasear por las calles, atravesaron varios arcos de piedra y lentamente fueron avanzando por aquellas calles en las que a un lado y a otro había todo tipo de comercio. Ana se paraba en todos los pequeños puestos, que parecían una extensión de aquellas casas de piedra con puertas de madera envejecida. Lucas intentó comprarle varias de las cosas que llamo su atención, pero Ana no se lo permitió.

–Si Víctor se enterara que me has comprado algo ardería de ira– bromeó ella riéndose.

–No tiene por qué enterarse de que te he comprado esta preciosa pulsera que tanto te gusto en aquel puesto de la entrada.– dijo Lucas mostrándole una preciosa pulsera árabe brocada en plata que ella se

había detenido a mirar.

–Pero... no puedo... si se entera Víctor...– titubeó ella.

–No tiene por qué enterarse, ¿no crees?– sugirió él, poniéndosela.

–Gracias, me encantó desde que la vi, pero no sabía si me estaría bien, nunca me he comprado algo tan ornamentado y ancho. – dijo ella con una sonrisa y admirando lo bien que le quedaba la pulsera en su muñeca.

En aquel momento, llamaron por teléfono a Lucas, y Ana, acostumbrada a Víctor, supuso que tardaría en colgar, por lo que se distrajo en un puesto de bolsos. Al levantar la mirada, Ana pareció reconocer una figura particular a lo lejos. “No puede ser, es imposible, él está... pero juraría haberlo visto, pero eso no puede ser, ¿será su fantasma?”– pensó Ana a toda velocidad, viendo intermitentemente la espalda del que parecía ser Andrés. Sin pensarlo dos veces, salió a correr tras él, pero la gente no la dejaba avanzar, de pronto se encontró en un laberinto de callejuelas iguales de las que no sabía cómo salir. Pero como si fuera su ángel de la guarda, tras de ella apareció Lucas corriendo y llamándola.

–¿Se puede saber porque has salido corriendo?– dijo entrecortadamente intentando coger aire. – voy a tener que darle la razón a Víctor, es un peligro que salgas por Marruecos, si te llegas a perder tu novio me mata.

–Pues va a ser verdad lo que dice Víctor, – dijo ella mirándolo de arriba abajo con una sonrisa.

–Sí, sí que es verdad... no estamos hablando de lo mismo ¿verdad?– preguntó él sintiendo que ella se burlaba. – y ahora yo te pregunto... ¿en qué tiene razón Víctor?

–Víctor dice que tus músculos son como nubes de azúcar, gustan a las mujeres pero cuando los tienes que usar se deshacen en la boca y no sirven para nada. – contestó ella, volviendo sobre sus pasos.

–¿Ah, si...? ¿y tu novio es capaz de cogerte así y llevarte al coche?– preguntó Lucas cogiéndola como si fuera un saco y llevándosela calle arriba.

Ana no podía dejar de reírse, – ¡bájame, bájame! ¡Aún tengo que comprarme ese bolso tan monísimo que he visto antes!– gritó ella

pataleando.

–Si te bajo, ¿me prometes no huir ni separarte de mí?– advirtió Lucas–.  
–Vaaaaaale, – afirmó ella dejando que él la bajara lentamente al suelo–.

Ana no podía quitarse de la cabeza la imagen de Andrés, pero delante de Lucas supo disimular su preocupación, e intentó despejar su mente comprando todo tipo de cosas. Cuando volvieron al hotel tres horas más tarde, Víctor la estaba esperando en la habitación con aspecto nervioso.

–¿Por qué no me has llamado?– preguntó éste nada más ver a Ana aparecer por la puerta cargada de bolsas.

–Porque han sido tres horas, iba en tu coche con tu chófer de confianza y con tu guarda espaldas, eso sin contar con que Lucas no se separaba de mi lado por si me perdía.

–¿Es que había alguna remota posibilidad de que te perdieras?– preguntó él preocupado.

Ana dejó las bolsas en el suelo, poniendo mala cara por el hecho de que él no la ayudara.

–No, no había posibilidad de que me perdiera, pero... es que me ha sucedido algo muy raro en el mercado y he salido a correr, pero Lucas me ha encontrado inmediatamente, y...– explicó ella nerviosa al ver que Víctor se alteraba más.

–¿Que ese inepto te ha perdido? ¿Cómo es posible? ¿y se puede saber porque corrías? ¿acaso huías de él? ¿te ha hecho algo?– preguntó Víctor sin respirar y disponiéndose a salir por la puerta con los ojos desorbitados y dispuesto a darle una paliza al primero que se cruzara en su camino.

–¡Quieres escucharme de una puñetera vez, y dejar de pensar con la testosterona!– gritó Ana impidiéndole que saliera de la habitación. – ¡siéntate y te contaré que me ha pasado!

Víctor se sentó de mala gana en el sofá del pequeño salón de la habitación. Quería escuchar lo que Ana tenía que contarle, y más adelante, si no le convencía podría darle una paliza a Lucas.

–Eso está mejor, – dijo ella, preparándose para contarle lo de Andrés.

Ana le contó todo lo que le había sucedido, y por qué había salido corriendo.

–No sé si alguna vez te he hablado de Andrés...– comentó ella algo dubitativa.

–No sé si lo has hecho, pero se la historia, cuando decidí que ibas a ser mía decidí conocerlo todo sobre tu vida.

Ana se sentó abatida en un pequeño puf que había frente a Víctor. – Lo quise muchísimo, cuando él murió pensé que jamás podría volver a reír, por eso el venirme a Panamá supuso un gran paso en mi vida, y Roberto me ayudó a superar ese dolor que me hacía gritar por las noches y llorar siempre que algo me hacía recordarlo.

Víctor se debatía entre los celos hacia Andrés y el impulso de abrazar a Ana y consolarla. Pero le daba rabia reconfortar a Ana por la muerte de aquel hombre que le había robado el amor que a él le hubiera gustado fuera suyo. Al final, su instinto de protección para con ella, fue más fuerte que los celos, por lo que se acercó a ella, y con delicadeza la abrazó.

–Víctor... ¿crees en los fantasmas? ¿y si el fantasma de Andrés ha vuelto para atormentarme por estar contigo? ¿y si sabe que yo te...te... y si está cabreado conmigo?– preguntó Ana asustada e intentando evitar decir la palabra “te quiero” que casi se le escapa. Ana sabía que ella era un capricho para Víctor, por lo que hubiera sido estúpido reconocer que se había enamorado de él. “Cuando aquello terminara, tendría que asumirlo y alejarse de él, tendría que saber retirarse a tiempo y volver a su vida normal, pero intentaría hacerlo con dignidad”.

–No, no creo en los fantasmas, creo en las sombras que nos acompañan en nuestra vida porque nosotros no somos capaces de apartarlas y seguir viviendo. – explicó Víctor mirándola a los ojos. – estoy seguro de que ese hombre no era Andrés, ¿no crees que se te hubiera aparecido antes? Lo suyo es que se te hubiera aparecido mientras estabas conmigo, ¿no crees?

–Si... creo que tienes razón...– contestó Ana recomponiéndose y evitando que sus lágrimas terminaran de salir de sus ojos.

–Si, la tengo, así que ahora ve a ducharte, y después me enseñas todo lo que te has comprado, ¿vale?– sugirió Víctor, dándole un tierno beso

en los labios e instándola a levantarse.

Ana se levantó e hizo caso de la sugerencia de Víctor, se fue directa a la ducha e intentó no pensar en Andrés, se convenció así misma de que lo que había visto era una tontería, una mala pasada.

Aquella noche, cenaron los dos solos en un restaurante cercano del hotel, un restaurante con forma de palacio árabe en el que una mujer salió bailando la danza del vientre y moviendo las caderas de un lado a otro mientras hacía sonar las moneditas prendidas del pañuelo.

–¡Ei! Aún no te he enseñado todo lo que me he comprado– dijo Ana intentando captar la atención de él que ahora estaba puesta en la mujer que bailaba. – y como no dejes de mirar a la chica, no pienso enseñarte nada más.

–Me gusta tu vena de aprendiz de mafiosa nena– dijo Víctor con mirada pícara, – tomate el postre rápido si no quieres que te lo unte por todo el cuerpo aquí mismo y te lama hasta que supliques que te haga mía.

–Vale, ya me lo tomo rápido, – dijo Ana apresuradamente al sentirse excitada con solo escucharlo. Miró el helado que tenía sobre la mesa y se imaginó a Víctor dejando un camino húmedo con su lengua por todo el cuerpo.

–¿Me das un poco?– preguntó él sin esperar respuesta. Acercó un dedo al helado de ella y mojándolo probó el helado de fresa lentamente. Ana estaba bastante excitada, pero decidió devolverle la provocación lamiendo la cucharilla con la que se lo estaba tomando.

–Yo también puedo jugar– susurró Ana sensualmente.

Víctor comenzó también a excitarse, pero algo que no esperaba era el pie descalzo de ella acariciando su entrepierna.

–Ahora voy a decirte que es lo que voy a hacer, – explico Víctor, – voy a levantarme, te tumbare sobre la mesa e introduciré mi lengua hasta el fondo de tu garganta mientras acaricio tu cuerpo y dejo que la prensa nos fotografíe. ¿estás de acuerdo?

Ana no sabía si sería capaz de hacerlo, pero por si acaso no quiso tentar a la suerte y salió disparada para el servicio. Para cuando salió, Víctor la

esperaba impaciente para irse. Al subir al coche, Víctor subió los cristales tintados que los separaban del conductor, y ambos se lanzaron el uno a por el otro como si fueran dos animales salvajes que se necesitaran urgentemente. Ana se puso a horcajadas encima de él e inmediatamente fue llenada por Víctor y poseída con celeridad. Ana cogió fuertemente el pelo de él y lo besó agresivamente mordiéndole los labios y dejando que él la marcara en el cuello como siempre hacía cuando se sentía celoso.

–Me encanta que no lleves ropa interior, – dijo él después de haber alcanzado juntos el clímax, y respirar con dificultad.

–Y yo echo de menos el piano de tu apartamento, pero me encantan también los coches– dijo riéndose y dejando caer la cabeza sobre el hombro de Víctor.

La noche siguió como había empezado, cuando sus cuerpos se rozaban saltaban tantas chispas que prendían el fuego que nunca llegaba a consumirse. Pero a la mañana siguiente Ana sentía su cuerpo dolorido, y cuando buscó a Víctor calló en la cuenta de que para él el descanso no existía.

El teléfono sonó a los cinco minutos de haber estado haciéndose la remolona en la cama.

–Buenos días, ¿te has levantado ya, o aún estas remoloneando en la cama y revolcándote entre las sabanas pensando en mí?– preguntó Víctor a través del teléfono.

Ana no pudo evitar reírse abiertamente– Nadie más que tú podría hacer un comentario tan egocéntrico, quedar tan seductor y excitarme a la vez dejándome con ganas de más.

–Lo que no sabes, es que el que no deja de pensar en ti soy yo, y el que se excita con solo oír tu voz soy yo, eso sin olvidar que mientras estaba escuchando al arquitecto pensaba en ti revolcándote entre las sabanas de seda ocupando toda la cama.– bromeó Víctor haciendo que ella riera aún más– . Y menos mal que llevaba carpeta, si no los demás hubieran pensado que me pone la arquitectura.

–Pues ya sabes lo que tienes que hacer, dejar ese proyecto aburrido por un momento y venir a la cama que aún guarda tu calor. – sugirió Ana

seductora.

–Ojala pudiera, pero esto va para largo, hoy tendrás que prescindir de mí en esa gran cama, hasta la tarde no estaré libre. – dijo Víctor apesadumbrado.

–Ooooooooooh... – protestó ella. – tendré que pasarme el día tostándome al sol.

–Pues échate protección y no te quemes, esta noche quiero recorrer de nuevo tu cuerpo hasta perderme en él.

Después de hablar un minuto más, se despidieron, Víctor siguió escuchando al arquitecto y Ana siguió tumbada en la cama un rato más. Pero el tener tiempo de sobra hacia que la cabeza no dejara de trabajar y preguntarse una y otra vez quien sería la persona a la que había perseguido en el mercado. Sin pensarlo demasiado, decidió ir de nuevo al mercado, al sitio en el que lo había visto, necesitaba cerciorarse de que todo había sido una mala pasada de su imaginación.

Con suerte, pudo despistar a los hombres de Víctor, por lo que salió rápidamente y se metió en un taxi que había encargado desde recepción. El taxista no hablaba mucho ni español ni inglés, pero conoció la dirección que Ana había conseguido escribir antes de salir. El trayecto no duró demasiado, pero Ana estaba impaciente por llegar, averiguar lo que necesitaba, e irse sin que Víctor se percatara de su ausencia.

Cuando el taxi se detuvo, Ana le pagó el trayecto, e intentó decirle que la esperara, pero no sabía si se habría enterado o no. Cuando salió del taxi, éste puso el coche en marcha y se fue. “Bueno, llevo el móvil, llamare al hotel y que me envíen otro a esta dirección”– pensó un poco menos inquieta. Al mirar el móvil, se dio cuenta de que aún llevaba la pulsera que Lucas le había regalado el día anterior, y pensó que si no encontraba taxi, siempre podría llamarlo a él.

Decidida a seguir con su plan, comenzó a andar en la misma dirección que el día anterior, pero no vio nada. El calor comenzó a agobiarla, y los pies le dolían una barbaridad, pero en ese instante, un niño le dio un tirón del bolso y salió a correr. Ana no supo reaccionar en ese momento, pero sin pensarlo demasiado, salió tras del niño gritándole que se detuviese. El problema fue que había corrido tanto que cuando quiso orientarse e intentar seguirlo, se vio

perdida en un laberinto de calles que no conocía, se asustó bastante, y mirándose la mano, se dio cuenta de que aún tenía el móvil. Por precaución no lo había guardado en el bolso, por lo que estaba salvada. Tenía poca batería, así que no podía entretenerse en demasiadas explicaciones. Estuvo tentada de llamar a Víctor, pero sabía que no se tomaría demasiado bien su escapada, por lo tanto tomo la decisión de avisar a Lucas. Cuando lo llamó, dijo que iría inmediatamente, que no se moviera de donde estaba que él la encontraría.

Ana se sentía como una estúpida, no había visto ningún indicio de Andrés, le habían robado el bolso y ahora había tenido que recurrir a Lucas por haberse perdido.

Estaba lamentándose de su mala suerte, cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza, y todo se volvió oscuro.

## **CAPITULO IX:**

Cuando Ana despertó sintió una fuerte punzada en la cabeza, y un dolor insoportable la hizo tener conciencia del lugar donde se hallaba. Al principio todo estaba oscuro, pero a medida que sus ojos se habituaban a la negra estancia, pudo ver el sitio con mayor claridad. Una de sus manos se encontraba atada con una cuerda al cabecero de hierro de una cama pequeña y sucia, en el dormitorio no había nadie, era húmedo y olía raro. La única ventilación era una pequeña ventana que se hallaba casi en el techo, aquello parecía estar bajo tierra, las paredes eran de piedra gruesa y escaseaban los muebles. Ana detuvo su mirada en la puerta chirriante que se estaba abriendo en ese instante, y del susto que supuso aquella visión su rostro perdió todo rastro de color.

–Vaya, al fin ha despertado la bella durmiente, ¿Cómo estás princesa?– preguntó un Andrés muy vivo que se acercaba a ella lentamente.

–Tu... tu... estás... tu... no...– Ana únicamente soltaba incongruencias, no podía creer lo que sus ojos veían, y parpadeando varias veces se obligó a tranquilizarse.

–Si, princesa, soy tu novio, el muerto. ¿verdad que me sienta bien morir?– dijo Andrés con sarcasmos. Cuando llegó a su lado, la cogió de la barbilla y le miró la herida. – siento haber sido tan bruto, pero no hubiera estado bien que gritaras, cuando termine esto podrás ir al hospital a que te echen varios puntos en esa herida.

Ana apartó la cara de la mano de Andrés– ¿Cuándo termine esto? ¡De qué diablos me estás hablando! ¡Tú estabas muerto, me lo dijo tu madre!– exclamó Ana entre furiosa y conmocionada.

–La buena de Olivia... aun no entiendo como no consigue trabajo de actriz. – sonrió Andrés mientras paseaba por la habitación.

–Pero... ¿por qué? ¿Qué quieres de mí? Yo te quería...– preguntó Ana con los ojos empañados en lágrimas. – cuando creí que habías muerto, mi vida dejó de tener sentido.

–Pues para no tener sentido... se te ve muy enamorada de ese rico. – acusó Andrés resentido.

Ana intentó recomponerse, y haciendo un esfuerzo consiguió pensar con claridad.

–Dime qué quieres de mí. – dijo Ana intentando averiguar qué había sucedido.

–Bueno, ya que todavía vamos a estar aquí unas cuantas horas... voy a satisfacer tu curiosidad.– comenzó explicando Andrés ante una Ana callada y desconcertada.– El caso es que no tenía previsto nada de esto, me hice el muerto porque en realidad tengo mujer e hijos, y la verdad es que amo a mi mujer más que a ninguna otra. No quiere decir que tu no me gustaras, si estuve contigo un año fue porque me encantaba tu lado salvaje, pero tu lado romántico se fue volviendo cada vez más molesto y tuve que terminar nuestra relación.

–¿Y no podrías haber cortado conmigo aunque fuese por teléfono? ¿por qué tantas molestias?– preguntó Ana sin entender nada.

–¿Tu padre no te ha contado nada?– preguntó él riéndose. – va a ser verdad que te quieren.

–¡De que me estás hablando! ¡no metas a mi padre en esto!– gritó Ana exasperada.

–Querida... a tu padre le he estafado unos cuantos millones de dólares, le dije que necesitaba el dinero para invertir en un proyecto que me daría la solvencia suficiente como para crear una familia contigo. – explicó él.

–¡Eres un canalla, hijo de puta, embustero y ladrón!– gritó Ana tirando de la cuerda e intentando llegar a él para pegarle.

–Shuuuuuuuuuuuu, te estás haciendo daño. – dijo Andrés tocándole el pelo a Ana. – por cierto, me encanta tu corte de pelo, pero me gustaba cogerte del pelo mientras...

–¡Cállate! ¡me das asco!– gritó Ana intentando escupirle fallidamente.

Andrés volvió a situarse fuera de su espacio y se asomó a la pequeña ventana subiéndose en un taburete de madera.

–Esa no es forma de hablar de una señorita, y tampoco se escupe. – regañó Andrés mirándola reprobatoriamente. – De todos modos, no es esa la razón por la que te tengo aquí, tú no has sido la única con la que me he acostado, pero sí la única por la que me han ofrecido dinero por secuestrar–.

–Pero... ¿Quién?– preguntó Ana con un intenso dolor de cabeza pero cada vez más intrigada.

–Eso es algo que no puedo decirte, se trata de un ajuste de cuentas con tu novio. – contestó él.

–¿Con Víctor?– preguntó ella sorprendida al darse cuenta de que ella no era el objetivo.

–Sí, con Víctor, ¿tan increíble te parece? Según me han informado no tiene amigos en abundancia, pero sin embargo le sobran enemigos. – comenzó diciendo absorto en la ventana pequeña– nadie sabrá nunca quien ha sido el que acabó con su vida.

Al escuchar aquellas palabras, Ana se quedó sin respiración, no podía imaginar que la vida del hombre al que amaba estuviera en peligro.

–Resulta que un tipo, que al parecer sabía todo sobre ti, me encontró y

me ofreció una cantidad desmesurada de dinero por secuestrarte y mantenerte alejada de él el tiempo necesario para que acudiera a una cita con el dinero previsto y muriese en el acto. – explicó él.

–¿Pero... quién querría matarlo?– preguntó Ana intentando averiguar algo más, a pesar de saber que en la situación en la que se encontraba le sería imposible ayudarlo.

–Mejor pregúntate quien no querría matarlo. El tipo que me paga se quiere vengar por algo que le hizo a su hermana, pero ni él me dio más explicaciones ni yo se las pedí. Mi único cometido es retenerte hasta que él haya muerto.

Ana tenía que pensar rápido, pero en ese momento su mente estaba en blanco, y su mano atada a la cama. “Si pudiera tenerlo cerca le arreglaría la cara con una sola mano, pero en esta postura no puedo ni levantarme, como mucho puedo estar como ahora, sentada de medio lado y lamentando cualquier movimiento brusco.”– pensó Ana apesadumbrada. Pero en aquel instante, como por arte de magia, surgió un plan arriesgado en su mente que no sabría con certeza si saldría bien, pero que debía intentar. Ana cambio su actitud inmediatamente, y con discreción se levantó el vestido dejando al aire la mayor parte de sus piernas.

–¿Sabes? Cuando te vi en el mercado ayer, se me vinieron a la cabeza nuestras noches de sexo. – relató Ana seductoramente, – recordé como recorrías mi cuerpo, y como me hacías llegar hasta lo más alto.

Las palabras casi se le atragantan en la garganta a Ana. Aquello le repugnaba, y en aquel momento estaba mintiendo descaradamente; con Andrés jamás había tenido buen sexo, él solo se satisfacía así mismo y nunca pensaba en ella, pero el amor hizo que Ana se volviera ciega y no viera su verdadera personalidad.

Si confiaba en que aquello funcionase, era porque conocía el ego de los hombres, y sabía que Andrés pensaría que efectivamente me había dado mis mejores noches de lujuria.

–No me viste, me dejé ver. Quise que hoy volvieras sola aquí, te conozco demasiado bien. – dijo Andrés, mirando las piernas de Ana con deseo y acercándose lentamente a ella.

Cuando comenzó a acariciarle las piernas, Ana tuvo que convertirse en una actriz experta, y echando la cabeza hacia atrás gimió como si sintiera verdadero placer en aquella caricia. Andrés se sintió más animado por la reacción de ella, y poniendo una de sus rodillas en la cama donde Ana estaba semi tumbada, le abrió la piernas y comenzó a tocarla.

–¿Me echabas de menos? ese rico impotente no te da lo que yo te doy, ¿verdad?– pregunto en tono afirmativo, bajándose los pantalones rápidamente. – Aun nos queda tiempo de sobra para hacerlo varias veces si es necesario. Pero al intentar tumbarla para tomarla ávido de deseo, se dio cuenta de que le había atado la muñeca demasiado alta, y en esa postura era imposible hacer nada.

El corazón de Ana latía con tanta fuerza que creyó que se le escapaba del pecho. Andrés buscó en una de las mesitas de al lado y sacó una pequeña navaja, fue a cortarle las cuerdas pero antes de cortárselas se detuvo y con mirada maliciosa observó el cuerpo de Ana. Esa mañana se había puesto un vestido de flores por la rodilla, que iba ciñendo su pecho con tres pequeños botones rojos. Andrés acercó lentamente la navaja al pecho de ella, y con precisión cortó botón por botón hasta dejarla con los pechos al descubierto. Y una vez terminada la parte de arriba del vestido dedicó su atención a la parte de abajo que estaba casi en lo alto, Andrés podía ver perfectamente las braguitas rojas de encaje que resaltaban sobre sus piernas tostadas, y con lentitud introdujo la navaja por los lados rompiéndolas bruscamente. A Ana se le escapo un pequeño grito que hizo que él se excitara aún más, una pequeña gota de sangre recorrió su cadera hasta manchar la cama, pero Andrés siguió acariciando el cuerpo de ella con la afilada navaja, que ahora jugaba en la parte interior de sus muslos realizándole pequeños cortes. Ana, lejos de la excitación, sentía repugnancia, dolor y desesperación. Cada vez las náuseas eran más reales, pero al pensar en Víctor, sintió que no podía fallar, esta era su única oportunidad de poder escapar, y no podía desaprovecharla.

Andrés sintió que ya no podía demorarse mucho más, y se decidió a tomarla. Con rapidez, cortó la cuerda que ataba una de las muñecas de Ana, y sin que ésta pudiera reaccionar como tenía pensado hacer, Andrés se introdujo dentro de ella y la embistió con fuerza una y otra vez. Ana

sintió lo que se siente al ser violada, su mente se quedó en blanco y no supo cómo reaccionar, tan solo sentía su cuerpo flácido bajo el peso de aquel violador que en otro momento había amado. Cuando Andrés terminó con ella, Ana se sentía fracasada, humillada y avergonzada, le hubiera gustado salir corriendo y limpiarse el rastro de aquel monstruo. Andrés calló sobre ella, y por suerte no pudo ver las lágrimas que inundaban el rostro de ella. Pero Ana en ese instante volvió el rostro hacia un lado, y pudo ver la pequeña navaja a poca distancia de sus manos. Una fuerza que no sabía de dónde había salido, la hizo reaccionar. Su mano se volvió con rapidez hacia la navaja, y mientras aún estaba Andrés recuperándose, ella la clavó con fuerza en la espalda de él. Andrés no sabía que había sucedido, y con mirada de sorpresa, no supo reaccionar a tiempo de ser lanzado por Ana con una de sus patadas de King boxing. Nunca había sido excesivamente fuerte, por lo que después de aquello quedó en el suelo algo debilitado. Ana, que estaba llena de odio, no pudo evitar ensañarse con él. Después de muchos golpes, Andrés estaba ensangrentado y casi inconsciente, entonces Ana intentó calmarse y pensar con claridad.

–Dime donde es la cita con Víctor y a qué hora– preguntó Ana zarandeando a Andrés.

–Plaza... plaza...– comenzó a decir interrumpiéndose por una tos que no lo dejaba hablar.

–Dímelo inmediatamente, o te dejo inservible para cualquier mujer– amenazó ella, acercando la navaja a la entrepierna.

–Plaza de Yamaa el Fna, – dijo al fin Andrés– pretende que lo vea morir todo el mundo.

Ana salió a correr al exterior, Andrés estaba tan seguro de sí mismo, que ni siquiera había cerrado la habitación con llave, por lo que no supuso ningún problema salir al exterior.

Cuando Ana salió a la calle, la exposición repentina a la luz, hizo que se quedara momentáneamente ciega, pero cuando poco a poco fue recuperando la visión, se dio cuenta de que estaba llamando la atención de todo el mundo. Su cabeza estaba ensangrentada, su vestido roto, y por las piernas le caían algún que otro hilito de sangre recuerdo de los juegos

sexuales que Andrés había experimentado con ella momentos antes. Al recordarlo, Ana no pudo contener su estómago más y vomitó dentro de una papelería que estaba frente a ella, cuando empezó a sentirse mejor salió a correr calle abajo, no sabía exactamente donde iba, pero tenía que conseguir algún medio de transporte que la llevara a la plaza en la que iban a matar a Víctor. Por fin, y después de haberse perdido varias veces, salió a la amplia calle donde horas antes la había dejado el taxista.

Intentó detener un taxi, pero todos pasaban de largo, entonces reconociendo que su aspecto no era el más adecuado para que ningún coche parara, se dejó caer de rodillas en la acera y se abandonó a su tristeza y desesperación, las lágrimas comenzaron a empañar sus ojos, y un llanto desconsolado y de resignación hizo que no se diera cuenta de que un coche se había detenido frente a ella.

–Perdone, señorita, ¿se encuentra bien? ¿necesita ir al hospital?– preguntó el hombre del coche.

–Yo... yo...– titubeó Ana, limpiándose las lágrimas para poder ver mejor a la persona que le hablaba. – no, es decir, no quiero ir al hospital, necesito ir a la plaza Yamaa el Fna, ¿sabe dónde está?– preguntó ella dando un salto y metiéndose en el coche del hombre, que por su aspecto parecía americano.

El hombre, que a pesar de quererla trasladar al hospital comprendió que no la haría cambiar de opinión, decidió llevarla donde le había pedido.

## **CAPITULO X:**

Víctor llegó a la habitación donde momentos antes habían tenido retenida a Ana, pero allí no había ni rastro de ella, en cambio encontraron a un hombre ensangrentado y atado de pies y manos con sus propios

pantalones. Uno de los hombres de Víctor, le mostró a este las cuerdas de la cama y las gotas de sangre junto con los botones rojos del vestido de Ana.

Víctor se encolerizó más aún de lo que ya estaba, y como si fuera un animal enjaulado y peligroso, se dirigió hacia el tipo del suelo y lo cogió por el cuello bruscamente.

– ¡Donde esta Ana!– le gritó a la cara.

– Tu eres el tipo rico, – rio Andrés con dificultad, ganándose un fuerte puñetazo en la nariz por parte de Víctor.

– ¡Te he hecho una pregunta!– volvió a gritar.

– Ha ido a salvarte. – contestó Andrés soltando sangre por la nariz.

Víctor cogió el móvil de ella, que estaba tirado en una de las mesitas y salió corriendo con dos de sus hombres. Los otros se quedaron allí con Andrés, Víctor ya había avisado a un policía amigo suyo que se dirigía en esos momentos hacia allí. Una vez en el coche, el chófer conducía a toda velocidad hacia la plaza en la que había sido citado. El rostro de Víctor no era el de siempre, estaba desfigurado por el miedo, pero sabía que tendría que estar totalmente lucido si quería salvar a Ana, por lo que se obligó a no pensar en lo que le había podido hacer aquel desarmado. Para mantener su mente distraída, comprobó que el teléfono de ella se hallaba intacto y que no habían descubierto el seguidor que había instalado cuando se lo regaló.

El coche de Ana le llevaba ventaja al de Víctor, por lo que al llegar a la plaza, no encontró a nadie. Se sintió desorientada, e incluso dudó de hallarse en la plaza donde intentarían matar al hombre al que amaba. Pero al preguntar a unos chicos que paseaban le confirmaron que se encontraba en el lugar correcto.

Miró a todos lados, pero para su sorpresa, en aquella plaza no estaba Víctor, sino Lucas. Con alegría y la esperanza de que todo hubiera terminado, se dirigió hacia él corriendo. Lucas se quedó sin habla al verla, pero Ana no supo situar su expresión. No parecía estar sorprendido por su

aspecto sino de verla allí.

–Ana, ¿te encuentras bien? ¿no crees que deberías ir a un hospital?– dijo Lucas empujándola hacia su coche.

–No, tengo que salvar a Víctor, lo van a matar. – dijo Ana desesperada e intentando que la entendiera.

–Vale, no te preocupes, yo me ocupare de todo, ahora entra en mi coche, haré que mi chófer te lleve al hospital más cercano. – obligó Lucas empujándola a entrar.

Cuando Ana, algo extrañada, se introdujo en el coche, antes de cerrar la puerta, escuchó como un coche racheaba y frenaba bruscamente a pocos metros de ellos. Lucas la empujó con fuerza dentro y cerró la puerta del coche dejándola atrapada en el interior.

–¡No le hagas nada!– gritó Víctor desde el otro extremo– ya me tienes a mí.

Ana escuchaba claramente la voz de Víctor, y desesperada intento inútilmente abrir la puerta. “Víctor estaba ofreciendo su vida a cambio de la de ella, no podía permitir que se dejara matar”. – pensó poniendo en funcionamiento su mente. A pesar de tener subido el cristal delantero que separaba al chófer de la parte de atrás, había comprobado que no había nadie. Por alguna razón inexplicable, Lucas quería matar a Víctor delante de todo el mundo, y no pretendía huir.

Ana manipuló el funcionamiento de los cristales, y sin hacer demasiado ruido, bajó el cristal de la ventanilla contraria a donde se hallaba Lucas, bloqueó el cristal con la navaja y salió con bastante dificultad del coche.

Mientras salía pudo escuchar la conversación de ambos hombres.

–Veo que no me preguntas por el motivo que vas a morir, ¿acaso has hecho tus deberes, todo poderoso señor Adietrich?– preguntó Lucas.

–Siento lo de tu hermana, pero yo no la maté, se suicidó. – se justificó Víctor.

–Creo que no recuerdas bien lo que ocurrió, voy a refrescarte la memoria: hace tres años, destruiste el colegio donde mi hermana daba clases para construir un centro de ocio para ricos. – explicó Lucas.

–Las profesoras siempre encuentran otros trabajos. – decía Víctor.

–¡No me interrumpas! – Gritó Lucas sacando una pistola y apuntando a Víctor con ella. La gente en aquel instante comenzó a gritar y a apartarse de su camino.

–El problema de tu hermana no fue el perder su trabajo, sino perder a su alumno más especial, Alex Sagari, un chico de quince años con el que estaba liada, y del que se tuvo que separar cuando los padres de él descubrieron que lo estaba acosando. – relató Víctor.

–¡Mentira! ¡ni se te ocurra ensuciar el nombre de mi hermana!– gritó Lucas apuntando con fuerza a Víctor. Las manos le temblaban cuando Ana se acercó a él tras haber rodeado el coche. A punto de asomar el cuerpo completamente, Ana pisó una bolsa bacía de patatas, lo que hizo que Lucas se asustara y disparara en dirección a Ana. Los hombres de Víctor, aprovecharon esa fracción de segundo para disparar a Lucas y herirlo de gravedad.

Víctor, con Lucas tirado en el suelo, salió a correr en dirección a Ana, y con el rostro desfigurado por el pánico, comprobó que estaba herida en el hombro e inconsciente. Miró a Lucas que se quejaba de la herida y con una rabia desmedida se vio en su mente coger la pistola que había salido despedida y disparar a la persona que le había hecho tanto daño, pero antes de que pudiera ejecutar lo que su mente deseaba, su amigo el policía se agachó y recogió con un guante el arma y lo introdujo en una bolsa transparente. Víctor cogió en brazos a Ana y salió corriendo con ella hacia su coche. El trayecto hacia el hospital fue corto, pero a él se le hizo eterno, la herida de Ana no dejaba de sangrar, y la sensación de tener su cuerpo inconsciente e inmóvil en sus brazos lo hizo temblar. En cuanto entraron en el hospital, se la quitaron de los brazos y la metieron urgentemente en quirófano.

Víctor se quedó en medio del pasillo de urgencias, con el traje lleno de la sangre de ella y conmocionado. Por primera vez en su vida, tuvo miedo y se sintió solo. En aquel momento no pensó en su tío, aquel que lo había hecho superarse, pensó en los abrazos de su padre, en los besos de su madre y en el bullicio del restaurante en el que sus hermanos salían y entraban gastándose bromas y discutiendo por cosas absurdas.

Apesadumbrado, se sentó en un banco que había en el pasillo, y

apoyando los codos en sus rodillas, cubrió su rostro con las manos ensangrentadas y rompió a llorar después de muchos años. Una vez se hubo desahogado, cogió el teléfono y llamó a sus padres.

De fondo se escuchaba el ajetreo típico de un restaurante, pero a su padre no pareció importarle que los clientes tuvieran que esperar, cuando escuchó la voz de Víctor lo dejó todo y se metió en una habitación alejada del ruido. Víctor comenzó algo tímido, pero poco a poco se sintió como aquel niño pequeño que les contaba a sus padres todo lo que le había pasado en el colegio. La voz de su padre lo reconfortó, y Víctor consiguió distraerse del miedo que le producía perder a Ana.

Una vez hubo colgado el teléfono, un médico salió para informarlo de que todo estaba saliendo bien; habían sacado la bala alojada en el hombro, y lo peor ya había pasado. Después de darle el parte, volvió a entrar en quirófano para terminar, y Víctor se encontró de nuevo solo.

“Todo ha sido culpa mía, debí cuidar de ella, tenía que haberla protegido, y en lugar de eso la he puesto en peligro y casi muere por mi culpa. Tendría que haberla alejado de mí, pero eso no volverá a suceder, Ana estará mejor si yo no estoy con ella”. – pensó Víctor sentado en aquel banco solitario.

–Ya puede pasar a verla, vamos a llevarla a reanimación, y después pasará a planta, pero si se queda más tranquilo puede verla solo un momento– explicó el cirujano, intentando tranquilizar a Víctor.

–¿Está dormida?– preguntó él.

–Sí, claro, le hemos puesto anestesia y hasta pasada por lo menos una hora no despertara. – contestó el médico.

Víctor avanzó rápidamente hacia el quirófano, necesitaba verla por última vez, pero no quería que ella lo viera, de esa forma sería más fácil para ambos, aunque estaba seguro de que Ana no querría volver a saber nada de él. Cuando entró y la vio con media cabeza vendada, se quedó inmóvil, el sentimiento de culpa lo dejó paralizado, pero necesitaba despedirse de ella, por lo que dio tres pasos y se situó junto a ella. Parecía tan vulnerable con el hombro vendado, que los ojos de Víctor se humedecieron, y la voz no le salía.

–Perdóname Ana...– comenzó diciendo con gran esfuerzo, – debí protegerte y no lo hice. Ahora estarás bien mi amor, no volveré a cruzarme en tu camino. Y diciendo esto, posó un suave beso en su frente–. Te quiero nena, cuídate mucho y no te metas en líos.

Después de aquello salió al pasillo donde el médico esperaba para entrar–. No se preocupe por ella, todo ha salido perfecto, dentro de unos días estará pegando saltos. Hemos decidido no subirla a planta hasta mañana, creo que es mejor tenerla controlada toda la noche, por lo que mañana temprano podrá verla, ahora puede irse a descansar.– y diciendo esto, volvió a entrar para sacarla en camilla y subirla a reanimación.

Víctor no podía hablar, se sentía demasiado insignificante como para que lo que pudiera decir tuviera alguna importancia, por lo que asintió en un gesto de gratitud y dejó que el médico desapareciera tras las puertas.

Víctor no pensaba dejarla allí sola, por lo que tomó asiento de nuevo dispuesto a pasar allí la noche, y fue consciente de que su rostro estaba humedecido por las lágrimas que lo habían bañado momentos antes.

Ana sintió la garganta seca, y poco a poco abrió los ojos. La última cosa que recordaba era a Lucas disparándola. Intentó incorporarse bruscamente, y un dolor intenso la recorrió.

–No te muevas ahora, has perdido mucha sangre y tardarás en recuperarte. – ordenó el médico.

–Víctor...– consiguió pronunciar Ana.

–¿Tu novio?, no te preocupes, está bien. Lo ha pasado bastante mal, pero ya está más tranquilo. No ha querido irse a casa, así que sigue en el pasillo esperándote.

Al escuchar que Víctor se encontraba bien, sintió un gran alivio, y el cansancio la venció haciendo que se quedara de nuevo dormida. Por la mañana, cuando informaron a Ana que iban a bajarla a planta, sintió ganas de salir a correr y buscar a Víctor. Necesitaba verlo con sus propios ojos y saber que estaba bien. Ya se hallaba cerca de la habitación, podía escuchar voces, se puso nerviosa ante la idea de confesarle a Víctor que lo amaba, pero a quien encontró en la habitación fue a Alexia y a Roberto. Sus ojos

buscaron al hombre al que amaba, pero no lo vio.

–¡Ana!– exclamó Alexia dándole un beso en la mejilla con miedo a dañarla. – ¿Cómo te encuentras? ¿te duele?

–No, bueno... un poco. – contestó Ana con una sonrisa.

–Te has hecho de rogar, ya estaba pensando en ir a buscarte. – bromeó Roberto dándole otro beso.

El enfermero la dejó en la habitación con sus amigos, le reguló el gotero y se fue.

–¿Y Víctor? ¿Dónde está?– preguntó Ana nerviosa.

–Se ha ido, – contestó Alexia bajando la mirada y evitando dar más explicaciones.

–Lo comprendo, me han dicho que ha estado aquí toda la noche. – reconoció un poco decepcionada.

–Si, ha estado aquí toda la noche hasta que hemos llegado nosotros esta mañana. – respondió Roberto casi en un susurro. – nos llamó anoche y nos dijo que su avión privado nos estaba esperando para traernos a Marruecos. Nos explicó lo sucedido... estaba bastante afectado.

–¿Cuándo ha dicho que volvería? Me gustaría verlo, necesito saber que se encuentra bien, por cierto... ¿qué ha pasado con Lucas?– preguntó Ana.

–Los hombres de Víctor lo hirieron gravemente, y la policía hizo el resto. – contestó Alexia dando vueltas por la habitación.

–Me gustaría hablar con Víctor, ¿me lo podríais llamar?– preguntó Ana aún cansada y dolorida.

Roberto se asomó a la ventana y Alexia se puso a arreglar unas flores que había comprado Víctor para que la habitación estuviese más acogedora.

–¿Qué pasa chicos? Os conozco demasiado bien como para saber que ocurre algo que no me queréis contar. – dijo Ana preocupándose.

Alexia miró a Roberto queriéndole gritar “cobarde”, así que dando un sonoro suspiro, se acercó a ella, – cariño... Víctor se ha ido a Argentina, en cuanto llegamos nos dijo que se iba, que tu estarías mejor sin él. Nos encargó que cuidáramos de ti, y nos dijo que todo lo que él tenía estaría a

nuestro servicio.

Dos silenciosas lágrimas recorrieron las mejillas de Ana, en aquel momento no quería saber nada más. “Víctor me ha abandonado, me ha dejado, no se ha dignado si quiera a despedirse, no le importo nada, jamás le he importado. Solo he sido un capricho del que se ha cansado demasiado pronto”. – pensó Ana con los ojos cerrados, y una tristeza que invadió todo su ser. De pronto comenzaron a brotar de sus ojos azules un inmenso torrente de lágrimas. Alexia la abrazó y le dijo que estarían fuera un momento, que si los necesitaba gritara.

–No deberíamos haberla dejado sola– dijo Roberto tras cerrar la puerta de la habitación.

–Te queda aún mucho que aprender sobre las mujeres, para una mujer resulta muy vergonzoso llorar por un hombre que te ha dejado. – dijo Alexia con el ceño fruncido.

–Seguro que tú serás una buena maestra– contestó Roberto, besándola dulcemente en los labios y sonriendo pícaramente.

–Anda galán, ve a buscarme un café que me voy a quedar dormida de pie. – ordenó Alexia despidiendo con otro beso al hombre del que se había enamorado en tan solo dos semanas.

Aprovechando que Roberto se había ido, entró de nuevo en la habitación de su amiga, y viéndola más tranquila, se sentó junto a ella en una silla que había cerca de la cama.

–¿Te encuentras mejor?– preguntó Alexia, obteniendo un asentimiento como respuesta. – Ana, sé que te quiere, lo vi en su cara y en sus ojos. Cuando llegamos tenía un aspecto horrible y estaba cubierto con tu sangre. No quiso moverse del pasillo ni para comer. Ana creo que se siente culpable.

–Gracias por tus palabras Alexia, pero lo que ha hecho no tiene justificación, Víctor jamás se ha sentido culpable por nada, ni ha querido a nadie en su vida. – objetó Ana con una mirada de resentimiento que sustituyó a la de tristeza.

El resentimiento le dio fuerzas para seguir adelante y recuperarse en un

tiempo récord.

Cuando Ana salió del hospital el coche de Víctor los estaba esperando en la puerta a ella y a sus amigos, para llevarlos al aeropuerto. Alexia y Roberto recogieron la ropa de Ana del hotel, y cuando la mañana en la que le daban el alta fueron a por ella, sus maletas ya estaban en el maletero. Ana no quería volver al hotel donde había estado con Víctor, no podría haberlo soportado.

Una vez en el avión, y casi llegando a su destino, Ana explicó a sus amigos que no iba a volver a Panamá.

–¿Y tus cosas?– preguntó Roberto.

–En el apartamento de Víctor no tengo nada mío, y todo lo que tenga en vuestra casa ya me lo enviareis a Nueva York cuando podáis. – aclaró ella.

–Pero Ana... ¿nos vas a dejar en Panamá?– preguntó Alexia.

–No os hago falta, seguro que os apañáis bien sin mí. Roberto, tú tienes en Panamá tu futuro, y Alexia, tú tienes el museo y a Roberto. – dijo Ana con una sonrisa cómplice. – por cierto, se me olvidaba darte algo, – y sacando unos papeles de entre los informes médicos, se los dio a Alexia.

En aquel momento, el piloto anunció que iban a tomar tierra, y todos se pusieron los cinturones.

–Míralos cuando yo me vaya, es mi regalo de cumpleaños. – susurró Ana con una sonrisa.

Cuando el avión aterrizó, sus amigos se despidieron de ella con lágrimas en los ojos, y prometieron ir a verla en cuanto pudieran.

Una vez sola, el avión comenzó de nuevo a despegar dirección a Nueva York. Aquella soledad, en un pasado la hubiera entristecido, pero ahora mismo la necesitaba. El resentimiento que sentía por Víctor se estaba extinguiendo poco a poco, pero aún quedaban las ascuas de un amor que por ahora no podía apagar. No quería volver a España, aún no estaba preparada para asumir las críticas de su familia, y por otro lado necesitaba sentir que el tiempo se detenía y la vida le daba un respiro.

Desde la habitación del hospital había organizado todo para alejarse del

bullicio de su antiguo apartamento de Nueva York. Dejó el alquiler del apartamento de Nueva York, para alquilar una casita tranquila en la playa de Manhattan beach, una zona perfecta para realizar el proyecto que tenía en mente. En aquel momento, no se encontraba con fuerzas como para volver a la enseñanza, por lo que la idea de escribir una novela le pareció una buena opción.

## **CAPITULO X:**

Pasaron algunos meses desde que Ana se instaló en la casa de la playa, la paz de aquel ambiente tranquilo hizo que su novela se escribiera sola. Dejó de usar relojes, y cortó toda comunicación con el mundo exterior. Tan solo tenía un teléfono fijo en el que la podían localizar sus dos amigos y sus padres.

Tenía muchas ganas de ver a sus amigos, pero ahora mismo necesitaba estar concentrada en su novela, por lo que les dijo que ella los avisaría más adelante, cuando estuviera preparada para salir al mundo exterior.

Sus amigos y familiares estaban preocupados, pero Ana por teléfono transmitía una paz que no dejaba lugar a dudas de que se hallaba bien, por lo que todos aceptaron lo que les dijo y decidieron esperar más tiempo para visitarla. Ana solía despertar antes del amanecer para ver como el sol asomaba de entre las aguas, se tomaba un café mientras descalza paseaba por la playa, y más tarde se ponía a escribir hasta que le entraba hambre y almorzaba. Por las tardes no hacía mucho más, y por las noches miraba las estrellas, dedicaba un pensamiento a Víctor inconscientemente y se iba a

dormir.

Una mañana en la que Ana paseaba con su taza de café en la mano, observando el amanecer, casi pisa por accidente a un pequeño cachorrito que estaba tiritando en la playa. Se trataba de un cachorro que parecía casi recién nacido, era un cocker spaniel del color de la arena que estaba pisando. Ana lo cogió rápidamente para darle calor, y miró a todos lados por si era de alguien, el perrito aún tenía los ojos cerrados y en los brazos de Ana comenzó a sentir calor y dejó de tiritar. Ana, ese mismo día decidió llevarlo al veterinario para comprobar que no era de nadie y que por lo tanto no tenía chip identificativo. Cuando se lo confirmaron, tomó rápidamente la decisión de adoptarlo como suyo, le compró todo lo que necesitaría para encontrarse más a gusto, y se lo llevó a casa. Desde aquel momento, “Cupido”, que fue el nombre que le puso, se convirtió en su amigo inseparable.

Pasaron seis meses desde su encierro, y por fin dio por finalizada su novela. No sabía que pensar sobre ella, pero para eso tenía a su editorial, que le daría una opinión sincera y profesional sobre su novela. Pasaron dos semanas sin noticias sobre su obra, pero a los dieciocho días, la editora la llamó personalmente para darle la enhorabuena sobre su novela.

–Nos ha encantado, es perfecta para incluirla dentro del lanzamiento que vamos a hacer para Marzo. La presentación sería en Nueva York, pero queremos que viajes a otros sitios para hacer publicidad de ella, ¿estarías conforme?– preguntó Elisabeth preocupada por el carácter ermitaño que había tenido Ana en sus últimos meses.

–Mi nueva vida no incluye presentaciones, pero si para costear mi nueva vida tengo que vender libros, tendré que hacer todo lo posible por publicitarme. – contestó Ana.

–¿Eso es un sí? ¿hay acuerdo entonces?– preguntó Elisabeth impaciente.

–Sí, hay acuerdo. – contestó Ana despidiéndose de ella, y quedando en que le enviaran el contrato para firmarlo.

Cuando colgó el teléfono, Ana comprendió que había llegado el momento de salir de su refugio, o por lo menos dejar que los demás fueran.

A la semana siguiente, Alexia y Roberto estaban tocando a su puerta,

Cupido comenzó a ladrar.

–¿Pero esto qué es?– preguntó Roberto sintiéndose intimidado por los ladridos del perro.

–Esto es Cupido, mi perro. Cupido, te presento a mis amigos– dijo Ana agachándose a acariciar al perro, que pareció entender a su dueña y se calló al instante, comenzando a mover el rabo y a pegar pequeños saltitos a Roberto.

–Jamás pude imaginar que alguien tan desastrosa como tú, fuera capaz de cuidar un perro– bromeó Alexia dándole un fuerte abrazo a su amiga.

–¡Oye, que la desastrosa eras tú!– rio Ana dándole otro abrazo a Roberto y haciéndolos pasar.

–¿No traéis maletas?– preguntó Ana asomándose a la puerta.

–No, hemos cogido habitación en un hotel, no sabíamos cómo era tu casita, e imaginamos que después de tanto tiempo de tranquilidad y relax, no querrías estar rodeada por el caos. – explicó Alexia saliendo a la terraza de madera que daba a la playa.

–Olvidas que llegue a acostumbrarme a tu caos. – rio Ana.

Alexia se volvió de nuevo y le dio otro abrazo a su amiga. – sí, yo también te he echado de menos– dijo Ana.

–No es solo por eso, es que después de poner el museo a mi nombre, te lo merecías. Ya sé que te di las gracias por teléfono, pero necesitaba dártelas en persona. – comentó Alexia agradecida.

–Cuando se lo pedí a Víctor, lo hice en realidad para ti, yo no tengo excesivo interés en los museos, lo que ocurre es que estaba esperando a que estuviera construido para regalártelo, pero a la vista de los acontecimientos... adelante su regalo. – contestó Ana, causándole todavía dolor los recuerdos.

Roberto, que había estado jugando con Cupido, salió a la terraza donde estaban hablando ellas.

–Oye, me han dicho que vas a sacar una novela al mercado que se espera tenga mucho éxito. ¿es verdad?– preguntó él con desenfado.

–Sí, eso dicen, espero que guste. Saldrá para el próximo mes, lo malo es que tendré que salir de mi guarida y volver a introducirme en el

mundo ajetreado y bullicioso de Nueva York. – aclaró Ana.

Después de aquella visita, Roberto y Alexia quisieron introducir de nuevo a su amiga en el mundo de la gente normal, como ellos decían. Pero conociendo a Ana, decidieron buscar un restaurante tranquilo un poco alejado del centro.

Ana llevaba una sencilla falda pantalón larga y negra con una blusa en crudo de manga larga ajustada a su cintura por un fajín de raso negro a juego con la falda. Su rostro estaba limpio de todo maquillaje, su estilo de vida había cambiado, y a no ser que fuera imprescindible, se sentía a gusto condigo misma tal como estaba.

Llegaron al restaurante todos juntos, ya que habían llegado a recogerla antes de ir. La cena fue muy agradable, Alexia y Roberto le dieron la noticia a Ana de su próximo matrimonio, y ambos le hablaron de lo mucho que se querían. Ana los abrazó deseándoles lo mejor y todos rieron y bromearon sobre los detalles de la boda.

Estaban en el postre, cuando Alexia recibió una llamada, su cara palideció un instante, y como si fuera una conversación privada se levantó de la mesa y habló lejos de ellos. A los diez minutos, volvió con el móvil en la mano y se lo pasó a Roberto.

–Toma, es para ti, es un amigo que tiene un problema y quiere que lo ayudes. – explicó Alexia, con una sonrisa.

Roberto actuó de la misma forma que Alexia, se levantó y se alejó de la mesa durante otros diez minutos.

–¿Ocurre algo?– preguntó Ana preocupada.

–No, trabajo, que nos persigue a todos lados. – aclaró su amiga–. Bueno, Cuéntame entonces de que va tu novela.

Ana puso una expresión rara, pero decidió no entrometerse en los asuntos de sus amigos, por lo que comenzó a explicarle en pocas palabras de que iba su novela. Pero Alexia parecía tener sus pensamientos en otro mundo, y Ana lo percibió, de pronto se dio cuenta de que Roberto había salido del restaurante.

–Alexia, sabes que no me gusta entrometerme en vuestras vidas, pero

si estáis metidos en algún lio quiero que me lo digáis, quizás yo os pueda ayudar. – dijo Ana cogiendo a su amiga cariñosamente de las manos.

–Ana, sabes que yo no haría nada que pudiera perjudicarte ¿verdad?– preguntó su amiga nerviosa.

–Me estás empezando a preocupar– contestó ella.

Pero en ese mismo instante, alguien a quien no había imaginado ver más en su vida, se acercaba a su mesa con el mismo pelo ondulado y sus ojos verdes, con uno de sus trajes caros pero con aspecto de temor, un temor que Ana no creyó viniendo de un hombre como Víctor.

Ana ya no escuchaba a su amiga, se quedó paralizada viendo como Víctor se acercaba a ella. Alexia, cuando él llegó a la mesa, se disculpó y se fue rápidamente dejándolos solos.

Hola preciosa, – dijo un Víctor inseguro– seguramente ahora mismo no querrás saber nada de mí, pero necesito que me escuches.

Los ojos de Ana comenzaron a llenarse de lágrimas, pero la rabia que la invadía era más fuerte que su dolor, por lo que se levantó de un salto sin dejar de mirarlo a los ojos. – Antes hubiera necesitado tus palabras, ahora necesito que desaparezcas de mi vida– y diciendo aquello, cogió la copa de vino blanco que tenía al lado y se la tiró manchándole todo el traje.

Ana salió corriendo al exterior, Víctor intentó detenerla pero viendo que no podía salió tras ella. Cuando ella cruzó la puerta del restaurante, una fuerte lluvia la sorprendió, pero necesitaba huir de aquel hombre, por lo que a pesar de no tener paraguas intentó cruzar la calle.

–¡Ana!– gritó Víctor desde el otro extremo de la calle. – ¡solo te pido diez minutos!

Ana no pudo seguir andando, desde el otro lado de la calle su cuerpo se sintió paralizado al escuchar la voz de él. El agua caía con fuerza sobre ella, y en pocos segundos se encontraba empapada esperando de espaldas a Víctor, al hombre que le destrozó el corazón y la abandonó.

–Sé que no te merezco, no pensaba volver a tu vida, pero el caso... es que nunca he salido de ella. – explicó él acercándose a escasos centímetros de Ana. El agua seguía cayendo sobre los dos, y Ana

estaba indecisa entre seguir huyendo o enfrentarse a él y echarlo de su vida para siempre.

–Me dejaste... ni una nota...ni una palabra...– dijo Ana sin volverse.

–Lo sé...pensé que de esa forma te haría menos daño, supuse que me odiarías cuando despertaras. – dijo él apesadumbrado y sin atreverse a tocarla.

–Ahora te odio, antes te amaba. – mintió ella.

–Es todo lo que quería saber...– dijo Víctor dándose la vuelta para marcharse.

–¿Eso es todo? ¡A qué has vuelto! ¿tan poco te importo que ni siquiera luchas por mí?– preguntó ella a voces, separándose de él y sin importarle que el agua no la dejara casi ver.

–¡He vuelto, porque a pesar de creer que no soy bueno en tu vida, te necesito, no he podido dejar de pensar en ti ni un solo minuto desde que te dejé! ¡He vuelto para pedirte perdón por no haber sabido protegerte!– gritó Víctor furioso consigo mismo, y apenado por lo que ella le había dicho momentos antes.

–¡No es suficiente! ¡si con lo que me acabas de decir pretendes que vuelva contigo, no lo haré!– gritó Ana a través de la lluvia.

–¡Maldita sea! ¡siento haberte hecho daño, haberte dejado, no haberte llamado y haber sido un completo imbécil! ¡Qué quieres que te diga!– gritó él acercándose a ella con los brazos puestos en cruz, intentando desnudar su alma ante ella. En ese momento todo le daba igual, ya no era el hombre rico y todo poderoso al que todos temían, era un hombre como otro cualquiera mendigando el amor de la mujer que había robado su corazón desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella.

–¡Mas, quiero más!– gritó Ana con desesperación dándose la vuelta para marcharse.

–¡Te amo! ¡Ana, te amo con toda mi alma! ¡pero fui tan idiota que pensé que alejándome estarías a salvo, pensé que no te merecía! si tan solo pudieras darme una oportunidad intentaría que me volvieras a amar– gritó Víctor atragantándosele las palabras al final.

Ana en aquel momento lloraba abiertamente, se volvió hacia él y se acercó poco a poco hasta quedar cerca a escasos centímetros de Víctor.

–Yo siento haberte engañado...– dijo pausadamente. – Es cierto que te odie por lo que me hiciste, pero jamás he dejado de amarte.

Ambos se quedaron en silencio, no sabían exactamente si reír o llorar, el agua no dejaba de caer sobre ellos, pero sus miradas no se perdieron entre la lluvia. Víctor reaccionó de la única forma que sabía, agarró con ambas manos la cara de Ana y posó un ansioso beso en sus labios. Ana se acopló a él como si nunca se hubiera separado, se agarró a Víctor como si fuera a desaparecer en cualquier momento, éste la alzó en el aire y la dejó caer lentamente en sus brazos para sentirla suya de nuevo. La dejó en el suelo con cuidado y separándose de ella un metro, sacó algo de su bolsillo, apuntó una rodilla en el suelo y empapado bajo la lluvia le ofreció una humilde cajita de madera con un antiguo anillo de oro en su interior.

–Ana, este anillo perteneció a mi abuela, una mujer fuerte, decidida y pasional. La mujer que conquistó el corazón de mi abuelo se parecía mucho a ti, y estoy seguro que le hubiera gustado que tú lo llevaras. – dijo Víctor, haciendo que las lágrimas descontroladas de Ana se unieran a su sonrisa. – Ana, te amo como jamás pensé que amaría a alguien, sé que no soy digno de tu amor, ¿pero me harías el gran honor de casarte conmigo y envejecer a mi lado?

–Si, por supuesto. – contestó Ana con un nudo en el estómago. En ese momento se puso el anillo y se lanzó a por Víctor para besarlo, pero éste perdió el equilibrio y ambos terminaron por los suelos y riendo como niños. – no creo que pueda esperar.

–No tenemos que esperar– contestó Víctor volviéndola a besar y ayudándola a levantarse.

–¿De qué estás hablando? ¿no querrás comprar a un cura a estas horas de la noche verdad?– preguntó ella bromeando y temiendo que la idea de Víctor fuera por esos derroteros.

–Esta vez no será necesario comprar a nadie. – contestó Víctor tirando de ella hacia su coche. – vamos, confía en mí.

–¿Aún no te has dado cuenta mi amor? Contigo iría hasta el fin del mundo. – dijo Ana con una sonrisa en sus labios.

Víctor en ese instante se sintió el hombre más afortunado de la tierra, si en aquel momento hubiese perdido toda su fortuna no le habría importado en

absoluto, su fortuna más valiosa la tenía delante de él, por eso no podía esperar hasta que fuera suya completamente. La miró, la besó con ternura y luego la arrastró a su coche, una vez dentro hizo un par de llamadas, y a toda velocidad se dirigió al centro de la ciudad.

A Ana no le importaba estar calada hasta los huesos, se sentía feliz, estaba junto al hombre al que amaba y no pretendía separarse de él en su vida.

Víctor detuvo el coche frente a una humilde iglesia de madera, salió y abrió la puerta de ella ayudándola también a salir. La lluvia había cesado y ahora el cielo lucía despejado, Víctor la cogió de la mano y la hizo correr con él hacia una pequeña puerta lateral de la iglesia. Tocó con la mano un extraño sonido rítmico, y al instante, un joven cura con cara de sueño abrió de mala gana.

– ¿Se puede saber que pretendes a estas horas Víctor?– preguntó medio dormido, sin poder impedir que nos coláramos dentro.

– Pedro, esta es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, la mujer a la que amo y con la que me quiero casar. – aclaró Víctor eufórico.

– me alegro, pero... ¿no podrías haber esperado a mañana? Y con ello no quiero decir que no me parezca la noticia más maravillosa que he podido escuchar en mucho tiempo, pero Víctor... no son horas. – regañó el cura.

– Ana, te presento a mi hermano Pedro, nunca te lo he mencionado porque es la oveja negra de la familia. – bromeó Víctor dándole con la mano en la espalda a su hermano.

– Me alegra distraerte a estas horas, pero si me perdonáis... mañana tengo que dar misa temprano y...– se justificó Pedro intentando guiarlos hacia la salida.

– No me has entendido– aclaró Víctor, – quiero que Ana sea mi mujer esta noche, y tú lo vas a hacer posible.

– ¿Esta noche? ¿Estás loco o borracho? Anda, duérmela y mañana vienes, hablamos más detenidamente y te doy fecha. – respondió Pedro sin tomarse en serio lo que le decía su hermano.

– ¿Quieres que llame a nuestra madre? ¿Recuerdas lo romántica que es, y lo mucho que desea verme casado? ¿No querrás que le cuente que mi hermanito se ha negado a casarme?

– Eso es chantaje, ¿no crees que está feo hacerme chantaje en la casa de Dios?– preguntó Pedro con el ceño fruncido. – Además, necesitamos dos testigos a parte de los novios y el cura.

En ese momento, dos tímidos toques a la puerta se escucharon en el silencio.

–Esto no puede ser cierto. – dijo al encontrarse en la puerta a Roberto y a Alexia.

–¿Es aquí donde se celebra una boda?– rio su amiga, entrando dentro de un salto y abrazándose a Ana.– toma, una novia sin ramo no es novia.– y le pasó un hermoso ramo de margaritas blancas.

–¿De dónde has conseguido a estas horas un ramo de flores?– preguntó Ana sorprendida.

–Mejor que no lo sepas– dijo Roberto con los pantalones llenos de barro hasta las rodillas.

Ambas rieron y se situaron donde un resignado Pedro les había indicado que se pusieran.

–Espero que tu donativo sea cuantioso, y que con calma te cases en Argentina como Dios manda y con toda la familia alrededor, si no mamá puede matarte a ti, y luego a mí. – amenazó Pedro.

–No te preocupes hermanito, nos casaremos en Argentina y en España, y donde a mi esposa se le antoje más. – contestó Víctor mirando a Ana y guiñándole un ojo.

Ana no podía creerse lo que estaba pasando, hubo partes de la corta ceremonia que jamás llegó a recordar, tan solo podía ver los verdes ojos de Víctor mirándola con amor. Y a pesar de estar empapados de agua e ir sin vestido de novia, para Ana fue la mejor noche de su vida.

Cuando en la iglesia resonaron el “sí quiero” de ambos, los ojos de Ana comenzaron a fundirse con lágrimas cristalinas que no podía retener.

–Desde ahora sois marido y mujer. Puedes besar a la novia– anuncio Pedro, dando por finalizada la ceremonia.

Víctor se inclinó dulcemente hacia Ana y posó sobre sus labios un beso de auténtico amor, un beso que recordarían siempre, al igual que aquella noche en la que el orgullo murió para hacer un hueco a la humildad y a la sinceridad.

Al salir de la iglesia, una noche estrellada los cubrió con su manto y la blanca luna fue testigo del amor que nunca se apagaría, un amor que siempre permaneció vivo.